

¿Te perdiste una edición previa?

CONCIENCIA
CONTRACULTURA
DESCOLONIZACIÓN
DOLOR
LA NOCHE
EL CARIBE
EL DOBLE
TRABAJO
IMPERIALISMOS
FIESTA
FAMILIAS
MAGIA
COMIDA
DESIERTO
PLANTAS

Para muchos otros, la vida fue inhumana, cruel y breve. No lograron cruzar el paralelo 38; los atraparon y no solo los hicieron volver, sino que los llevaron a juicio. Varios sufrieron torturas y fueron asesinados.

KRYS LEE

El perro, como los vegetales, fue una comida de subsistencia para miles —o millones— de coreanos en los tiempos del hambre. Hoy, el hábito de comerlo perdura en la ciudad.

GABI MARTÍNEZ

Se promueven pantorrillas torneadas o filiformes, vientres sin lonjas, cinturas estrechas, implantes de pectorales. Nuevos pechos, más grandes y redondos, más nalgas, pero no muchas, en estas tierras a las mujeres se las prefiere delgadas varitas de nardo.

VERÓNICA GONZÁLEZ LAPORTE

No sé si todos los coreanos tienen impulsos suicidas, pero yo he estado luchando contra ellos de forma constante desde que tenía al menos diez años.

JUNG YONGSU

—¡Mierda! Nosotras no hemos hecho nada malo. La culpa la tiene ese tipo. No hacen nada para pillar a ese pervertido y a nosotras nos dicen que corrijamos nuestra mala conducta. ¿Pero qué mala conducta? ¿Acaso he sido yo la que se ha desnudado?

CHO NAM-JOO

El k-pop es más que música, más que fanatismo comercial. Es una cosmovisión que te impulsa a escuchar los lanzamientos más estrambóticos y a encontrar la belleza en estilos poco vistos.

VALENTINA GRANADOS GARONE

COREA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚMS. 886/887, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

COREA

¿Qué distingue y qué une a las dos Coreas? ¿Es verdad que en Seúl la gente se suicida más que en otras ciudades? ¿Qué explica la popularidad del k-pop?

Guillermo Arreola • Laura Baeza
Sara Bertrand • Seong Cholim
Samuel Cortés Hamdan • Guy Delisle
Clementina Equihua Zamora
Kwon Eunhee • María Jimena
García Burgos • Verónica González
Laporte • Valentina Granados
Garone • Ahn Heonmi • Carlos
Inclán Fuentes • Krys Lee • Gabriel
Leiva Rubio • Gabi Martínez • Cho
Nam-joo • Esperanza Pino • Felipe
Restrepo Pombo • Oswaldo Ruiz
Andrés Sánchez Braun • Han
Sungpil • Kim Su-young • Eileen
Truax • Jung Yongsu • Sang
Young Park • Isabel Zapata

ENTREVISTA CON
PILAR QUINTANA

ELVIRA LICEAGA

JOHN BULWER,
EL QUIRÓSOFO

AINHOA SUÁREZ GÓMEZ

REVERSO DEL
DÍA DE LA
SANTA CRUZ

JESÚS PÉREZ CABALLERO

K-SF PARA
UN FUTURO
DISTÓPICO

ANDREA CHAPELA

¡Te la enviamos!

suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:

www.revistadelauniversidad.mx

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM





COREA

NÚMS. 886/887, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nación

RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magalí Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julieta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

NÚMS. 886/887, NUEVA ÉPOCA
JULIO-AGOSTO DE 2022

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Dra. Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFE DE REDACCIÓN

Darío Alemán

CUIDADO EDITORIAL

Francisco Carrillo

EDITORIA DE ARTE

Vania Macias Osorno

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Gabino Flores Castro

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA. FRENTE: ©SUNNY KIM, SWAY, 2021. CORTESÍA DE LA ARTISTA. CONTRAPORTADA: ©SUNNY KIM, ALL HOURS, 2021. CORTESÍA DE LA ARTISTA
Viñetas del número por Kitzia Sámano Valencia

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la Revista de la Universidad de México recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. Revista de la Universidad de México es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.



Del 18 al 30 de julio | 22:00 h

La balada de Gregorio Cortez
de Robert M. Young

| Lunes 18

Mi vida loca
de Allison Anders

| Lunes 25

Un pícaro en Los Ángeles
de Cheech Marin

| Martes 19

Una mujer verdadera tiene curvas
de Patricia Cardoso

| Martes 26

El Norte
de Gregory Nava

| Miércoles 20

Raíces de Sangre
de Jesús Salvador Treviño

| Miércoles 27

Go for It!
de Carmen Marron

| Jueves 21

Un millón para Juan
de Paul Rodriguez

| Jueves 28

Secretos de verano
de Georgina García Riedel

| Viernes 22

...Y no se lo tragó la Tierra
de Severo Perez

| Viernes 29

Luminarias
de José Luis Valenzuela

| Sábado 23

Noches de boulevard
de Michael Pressman

| Sábado 30



tv.unam.mx



IZZI ▶ CANAL 20 | TELEVISIÓN ABIERTA ▶ CANAL 20.1 | AXTEL TV · DISH · SKY · MEGACABLE ▶ CANAL 120



*Es posible edificar una montaña
con motas de polvo.*

PROVERBIO COREANO

ÍNDICE

4 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

6 EL PEQUEÑO DRAGÓN DE UÑAS AFILADAS

Verónica González Laporte

12 SOPA DE PERRO

Gabi Martínez

19 LAS FAMILIAS DE LA GUERRA ESTÁN HECHAS DE SILENCIOS

Krys Lee

26 POEMAS SIJO

31 KIM JI-YOUNG, NACIDA EN 1982

Cho Nam-joo

39 UNA TARDE COREANA EN LA ZONA ROSA

Samuel Cortés Hamdan y Oswaldo Ruiz

46 POR SI NO TE VUELVO A VER, COREA DEL NORTE

Andrés Sánchez Braun

53 PRIMERO ARRANCA ESA FOTO Y ÚSALA PARA LIMPIARTE EL CULO

Kim Su-young

56 PYONGYANG

Guy Delisle

65 EL K-POP Y LA GENERACIÓN Z: MUCHO MÁS QUE SOLO MÚSICA

Valentina Granados Garone

70 ESPEJITO, ESPEJITO, DIME QUÉ MÁS ME QUITO...

Verónica González Laporte

77 RESPIRAR ENTRE MOLDES PATRIARCALES

Kwon Eunhee y Seong Cholim

83 LA CAPACIDAD DE NEGAR LA VIDA

Jung Yongsu

88 POEMAS

Ahn Heonmi

91 AMOR EN LA GRAN CIUDAD

Sang Young Park

96 LOS VETERANOS HUÉRFANOS DE LA GUERRA OLVIDADA

Carlos Inclán Fuentes

ARTE

102 HAN SUNGPIL

BAJO LA SUPERFICIE

Esperanza Pino

PANÓPTICO

EL OFICIO

- 112** “ENCUBRIMOS LOS TRAUMAS DE LA NIÑEZ PARA PODER SOBREVIVIR”
ENTREVISTA CON PILAR QUINTANA
Elvira Liceaga

EN CAMINO

- 117** LA FALTA DE VOLUNTAD ANTE “TODAS LAS CRISIS DEL MUNDO”
Eileen Truax

ALAMBIQUE

- 121** VIVIR COMO COYOTE EN EL ANTROPOCENO
María Jimena García Burgos y Clementina Equihua Zamora

ÁGORA

- 125** ALGO SOBRE VIOLENCIA
Sara Bertrand

PERSONAJES SECUNDARIOS

- 129** JOHN BULWER, EL QUIRÓSOFO
Ainhoa Suárez Gómez

OTROS MUNDOS

- 133** REVERSO DEL DÍA DE LA SANTA CRUZ
Jesús Pérez Caballero

CRÍTICA

- 138** K-SF PARA UN FUTURO DISTÓPICO
Andrea Chapela
- 141** BYUNG-CHUL HAN O EL ARTE DE HACERSE FAMOSO
Gabriel Leiva Rubio
- 145** *BLANCO*
HAN KANG
Isabel Zapata
- 149** *BORROSA IMAGO MUNDI*
PURA LÓPEZ COLOMÉ
Guillermo Arreola
- 152** *FLOR NEGRA*
KIM YOUNG-HA
Laura Baeza
- 156** *LOVE IN THE BIG CITY*
SANG YOUNG PARK
Felipe Restrepo Pombo
- 160** NUESTROS AUTORES





EDITORIAL

Pocas culturas generan tanta fascinación entre la juventud como la coreana. Sus más recientes expresiones, especialmente la música pop y la coreografía, han marcado a toda a una generación a nivel mundial.

Pero cuando decimos Corea ¿a qué nos referimos? ¿Cuál es la historia de ese territorio y de ese pueblo dramáticamente partido en dos tras la Segunda Guerra Mundial, y uno de los escenarios más violentos de la Guerra Fría? ¿Qué estrategias siguió cada una de esas dos mitades y qué hizo el país del sur para convertirse en la potencia económica y cultural que ahora constituye?

Estas vacaciones la *Revista de la Universidad de México* te invita a viajar por el antiguamente llamado “Reino ermitaño”, por su pasado, sus tradiciones culinarias, su literatura, su tecnología, su cosmética, pero también por sus problemas y sus contradicciones. Este dossier debe mucho a Verónica González Laporte, escritora e historiadora mexicana radicada en Seúl, quien con mucha gentileza nos orientó a través de las distintas facetas de una sociedad tan complicada y a la vez fascinante. Su ensayo “El pequeño dragón de uñas afiladas” es una perfecta introducción para el recorrido. Justo después, desde la primera noche, el escritor español Gabi Martínez te llevará a cenar sopa de perro a uno de los lugares más tradicionales de la capital surcoreana y a conversar con el dueño del restaurante.

La literatura de ese país tiene una tradición que abarca un amplio abanico de géneros. En la sección Crítica podrás encontrar un muestrario de los libros más representativos de este mercado editorial. A través de la novela de Cho Nam-joon descubrirás a las nuevas generaciones de escritoras coreanas, mientras que Kwon Eunhee y Seong Cholim te explicarán los retos y las aspiraciones de las mujeres en esa sociedad híperpatriarcal.



Irworobongdo, Dinastía Joseon, S.XIX. Museo Nacional de los Palacios de Corea ©

A pesar de que es muy difícil saber lo que sucede en ella, hicimos lo posible por incluir a Corea del Norte. *Pyongyang*, la novela gráfica de Guy Delisle; "Las familias de la guerra están hechas de silencios", el texto autobiográfico de Kryss Lee, y la crónica del periodista colombiano Andrés Sánchez Braun te darán algunas pistas sobre ese territorio.

Fanática del k-pop, la joven Valentina Granados Garone te invitará a bailar con las canciones de BTS mientras explica lo que ese género musical representa para muchos de sus contemporáneos. Si quieres saber cuáles son las obsesiones coreanas por excelencia no te pierdas "Espejito, espejito, dime qué más me quito...", un texto sobre la industria cosmética y la búsqueda desenfadada de la belleza física, así como "La capacidad de negar la vida", el ensayo de Jung Yongsu sobre los altos índices de suicidio en una sociedad donde la perfección no constituye un ideal al cual aspirar, sino una obligación. En este número podrás leer también a poetas de diferentes épocas y tradiciones, desde los contemplativos autores del género Sijo hasta el poema político de Kim Su-young, y conocer al artista Han Sungpil que este verano inaugura su primera exposición en nuestro país.

¿Qué hay de la relación entre México y Corea? Con el estilo enigmático que lo caracteriza, Samuel Cortés Hamdan te llevará a beber vino de arroz y a comer kimchi en los locales coreanos de la Zona Rosa, mientras que en su ensayo Carlos Inclán Fuentes te hará descubrir la casi desconocida participación de nuestro país en la Guerra de Corea así como el destino de sus veteranos.

¿Te atraen los países remotos, modernos, futuristas, distópicos, con una cultura propia y milenaria, y una historia política llena de reveses e intrigas? Entonces busca el sofá más cómodo que tengas cerca y comienza a leer, este número está hecho para ti.

Guadalupe Nettel



EL PEQUEÑO DRAGÓN DE UÑAS AFILADAS

Verónica González Laporte

"Cuando las ballenas se enfrentan, a los camarones se les parte el lomo".

Proverbio coreano

Seúl estira sus brazos de acero sobre el río Han, bosteza con todas sus cuevas y manantiales. Quisiera acurrucarse un poco más, contra la Montaña del Norte, el *Bugaksan*, pero sus hijos no se lo permiten. Le reclaman su letargo de dos años, quieren dejar la pesadilla de la pandemia atrás. Se prenden a su vestido de vidrio, se encaraman en sus cabellos de espejo, trepan de nuevo por sus venas, los senderos de sus prístinos bosques. Sus hijos tienen hambre de reconocimiento. Seúl, cuyo significado en coreano es "capital", se infla para verse más grande de lo que es, espera trascender todos los tiempos, imprime su huella en las pantallas del mundo entero. En esta primavera insólita, las nubes desertaron del cielo, las flores brotan como nunca y el viento huele a lilas. Tiemblan los faroles de papel de colores colgados frente a los templos para celebrar el aniversario de Buda. Despliegan sus alas las urracas bicolors entre las cañadas y los barrios de tortuosas callejuelas. En los cientos de locales abandonados por la recesión, se descuelgan poco a poco los carteles de inmobiliarias, se barren los suelos y se pintan de nuevo las fachadas. Hemos visto peores, dicen la capital y sus hijos, ni siquiera el coronavirus podrá vencernos.

Seúl sabe de resiliencias. Los herederos del Goryeo, uno de los tres reinos que conformaron Corea hacia el año mil y dio su nombre a esta



Shihe Hayashi, *Chōsen hachidō no zu*, (Corea del Sur y Corea del Norte como un todo), 1785. Library of Congress ©

nación, han dejado de contar los enfermos tras haber alcanzado un pico de seiscientos mil diarios. Llegó el momento de quitarse las mascarillas, desmontar las carpas de pruebas PCR, volver a la escuela y soñar con vacaciones de tarjeta postal. Llegó la hora de acudir a las urnas para votar, el presidente progresista Moon Jae-in entregó su cargo y Yoon Suk-yeol, del partido conservador, asumió el puesto. Entre sus primeras propuestas se halla una negociación con Corea del Norte sobre su desnuclearización. Suena familiar, ¿que no se había llevado a cabo antes? Todavía no palidece en las cajas de los archivos la fotografía de la reunión de Kim Jong-un y Moon Jae-in el 27 de abril de 2018, cuando Kim se mostró risueño con su vecino y, juntos, mano en la mano, cruzaron la línea: era la primera vez, desde 1953, que un dirigente norcoreano pisaba suelo surcoreano. Nadie se perdió aquel encuentro con

tintes de picnic. En Panmunjom, el poblado donde se firmó el armisticio, se habló de desnuclearizar la península completa e instaurar un régimen de paz. El nuevo mandatario lo menciona y, de inmediato, asegura que buscará reforzar las defensas nacionales por si acaso Pionyang llegase a provocarle. Entre tanto, el norte padece los embates de la epidemia y Kim Jong-un al fin lo reconoce enmascarado ante las cámaras. No por ello renuncia a sus pruebas de misiles. Las últimas datan de hace unas semanas, con ojivas de reciclaje. "Nada nuevo", apunta la prensa surcoreana. Promesas que se lleva el viento con aroma a lilas. Lo único tangible que quedó es una popular serie de Netflix: la historia de amor entre una chica rica del sur cuyo parapente se desploma del otro lado de la frontera y un soldado del norte que la rescata, *Sarangui bulsichak* (*Aterrizaje de emergencia en tu corazón*, 2019).

La reunificación, tan deseada por muchos y temida por otros tantos, se vuelve espejismo. Corea es hoy uno de los pocos países en el mundo partido en dos. Hay que rebobinar la cinta varios años para entender mejor la línea que divide el territorio a la altura del paralelo 38, la llamada *demilitarized zone* o DMZ. En 1905 las tierras donde florecieron diversas dinastías, como la de Shilla o la de Chosun, se convirtieron en un protectorado del imperio

cientista a ojos de las pocas sobrevivientes no-nagenarias y de las asociaciones civiles que las defienden. Pillaje, crueldad y violaciones fueron los procedimientos empleados para someter a Corea.

La liberación sucedió en 1945, cuando Japón, aliado de la Alemania nazi y la Italia fascista, devastado por las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki, capituló. Sin embargo, el 10 de agosto, la víspera de la firma de la ren-

Como es imposible acceder al sur por tierra, muchos norcoreanos todavía consiguen huir cruzando a nado el río Tumen.

japonés. El régimen impuesto por los colonizadores fue severo. Los coreanos escondieron sus banderas dentro de cajas de papel decoradas, las enterraron o emparedaron. "Japonizaron" su nombre; en las escuelas solo se hablaba japonés. Fueron cortados los flujos benéficos que provenían del Cielo y de la Madre Tierra, energías indispensables para alcanzar la buena fortuna y la longevidad. La geomancia coreana, el *pungsu*, determina dónde y cómo construir los edificios, en especial los sagrados, en función de los ríos y de las montañas. Así que las oficinas gubernamentales niponas ocuparon los antiguos palacios con el fin de aniquilar toda identidad cultural. Desde 1937 el ejército imperial secuestró y desplazó a miles de mujeres, muchas de ellas menores de edad, para convertirlas en esclavas sexuales. Las llamadas "mujeres de consuelo" se vieron obligadas a servir en burdeles para militares o "estaciones de confort". Se estima que fueron unas trescientas mil, no solo coreanas, también chinas, filipinas y hasta europeas. En 2015 Japón ofreció cerca de ocho millones de dólares como compensación, una suma insufi-

ción del imperio del sol naciente, los Estados Unidos y la Unión Soviética decidieron partir en dos la península, un pueblo unido desde hacía un milenio. Fuerzas rusas habían conseguido "liberar" el norte del territorio, mientras el ejército estadounidense se ocupaba del sur.

Familias enteras fueron separadas. Como es imposible acceder al sur por tierra, muchos norcoreanos todavía consiguen huir cruzando a nado el río Tumen, frontera natural entre China y Corea del Norte, y tras un largo periplo, alcanzar Seúl.

El norte aceptó el modelo impuesto por Stalin. A cambio de una organización militar, de partido, de gobierno y de constitución, Moscú se comprometió con todo tipo de ayuda. Kim Il-sung, abuelo del actual dirigente, se fraguó como héroe nacional. Para reforzar el poder de su linaje, su heredero, Kim Jong-il, se apoyó en un mito fundacional: habría nacido en el Monte Paektu, la "montaña de cabeza blanca", lugar particularmente sagrado.

Al sur, los estadounidenses impusieron su propio modelo político y social con ayuda de coreanos anticomunistas. Se dieron a la tarea

de defender la línea de demarcación y de aplacar cualquier insurrección. Las elecciones de mayo de 1948 se llevaron a cabo bajo tremendas tensiones. Los opositores de Rhee Syngman, candidato favorito de los Estados Unidos y luego primer presidente de Corea del Sur, causaron crueles enfrentamientos. La isla de Jeju, anexada en el siglo X, fue testigo entre 1948 y 1949 de una rebelión de campesinos y pescadores sofocada con sangre: de los 250 mil habitantes, se estima que entre treinta mil y sesenta mil fueron ejecutados.

La línea divisoria debía ser una medida temporal, pero al cabo de casi ochenta años sigue vigente. Tanto de un lado del paralelo 38 como del otro, hoy se encuentra la concentración de armamento más grande y peligrosa de todo el planeta, incluyendo el nuclear.

En junio de 1950 empezó otra guerra. Unos cien mil hombres atravesaron la frontera y con el apoyo de tanques soviéticos consiguieron tomar Seúl en pocos días. Los sureños no pudieron contener la ofensiva, casi todo el territorio fue ocupado. En septiembre, soldados de Naciones Unidas bajo mando estadounidense revirtieron la situación y llegaron hasta los confines de China. Kim Il-sung pidió ayuda a Moscú y Pekín. En febrero de 1951 los aliados fueron empujados hasta la capital surcoreana. El legendario general Douglas MacArthur, comandante de las tropas de la ONU, planteó la posibilidad de lanzar bombas nucleares sobre China. Para evitar otro conflicto mundial fue removido de su cargo. En cambio, fueron probadas algunas armas bacteriológicas: aerosoles que bloqueaban las vías respiratorias, veneno para destruir los plántidos y el napalm que años más tarde causaría estragos en Vietnam.

Ambas fuerzas se empantanaron hasta el 27 de julio de 1953, cuando se firmó un armis-

ticio, pero nunca la paz. De los cuatro millones de muertos que causó la guerra de Corea, la mitad fueron civiles.

Mientras en el norte se cultivaba una dinastía comunista, el sur sufrió un ejercicio democrático tambaleante. Tras un golpe de Estado, el general Park Chung-hee tomó oficialmente el poder en marzo de 1962. Durante su largo mandato de tinte dictatorial, salpicado de torturas, arrestos y encarcelamientos prolongados de opositores, se manipulaba a la prensa y se controlaba la correspondencia. Las condiciones de trabajo de los obreros eran inhumanas. En las décadas siguientes, gracias a las políticas proteccionistas del gobierno, prosperaron los *chaebols*. Esta palabra define los grandes conglomerados empresariales controlados por una sola familia, de incontestable in-



©Sun Mu, *Members of Chosun boys*, 2008 (detalle).
Fotografía de Verónica González Laporte



Seúl, 2018. Fotografía de Ciaran O'Brien. *Unsplash* ©

fluencia. A finales de los años treinta, *Samsung*, "tres estrellas" en coreano, era una tienda que exportaba alimentos básicos a China. A su dueño, Lee Byung-chul, le dio por invertir en una pequeña textilera y diversificarse: seguros, industrias química y petroquímica, inmobiliaria y tecnología. Su hijo y luego su nieto han conseguido poner millones de pantallas en manos de millones de personas. En los años noventa, Lee Kun-he, heredero del fundador, por una pieza defectuosa quemó 150 mil celulares delante de sus azorados trabajadores. El acto se filmó y se retransmitió en todas sus fábricas: su producto debía ser excelente o no ser.

La democracia llegó finalmente en los años noventa y se ha arraigado en su población. Atrás quedaron el hambre y las revueltas sangrientas. A finales de 2016, una revolución popular y pacífica depuso a Park Geun-hye, la única mujer presidente, encarcelada después por corrupción. En este mismo suelo, veinte veces más pequeño que México, se ha levantado una de las economías más fuertes del planeta. El PIB per cápita de Corea del Sur en 1962

era de 106 dólares, mientras en 2020 era ya de 31 mil quinientos dólares; pasó de ser un país en vías de desarrollo a la décima economía del mundo. Basó su crecimiento en tres fases: producción nacional para no depender de importaciones, producción para las exportaciones y finalmente desarrollo de industrias pesadas y tecnológicas. Los surcoreanos se han jurado poner un producto suyo en cada hogar: refrigeradores, microondas, lavadoras, televisores, estufas, computadoras, celulares, tabletas, automóviles... *Samsung, LG, Winia, Daewoo, Kia, Hyundai*... La lista es larga. No contentos con llevar la batuta en materia de bienes de consumo de los que uno espera pagar a veinticuatro meses sin intereses, su sed de superación los ha llevado a invertir en la educación como pocos países logran hacerlo: sesenta mil millones de dólares en 2021. Un alumno de secundaria estudia en promedio dieciséis horas al día. Tras una reforma a la ley en 2018, las horas laborales se redujeron a 52 por semana, en lugar de las 68 en promedio del año anterior. Después de décadas de trabajo intensivo a

todos los niveles, la sociedad coreana comienza apenas a conocer el sabor del ocio y los pasatiempos.

El precio de su éxito fulgurante ha sido alto: corrupción entre los grandes grupos empresariales, el índice de natalidad más bajo del mundo (el 0.87 por ciento en 2020, según el Banco Mundial), y el índice más alto de suicidios, unos catorce mil al año (OCDE), lo que equivale a unos 38 al día. En 2020 y 2021 murieron más personas de las que nacieron. Aunado a ello, el sistema confucionista y patriarcal arraigado desde hace siglos deja poca libertad a las mujeres. No hay incentivo monetario, subsidio o guardería que las convenza de tener más hijos.

Mientras en Corea del Norte se cultiva el *juche*, ideología oficial al servicio del régimen y del culto a la personalidad de su líder bien amado, el sur promueve el *hallyu*, una ola que pretende alcanzar las orillas de todos los países, el paraguas bajo el que se resguardan las expresiones culturales. El término, empleado por la prensa en los años noventa, lo abarca todo: series de televisión que permiten exportar una imagen aséptica del país —el *Juego del calamar* es una excepción—, K-pop, K-drama, K-beauty, gastronomía, moda, diseño... Es el *soft power* por excelencia. Los millones de jóvenes fans de K-pop ignoran que mordieron el anzuelo: son parte de una maquinaria perfecta concebida en Seúl, aceiteada con millones de dólares y vastos recursos humanos para poner a Corea del Sur en las primeras planas de cualquier diario, en cualquier idioma. El *Gangnam Style* de PSY fue, en 2012, el video más popular en la historia. Otro producto coreano, *Baby Shark*, tiene más vistas en YouTube que habitantes el planeta. Y no es casualidad. *Made in Korea* se ha vuelto sinónimo de prestigio, así se trate de una ampollita de bótox o de una

película. Los esfuerzos rinden frutos: a Karl Lagerfeld le gustó el *hanbok* para inspirar su colección Chanel 2015 y el milenarismo atuendo se puso de moda. El director Bong Joon-ho obtuvo cuatro premios Oscar y la Palma de Oro de Cannes con su película *Parásitos*, producida por CJ Entertainment en 2019, y desde entonces Hollywood volteó para acá. Los surcoreanos tienen el primer lugar a nivel mundial en número de visualizaciones de cintas per cápita por año, y el quinto lugar en producción cinematográfica. En materia de danza y música participan en los festivales internacionales más prestigiosos. El mercado de arte contemporáneo también explota: una obra se cotiza en centenares de miles de dólares, galeristas y amas de casa invierten a ojos cerrados así se trate de una sola gota de agua pintada sobre un lienzo. Restaurantes refinados anclan sus antenas en Londres, Nueva York, París (donde se cuentan más de cien) o la Zona Rosa de la Ciudad de México, donde los inmuebles son adquiridos uno a uno por expatriados seúlenses.

Corea está de moda y anda en busca de premios Oscar, Billboard, Nobel... Sabe que todo es posible si, tal y como lo hacen sus grupos de K-pop, se mueve en perfecta coordinación. Si mantiene su divisa de privilegiar el sentido comunitario sobre el individual. Su uniformidad trasciende sus fronteras y se reproduce entre las comunidades que migraron (catorce mil coreanos viven en México, dos millones en los Estados Unidos).

A golpe de impecables productos culturales y de consumo, Corea del Sur ha dejado de ser un camarón entre dos ballenas, los intimidantes China y Japón. Se ha convertido en un pequeño dragón de uñas afiladas y brillantes escamas dispuesto a enseñar el alfabeto *hangeul* a quien se deje. **U**



SOPA DE PERRO

Gabi Martínez

Corea del Sur es una de las economías emergentes que está marcando más pautas a nivel mundial. La vieja tradición confuciana se ha fusionado con el capitalismo de último cuño situando a La Empresa como un miembro más de la familia, y la fórmula ha disparado los ingresos financieros y el número de bebedores de alcohol. Hay que velar por La Empresa como si fuera un papá, un abuelo —el sistema es ultrapatriarcal—, dedicarle catorce horas al día si es preciso y salir a cenar con el jefe cada lunes o martes, que es cuando los empleados socializan. El súper rendimiento se aprende temprano: a partir de los trece años, los estudiantes empollan con tal frenesí que, de no lograr los resultados previstos, demasiado a menudo se matan; es el país con el mayor porcentaje de suicidios del mundo después de la pequeña Guyana.

Para mantener el exigente ritmo, los coreanos buscan una alimentación saludable y vigorizante. Es cierto que la fiebre del café ha convertido al bebedizo en el producto más consumido del país; y que se multiplican los aficionados al Bacchus, esa bebida energética que venden las viejas prostitutas del parque de Jongmyo como contraseña para sus clientes potenciales. Pero más de un setenta por ciento de los alimentos consumidos aquí son de origen vegetal. Los nativos han hecho del kimchi virtud, demostrando con este plato idiosincrático su magisterio en la fermentación de la col (la invasión japonesa, primero, y la posterior guerra con sus vecinos del norte, hizo que muchos coreanos sobrevivieran a base de raíces terrestres, que fermentaban para cuando la miseria acuciara... aún más).

Lo que ocurre es que, después de mostrarse sublimes cocinando verde, ahora buscan otra energía en la carne. El cerdo y la ternera crudos menudean en las exitosas *barbecues*, “aunque si quieres fuerza de la buena, aquí tienes nuestro perro”, dice Kim Shi-woo, seulita cuarentón que esta temporada celebra el 45 aniversario de un establecimiento familiar con fama de servir una de las mejores carnes de perro de la capital.

El perro, como los vegetales, fue una comida de subsistencia para miles —o millones— de coreanos en los tiempos del hambre. Hoy, el hábito de comerlo perdura en la ciudad. “Pero solo les gusta a los viejos”, afirman muchos jóvenes mientras esbozan muecas de aversión. Kim Shi-woo está orgulloso de continuar sirviendo sopa de perro (*Boshintang*) pese a las restricciones impuestas antes de los Juegos Olímpicos de 1988, cuando el gobierno casi proscribió este tipo de restaurantes.

A Kim Shi-woo le ha costado una hora sentarse en el parqué a charlar con nosotros. “Le da vergüenza, esto es nuevo para él”, dicen Olga y Feruza, las camareras rusa y uzbeka que revisten de cierto glamour a un local condenado a la etiqueta de “viejuno” por la Seúl más vanguardista. Junto a la parrilla donde nos sirvieron el perro solo queda un colchoncito de verdura. Alrededor, una constelación de pequeños cuencos que incluyen desde el clásico kimchi a la sopa de algas con tofu, ajos pelados o arroz, además de varias fermentaciones bañadas en salsa picante y a saber cuántas botellas de Cass, la cerveza local, y soju, ese aguardiente traicionero que con sus veinte grados emerge como el sucedáneo del vodka y ha ayudado a los coreanos a convertirse en los grandes bebedores mundiales, doblando

a los rusos en cantidad de alcohol ingerida al año.

Kim Shi-woo usa gafas de lupa amplia redonda, camisa rosa de manga corta. Habla desplegando la extrema gesticulación de los asiáticos tímidos. Al tomar asiento, ríe tapándose la boca con una mano.

—¿Habéis comido bien?

He compartido la cena con Carles Mercader, fotógrafo erudito en esta parte del mundo, dos amigas, Cammy y Anya, que trabajan a tiempo parcial en esta especie de Palacio del Perro gastronómico, y Olga y Feruza, quienes, en fugaces intervenciones entre cliente y cliente, han contado que su jefe “es un tío majo, nada que ver con el típico jefe duro coreano”, o que han venido a Seúl a estudiar y, quizá, pillar no-



©Ángela Ferrari, de la serie *Sangre y Polvo IV*, 2021. Cortesía de la artista

vio, porque los coreanos tienen fama de formales. Jun Woo Park, un veinteañero que ha viajado por América Latina, nos hace de traductor.

—El perro estaba buenísimo —respondemos Carles y yo—. Lo hemos preferido al pato.

Cabeceamos hacia la parrilla del fondo de la mesa, rebosante de carne de pato. El anfitrión la añadió por si nos sobreviniera un arrebato antiperro de última hora.

“Buenísimo” es una respuesta sincera. La carne de perro cocinada, nos dice Kim Shi-woo, que además de ser el dueño es el chef, posee una ternura enriquecida por los jugos de tres horas de cocción, aunque no entra en detalles porque recibió la receta de su madre y quiere guardarle el secreto.

—De hecho, heredé este local de mi madre. Ella trabajaba aquí como empleada hasta que lo compró en 1978, después de separarse. Lo sacó adelante sola. Mi madre cazaba perros por los ríos, cualquier clase de perro, el que apareciera por allí. En aquel entonces había un boom de la construcción en Seúl y venían montones de obreros, porque esta sopa es buena para trabajar.

—Tanta energía... parece un sitio más apropiado para venir en invierno, ¿no?

El verano está a punto de empezar y hay ventiladores girando sobre cada mesa del restaurante. Tiene capacidad para sesenta personas y está casi lleno.

—Qué va. Tradicionalmente se ha comido perro el día más caluroso del año. Se dice que es para conquistar el verano. Lo puedes comer de tres formas: suyuk, que es carne asada sobre un fondo de agua hervida; muchim, que se cocina parecido pero con más condimentos; y jeongol, que es cuando se cuece la carne en caldo, la sopa de perro en sí. Pero al principio mi madre no sabía cómo prepararlo. Cocinar



Busan, 2020. Fotografía de Daniel Bernard. *Unsplash* ©

un perro no es cualquier cosa y como ella no le pillaba el truco, en los primeros tiempos solo ganábamos unos doscientos mil wones al día (60 dólares, más o menos). Ahora, hemos multiplicado esa cifra por diez.

—El restaurante se abrió para mantener una tradición aparecida en los años de la miseria. Alguna gente dice que estos sitios no le traen buenos recuerdos.

—¿Por qué? Los perros ayudaron a sobrevivir a miles de personas. Y su carne es estupenda para los pulmones, para la piel... Además, se ha evolucionado mucho en el sacrificio. Antes había hombres que pasaban con carros gritando “¡Compramos perros!” La gente se los vendía y entonces los llevaban a un árbol, los ahorcaban y mientras morían los remataban a palos, porque así la carne queda más tierna al cocinarla. (En algunas zonas de campo todavía se mata a los perros de esa forma.) Luego, se les cubría con heno y se les prendía fuego, para sacarle el pelo. Entonces estaban listos para her-



virse y comer. Ahora no. Ahora se les electrocuta, como hacen con las ovejas, con las vacas...

—Usted debió crecer comiendo esta carne.

—Claro. He comido perro desde siempre. Nunca me he preguntado por qué comía perro, simplemente estaba ahí, en la mesa. Era comida. Y ya ve. Tengo más de cuarenta años y aún juego fútbol, corro maratones. Los maratonistas coreanos comen mucha carne de esta. Hace poco fui a hacerme un chequeo y al verme por los rayos x el doctor me preguntó en qué trabajaba. Le impresionó que tuviera unos pulmones tan grandes.

—Sin embargo, el gobierno ha legislado contra estos restaurantes y muchos han tenido que cerrar.

—Los problemas empezaron con la cultura de ver a los perros como mascotas. Lo de comerse a la mascota... ya sabe. Y luego llegaron los Juegos Olímpicos y el Mundial. Los políticos querían borrar la imagen de Corea como pueblo bárbaro que come carne de perro. En

fin. Los occidentales comen hígado o caracoles. ¿Y eso no es raro? Pero no creo que, cuando organicen un Mundial, los políticos europeos manden cerrar los restaurantes que ofrecen caracoles.

—Exactamente no les ordenaron cerrar.

—Bueno, no. Pero obligaron a que un montón se trasladaran a callejones poco visibles.

—El suyo es un buen ejemplo.

El restaurante se sitúa en un callejón próximo a la estación de Cheongnyangni. A pocos pasos, un cartel prohíbe la entrada a menores a la zona donde las prostitutas se exhiben en escaparates al más puro estilo "rosa" holandes.

—Después de los juegos, varios restaurantes cerraron porque no entraban clientes. Los otros tuvimos que cambiar el letrero. Desde entonces, en lugar de presentarnos como restaurantes de sopa de perro (Boshintang) lo hacemos como restaurantes de Sopa de las Cuatro Estaciones (Sacholtang). Cambias el nombre pero todo el mundo sabe lo que se sirve aquí.

—Hay mucha superstición en torno a esta carne.

—Existe la creencia de que un perro no se debe regalar o recibir gratis. De lo contrario, alguien enfermará. Antes estaba prohibido comerla a principios de año, durante todo el mes de enero, por los budistas. Ellos creen en la reencarnación y si resulta que, no sé, tu abuelo ha reencarnado en perro, de pronto podrías estar comiéndote a tu abuelo. En cualquier caso, los budistas decían que querían empezar el año con el alma limpia y no dejaban comerlo. Antes había muchos budistas en Corea pero cada vez quedan menos, y encima la mayoría son pobres, así que su influencia es menor. Por otro lado, ahora la gente no es tan supersticiosa. Y, después de todo, no es una carne prohibida, ¿no?... aunque tampoco sea legal.

Tenemos un cliente de setenta años que dice que esta carne es mejor que el Viagra. Y las mujeres aseguran que es buena para la menstruación.

—¿Qué quiere decir?

—Que se mueve en un limbo raro. No se puede vender carne en el mercado sin un permiso muy especial, pero sí se puede comer en un restaurante. No sé por qué se complican tanto la vida, si esta carne también se consume en países como China, Vietnam, Tailandia... pero como da mala imagen... Eso sí, los occidentales solo critican a China y Corea. ¿Por qué? Porque como nos hemos desarrollado igual que ellos, ahora parece que tenemos que ser iguales.

—Dicen que la clientela de estos restaurantes es de edad más bien avanzada.

—Un poco sí —Kim Shi-woo se da la vuelta para echar un vistazo a los comensales. La mayoría oscila entre los cuarenta y los cincuenta años, aunque también se ve a un par en la treintena—. Pero también atendemos a muchos deportistas. Jugadores de fútbol, de bádminton, de béisbol, maratonistas. Por no hablar de enfermos de todas las edades. Vienen muchos convalecientes de operaciones y gente con cáncer. Dicen que el perro va muy bien para recuperarte de operaciones porque su grasa es seca y pegajosa. No resbala, de modo que ayuda a que las heridas cicatricen mejor. En Rusia hay un refrán que dice: "Cicatrizo como perro". Los budistas aún aseguran que no comen carne de perro pero cuando enferman... rezan, se sientan en estas mesas y se piden un plato de perro como medicina. Tenemos un cliente de setenta años que dice que esta carne es mejor que el Viagra. Y las mujeres aseguran que es buena para la menstruación. Mire, la verdad es que la mayoría de parejas más o menos jóvenes que vienen aquí son

amantes. No esposos, no: amantes. Y lo hacen por lo afrodisíaco.

—Si esto es así y buena parte de la sociedad aún comparte esa visión, debería haber muchos restaurantes de Boshintang.

—Es que los hay.

—Nos dijeron que el suyo era casi único.

—Lo que somos es viejos, pero en Seúl hay cientos de restaurantes de Boshintang. Lo que pasa es que hay que buscarlos en las esquinas escondidas.

—¿Cuándo se sacrificó al perro que nos hemos comido?

—Escuche esto: anoche estaba vivo. Pido el mejor género, por eso mi local funciona tan bien. La carne llega aquí hacia las cuatro o las cinco de la madrugada y hay que comerla enseguida porque se pudre muy rápido. La traemos de un mercado en la zona de Moran, un suburbio que provee a Seúl de un noventa por ciento de la carne de perro que necesita. Para nosotros matan tres perros al día.

—¿Es suficiente para trescientas personas? [su media de clientes diarios]

—Son perros grandes.

—¿Alguna raza en especial?

—Los restaurantes trabajamos en exclusiva con un perro muy parecido al tradicional de Corea, el jindogae. Solo que a este le llamamos "perro de mierda".

—¿Cómo ha dicho?

—Perro de mierda. Le llamamos así porque es un mestizo que, durante la hambruna, iba comiéndose toda la carroña que encontraba. Y luego la gente se lo comía a él. Era un perro literalmente de mierda. Mire, es muy parecido a este.

Kim desenfunda el android —Samsung, por supuesto—, y teclea "jindogae". En pantalla aparece un gran perro de pelo blanco que los

cánones de belleza occidentales tenderían a definir como hermoso.

—Cada perro pesa unos treinta o 35 kilos —continúa el chef—. Se los cría para ser comidos, en plan granjero. Pero estoy buscando perros más grandes porque, bueno, es verdad que a veces vamos un poco justos de carne.

—¿Usted tiene mascota?

—Síiii.

—¿Y qué mascota tiene un cocinero de perros?

—Un pollito.

—¿En serio?

—Sí, sí, un pollito.

—¿Ha pensado en comérselo?

—Nooooo. Lo crié en una habitación. Le encantaba subirse a mi hombro, como si fuera un loro —ríe tapándose la boca con la mano—. Pero un día me quedé dormido mirando la televisión. De alguna manera me eché hacia atrás demasiado rápido y lo aplasté.

—No.

—Sí, sí. Así fue.

Esta vez no se ríe.

—Ya. Volviendo a los perros, después de todo lo que ha dicho parece que su restaurante tiene futuro pese a los críticos, las organizaciones animalistas...

—Uf, ha salido un movimiento que quiere prohibir esta carne, pero qué quiere que le diga: sin duda, la gente va a seguir comiendo perro.

—¿Ha designado heredero?

—Tengo un hijo pequeño pero qué va, no le pienso dejar el restaurante. Para él sueño dos futuros: que sea futbolista o un empresario normal. Un restaurante no es una empresa normal. Yo entro aquí todos los días, veo esa cosa —mira hacia la parrilla donde nos sirvieron el perro caliente— y me encierro doce horas a cocinar lo mejor que puedo. Es un es-



©Ángela Ferrari, de la serie *Sangre y Polvo II*, 2021. Cortesía de la artista

trés tremendo, porque tienes que vigilar la cocción al milímetro y cada animal requiere su tiempo exacto. Y luego está el olor. La vaca, el cerdo o el pescado no huelen mucho cuando se cocinan pero el perro sí, y deja un tufo que no se va. No, no. Mi hijo no seguirá con esto.

Al final de la charla, Kim Shi-woo está más relajado, aunque todavía se tapa la boca al reír. Brindamos todos con cerveza, soju y makkoli, el vino de arroz que recuerda a un sake suave. “¡La carne de perro hace que te emborraches más lento!”, tranquiliza al proponer el cuarto brindis. La entrevista le ha gustado tanto que, al cerrar el local, propone ir a un noraebang (karaoke). Después de entregarse al micrófono, sale de nuevo a la tibia noche de primavera y, de pronto, se pone a correr. Según sus camareras, es la forma que tiene Kim Shi-woo de coronar lo que está siendo una velada “superespecial”. Corre con los brazos abiertos mientras proyecta un par de gritos que, dicen las chicas, indican la magnitud de su felicidad. **U**



자주평화친선

조선올키하러배우자!



LAS FAMILIAS DE LA GUERRA ESTÁN HECHAS DE SILENCIOS

Krys Lee

Traducción de Edith Verónica Luna

Todos los comienzos son arbitrarios. La mente se apodera de un momento, le da forma a los recuerdos y crea un lugar de significado a partir de fragmentos. Me dijeron que la historia de mi familia requiere remontarse hasta antes de mi nacimiento, hasta antes del nacimiento de mi madre, hasta un tigre cerca de la ciudad de Sinuiju, una próspera ciudad norcoreana de comercios e industrias que abrazaba la frontera con China. En los alrededores vivían los hacendados. Mi abuela solía ir a las montañas en grupos de tres o cuatro jóvenes aldeanas para recoger leña. Un día se encontraron con un gatito que, por sus rayas, hizo que mi tía dudara por un momento si se trataba de un cachorro de tigre. Mientras descansaban y ofrecían alimento al gatito, el agua goteaba de un acantilado en lo alto, así que miraron hacia arriba para ver si estaba lloviendo, a pesar de que el tiempo estaba templado y el cielo sin nubes. Al levantar la mirada, las niñas vieron un tigre, así que huyeron sin recoger sus cestas de paja; sin embargo, a los pocos días encontraron sus cestas en la puerta de su casa. Los habitantes del pueblo pensaron que había sido el tigre el que había devuelto las cestas porque las niñas habían sido amables con su cría. A partir de entonces, mi abuela empezó a creer que era una mujer afortunada.

¿Somos lo que somos? ¿O somos lo que queremos creer?

La historia es una reconstrucción.

◀ ©Charlie Crane, de la serie *Welcome to Pyongyang*, 2005-2006. Cortesía del artista

Antes de que estallara la Guerra de Corea el 25 de junio de 1950, el paralelo 38 entre el norte y el sur ya era una división delimitada al azar por Estados Unidos y la Unión Soviética desde 1945. Las escaramuzas y otros actos hostiles en la frontera eran habituales. También comenzó un reinado del terror en el norte, donde las personas sospechosas de lealtad anticomunista eran juzgadas y sometidas a tortura mediante tribunales *ad hoc*. Para quienes intentaban escapar, los cruces fronterizos eran viajes complicados que requerían sobornos y oraciones. Ambos lados de nuestra familia eran adinerados, y mi abuelo tuvo la clarividencia suficiente para sospechar que si la familia se quedaba en el norte, el futuro no les auguraba nada bueno. Se dio cuenta cuando, durante una

redada, visitó la casa de un amigo acaudalado. Logró esconderse en el sótano, donde habían almacenado arroz, granos y semillas, mientras le disparaban a su amigo y desaparecían a su familia. Los soldados también apuntaron al piso, pero por suerte ningún disparo tocó a mi abuelo, quien permaneció escondido allí durante días. En la historia de nuestra familia, mi abuelo era el valiente, el intérprete de las señales siniestras del futuro, que vendió gran parte de las tierras de la familia de forma rápida y barata unos años antes de que estallara la guerra y, a pesar de los peligros, comenzó a hacer viajes clandestinos de reconocimiento a través del paralelo 38.

El abuelo que yo conocí era un hombre estricto y poco sonriente que no tenía una buena opinión de las mujeres. Le gustaban las uñas al ras, el cabello corto y un hogar silencioso. Era un hombre disciplinado y de profundos surcos en la frente, una persona sobria; su idea de un regalo de cumpleaños era un paquete de Life Savers para las nietas de ocho y nueve años que no había visto en un lustro. Le gustaba lanzar órdenes a gritos, exigir agua, una manzana. Era un hombre que rara vez sonreía, que acostumbraba a levantarse a las cuatro de la mañana antes y después de jubilarse, que dejó su cuantiosa herencia únicamente a sus tres hijos y nada a sus tres hijas; que le regaló una caja de tomates a mi madre moribunda cuando nuestra familia vivía en un alquiler de una sola habitación y estaba agobiada por las deudas de sus facturas con el hospital.

La historia es como la recordamos. La historia cuenta que nuestra familia fue afortunada. No lo perdimos todo en la guerra, como muchas personas del norte, y mi abuela logró escapar al sur con sus tres hijos pequeños, con dinero en efectivo atado a su espalda y a su



©Charlie Crane, de la serie *Welcome to Pyongyang*, 2005-2006 (detalle). Cortesía del artista



©Charlie Crane, de la serie *Welcome to Pyongyang*, 2005-2006. Cortesía del artista

vientre junto con pañales de tela y cordones, y pudo restablecerse en una de las zonas más acaudaladas de Seúl en aquella época. Lo que el gran arco narrativo deja de lado es a mi abuela y a sus tres hijos pequeños uno sobre otro en el ya abarrotado tren hacia el sur. Deja de lado la incertidumbre, el miedo, el penetrante olor a orina. Los refugiados se apiñaban en la parte superior del tren. La familia decidió permanecer junta en el carro delantero en lugar de estar cómodamente repartida en varios vagones. En retrospectiva, hicieron lo correcto, ya que el tren pronto se dividió en dos: una parte se dirigió a Manchuria y el resto al sur. Muchas familias quedaron separadas de manera permanente en el caos y el pánico de la división del tren. En ocasiones, cuando la marcha se detenía, nuestra familia caminaba, y a veces alquilaba una carreta para llevar al bebé. Por fin llegó a la provincia de Hwanghae, junto al paralelo 38, donde mi abuelo le había pagado a un intermediario para que les ayudara a atravesar una marisma. Programaron el cruce en una noche oscura y sin luna para evitar

ser detectados por los guardias fronterizos. Los niños mordían trozos de madera para no hacer ruido y pusieron a dormir a los bebés. Estaban a la espera de que subiera la marea junto con otros aldeanos, cuando un bebé empezó a llorar. El intermediario le dijo a la madre que lo tirara al agua y lo ahogara; ella logró callar al nene con sus manos. Mi tía tenía diez años cuando escuchó las amenazas.

Para muchos otros, la vida fue inhumana, cruel y breve. No lograron cruzar el paralelo 38; los atraparon y no solo los hicieron volver, sino que los llevaron a juicio. Varios sufrieron torturas y fueron asesinados. Como el hermano de mi abuelo, mi tío abuelo, que fue detenido; al igual que su esposa, enfermera, quien se negó a cambiar el amor por estar segura y libre. Había cruzado al sur, pero decidió regresar y hacer el peligroso viaje de vuelta al norte para encontrar a su esposo. Nadie la volvió a ver ni a saber más de ninguno de los dos. Como tantos otros después de ellos, nadie supo qué pasó con los que regresaron. El muro de la información ya estaba sellado. Al igual que los refugiados nor-

coreanos de la actualidad, con la travesía estaban apostando la vida, pero para alguien con el estatus y los medios económicos de mi familia, quedarse significaba morir, y marcharse prometía al menos una pequeña posibilidad de sobrevivir. El cruce fue uno de los primeros grandes silencios de nuestra familia.

Las familias de la guerra están hechas de silencios, de fragmentos rotos. No supe cómo se llamaban mis padres hasta la adolescencia, ya que siempre los llamaba *eomma* y *abba*. Emigramos a Estados Unidos cuando yo era muy chica. Aunque sentían nostalgia por su hogar y sus familias en Corea del Sur, rara vez ha-

blaban de ello, como si mencionar el pasado fuera condenarlos a no pertenecer a ningún lugar ni tener raíces en su nueva patria.

No supe que nuestra familia había huido de Corea del Norte hasta que volví a Corea del Sur de mayor. Sin conocer nada de la historia familiar, participé activamente en la comunidad de refugiados norcoreanos en Seúl y acabé trabajando durante un tiempo en el acondicionamiento de casas de seguridad en la frontera entre China y Corea del Norte, y ayudando a los norcoreanos a ponerse a salvo. A los 23 años, cuando me involucré por primera vez, había perdido a mi madre y poco tiempo después



©Charlie Crane, de la serie *Welcome to Pyongyang*, 2005-2006. Cortesía del artista

perdí a mi padre. Él me heredó más de cien mil dólares en deudas acumuladas mediante la falsificación de mi firma en tarjetas de crédito. Mientras uno de mis tíos se lamentaba de que si mi abuelo hubiera aceptado la oferta del dictador militar Park Chung-hee de suministrar pasta de chile rojo a los militares, nuestro negocio familiar se habría convertido en la futura corporación Daesang Group, yo vivía en el corazón de Seúl en un *goshiwon*, un minúscu-

la alimentaba y ayudaba a recuperarse antes de seguir adelante a las personas que había conocido en el norte. Era famosa por no levantar la voz jamás y nunca decir que no. Mis abuelos también eran cristianos acérrimos y creían que proteger a los que les rodeaban era parte de su suerte y su misión. Como la gente pasaba semanas o meses en la casa, mi tía se acostumbró a vivir en el refugio de una comunidad de desplazados en constante expansión.

Pasé la Navidad con mis amigos refugiados norcoreanos, con los que me parecía guardar más en común que con mis propios parientes.

lo estudio del tamaño de un vestidor, con un baño y una cocina comunes. Pasé la Navidad con mis amigos refugiados norcoreanos, con los que me parecía guardar más en común que con mis propios parientes. Había huido de Estados Unidos, el lugar de mi violenta e inestable infancia, y había enterrado el pasado del mismo modo que mis abuelos y padres nunca hablaron de sus raíces norcoreanas. Los inmigrantes quieren dejar atrás el pasado, pero no lo logran del todo.

Antaño, la gran casa de Hoam-dong, en Seúl, donde nació mi madre, fue un enclave acaudalado japonés durante la ocupación nipona y, justo antes de la guerra, un vecindario de poderosos militares y funcionarios del gobierno surcoreano. La casa se ubicaba justo al lado de la de un embajador, lo que significaba que era un vecindario seguro; el único grupo que suele salir indemne durante las guerras es el de los políticos. Cuando las tensiones previas a la guerra se intensificaron, fue un sitio al que empezaron a llegar los parientes y vecinos menos afortunados de Sinuiju. Hoam-dong se convirtió en una casa de refugiados, ya que mi abue-

Mientras mi abuelo creaba las fábricas que había consolidado más al sur, en la ciudad portuaria de Busan, mi abuela se hacía cargo de la incesante oleada de conocidos. El ruido de los pasos rondaba la casa; la gente iba y venía con la intermitencia de la guerra. Las porciones nocturnas de arroz se racionaban para el incesante número de personas que buscaban refugio en la casa con su estanque de lotos y sus árboles, un oasis en el campamento de refugiados en el que se había convertido Seúl. Mi tía mayor cumplía once años y su vida se regía por la escuela y los muchos mandados que tenía que hacer para que la creciente cantidad de visitantes tuviera arroz, verduras y, de vez en cuando, carne (considerada un lujo). El sol del atardecer tiñó de rojo sangre los picos de las montañas circundantes; más de una vez, mi tía tuvo que rodear un cadáver. Caían bombas y el sonido de los cristales rotos y las explosiones se convirtieron en algo normal, antes de que mi abuelo decidiera que debían unirse al minúsculo flujo de personas que partían hacia el sur, hacia Busan. Pronto, el débil fluir se convirtió en una avalancha. A los tres días de

la declaración oficial de guerra, las fuerzas armadas de Seúl cedieron y mi familia alcanzó a escapar. Una vez más, su casa improvisada en Busan se convirtió en una parada obligatoria para los necesitados. Gracias a la previsión de mi abuelo, su subsistencia era cómoda ahí. Con el capital que llevaba del norte había puesto en marcha una fábrica de pasta de chiles rojos, zapatos y otras cosas. Entendían su posición privilegiada como una responsabilidad hacia su comunidad norcoreana, en la que muchos miembros habían perdido todo su sustento. Mi tía nunca volvió a ver la casa de su infancia ni a la mayoría de sus amigos.

En 2011 un refugiado norcoreano que se encontraba en una casa de seguridad que ayudé a crear en la zona fronteriza china me rogó que le ayudara a ponerse a salvo en Corea del Sur. "El tipo está loco", me dijo, refiriéndose al chino de la etnia Han que supervisaba la casa de seguridad, un veterano con un largo historial en ese tipo de trabajo en la frontera. "Quiere retenerme por tiempo indefinido hasta que me haya convertido a Dios por completo". El hombre estaba cansado de estar encerrado durante meses, volviéndose loco de miedo y recuerdos, y estaba decidido a escapar, aunque tuviera que cruzar el país a pie. Intenté hacerlo entrar en razón, lo que llevó a una discusión que duró toda la noche y en la que el activista Han me dijo: "Yo estoy del lado religioso y tú del activista", cuando yo pensaba que trabajábamos por la misma causa: la seguridad y la dignidad de una vida humana. Recurrimos a una gran cantidad de planes y engaños para contratar a un intermediario y ayudar al norcoreano a escapar hacia Corea del Sur.

Durante su primer año en Corea del Sur, se sintió muy eufórico, desconfiado e incapaz de leer ninguno de los ideogramas que le rodea-

ban. Era un hombre que había perdido su país, su comunidad y su familia para siempre. Lamentaba su libertad y a la vez la celebraba, lo que equivalía a una condena de por vida a la soledad. Fui testigo de cómo se mudaba de una casa a otra, cómo conseguía trabajo, cómo se peleaba a puñetazos con algún surcoreano que lo insultaba. Lo vi enamorarse y vi cómo lo había engañado otra desertora norcoreana empuñada en que mantuviese a su hijo, pero poco dispuesta a renunciar al amante chino que había dejado en la frontera. Lo vi comprar un terreno y una casa que, en los últimos cinco años, se convirtió en un hogar para él y su esposa, una refugiada norcoreana recién llegada. Diez años después de contratar a un intermediario para ayudar al hombre a llegar a Corea del Sur, me llamó una noche y me dijo que yo era de la familia.

La guerra siguió a nuestra familia hacia el sur, así que mi abuelo compró un pasaje para el resto de su linaje a un precio exorbitante con destino a la isla de Jeju, frente al continente en el extremo sur, y huyeron de nuevo inmersos en esa vida de movimiento constante. Una vez más, mi abuela y sus tres hijos se establecieron temporalmente sin tener la certeza de si mi abuelo estaría a salvo en Busan. Pero las lágrimas ya se habían secado. La tragedia era cotidiana y universal, y mi tía la mayor solo habla de su suerte durante la guerra; tener algo en una época en la que nadie tenía nada era un privilegio, y jamás lo olvidaron. Hacia el final del conflicto, el 27 de julio de 1953, el país no era más que ruinas y escombros. Cuando mis abuelos regresaron a Seúl, le cedieron su casa en Busan a un familiar que lo había perdido todo.

La comunidad norcoreana de Sinuiju en Seúl se reunió de nuevo en la iglesia de Yeongrak,



©Charlie Crane, de la serie *Welcome to Pyongyang*, 2005-2006. Cortesía del artista

cerca de Myeongdong, que ha seguido siendo un reducto de la empatía y los vínculos norcoreanos. Allí debieron vivir con el fantasma de su ciudad natal, de su lengua y su identidad, que en el sur miraban con recelo y temor. Me pregunto cómo les habrá afectado el verse obligados a ocultar su identidad y de dónde venían. Sus historias no eran las de mi infancia; sino relatos de vergüenza, de dolor, una historia de anhelo sin nombre.

Me pregunto en especial por mi abuelo, un hombre que se parecía más a un abuelo cualquiera que a un rico magnate que les dejó a sus hijos fábricas y costosas residencias en Gangnam, en Seúl. Un hombre que era muy valiente, muy generoso con sus vecinos, que creía en el patriarcado confuciano y consideraba que sus hijas no valían nada porque una mujer no podía transmitir el linaje familiar. Me pregunto cómo una persona puede alcanzar la grandeza en tiempos de guerra y ser ruin e indiferente en la paz. El amor es una paradoja. La

historia es una paradoja que me enseñó a perdonar a mi abuelo por la manera en que trató a nuestra familia. Me pregunto quién era mi abuela en realidad, la clase de heroína silenciosa y ausente en los registros históricos, definida en el círculo familiar por sus sacrificios. Me pregunto cómo ellos, y mis padres, llevaron la guerra en su interior durante el resto de sus vidas.

Intento recomponer el rompecabezas del pasado y ubicar a las personas que ya se han ido. Mientras estamos sentados en el apartamento de mi tía, diciéndonos unos a otros cuán afortunados somos, haciendo eco de las palabras de mi abuela, intento reconstruir no aquello que es mi familia, sino lo que significa. Intento comprender cómo la Corea rota del pasado vive bajo el nuevo andamiaje de la cultura k-pop de Corea del Sur, la torre Lotte World y los sinuosos carriles para ciclistas del río de Seúl.

Todos los finales son conclusiones incómodas. **U**

POEMAS SIJO

SILENCIO

Kim Seok-cheol

Recogido en silencio
cerrojo en la puerta
en abismo sin fondo
el alma abre los ojos.
Sagrado círculo donde
acercarse nadie puede.

HOJAS EN EL SUELO

Kim Seon-hwa

Las miro distraída
descubro sus heridas
atesoran pensamientos
curtidos de rasguños.
La vida, vuelven a franquear
lúcida calma, la suya.

MADRE

Kim Seung-jae

Escrita una vida
de flores y pájaros
dolores padecidos
angustias abisales
su fondo, profundas aguas
nadie podrá adivinar.

TÚ ERES

Na Soon-ok

Al batir del viento
 firme solo la roca
Así tú llegaste a mí
 a mi alma agitada
en pilar te convertiste
 donde atar mi vida.

EL VIENTO

Byeon Yeong-kyo

Acaso tenga forma
 por cómo me atraviesa.
Acaso no tenga forma
 por cómo se escurre.
Al marchar de esta vida
 ¿una ráfaga no más seré?

HIEDRAS

Kwon Gap-ha

La vida, un escalar
 Paredes empinadas
ocultar el corazón
 bajo hojas frondosas
dibujar en los murales
 infinitas tristezas.

LA ROSA ROJA

Kim Myeong-ho

Es pasión de gitanos
 sonrisa de corazones.
Cada flor en su pecho
 lleva dolor y alegría.
Es fuego, alma que lanza
 dulces susurros del abismo.

POLVO DE ESTRELLAS

Jeong Su-ja

Fuimos solo polvo
 en el seno del universo
juntándonos unos a otros
 estrellas, luego yo.
La vida, breve pasamos
 compartiendo, solo eso.

LA LIBÉLULA ROJA

Ji Sung-chan

Atardece, la libélula
 duerme en un pétalo.
Su lecho, escogido
 tras recorrer los cielos
pétalo donde se posaron
 sus levísimas patitas.

¡AY, LAS OLAS!

Choi Suk-yeong

Golpean sin cesar
 golpean una otra vez
aguanto y aguanto
 sus golpes de agua
segura de que existe
 ahí arriba el cielo.

EL MATRIMONIO

Kim Min-jeong

El camino que andamos
monte es, campos arenas
de nieve, lluvia a veces
o vendaval de por medio.
Mas queda nuestra mirada de
primavera envuelta.

TODAVÍA

Kim Min-jeong

Es pronto, demasiado
para dejarlo en el olvido.
Tantos días que pasamos
tú y yo, soñando juntos.
Instantes, que abrazar quise cual
eternidad, con fuerza.

DESDE ENTONCES

Kim Min-jeong

Fluye siempre la corriente
dirección hacia abajo
cargando en los brazos
el tendido cielo azul
timidez disimulando
sus pasos midiendo.





KIM JI-YOUNG, NACIDA EN 1982

Cho Nam-joo

Traducción de Joo Hasun

Kim Ji-young asistió a un centro de secundaria que quedaba a quince minutos a pie de su casa. Su hermana había ido a la misma escuela, pero entonces era exclusivamente para niñas.

Hasta la década de 1990, Corea era un país con un agudo desequilibrio de género en la tasa de natalidad. En 1982 nacieron 106.7 bebés varones por cada cien niñas. Pero la proporción de niños creció y creció hasta llegar a 116.5, muy por encima de la diferencia que naturalmente se da, entre 103 y 107 varones por cada cien niñas. Eso indicaba que había ya un número más alto de estudiantes de sexo masculino y que iban a hacer falta colegios para ellos, dado que seguirían aumentando en número. En los colegios mixtos había dos veces más clases de chicos que de chicas; sin embargo, el problema no solo radicaba en tal desequilibrio dentro de un mismo instituto, sino en que los estudiantes fueran asignados según su género a colegios que quedaban lejos de donde vivían, aunque hubiese escuelas más cercanas. El año en que Kim Ji-young ingresó en secundaria, su colegio se volvió mixto. A raíz de aquello, otros institutos que antaño habían sido femeninos o masculinos sufrieron la misma transición.

La escuela secundaria a la que asistía Kim Ji-young era un colegio como cualquier otro. Tenía un patio pequeño, por lo que había que atravesarlo en diagonal para las carreras de cien metros. También era una construc-

◀ ©Kim Sanho, *My Porcelain Tiger*, 2022. Cortesía de la artista



©Kim Sanho, *Blooming Pages*, 2020. Cortesía de la artista

ción vieja, de cuyas paredes caían constantemente pedazos de revestimiento deteriorado. Para los estudiantes había un estricto código de vestimenta, que era particularmente inflexible en el caso de las chicas. Según cuenta la hermana de Kim Ji-young, el reglamento se endureció cuando el centro se convirtió en un colegio mixto. La falda del uniforme debía cubrir la rodilla y no debía insinuar la curva de las caderas y los muslos. Debajo de la blusa blanca del uniforme de verano, que era semitransparente, tenían que ponerse obligatoriamente una prenda interior también blanca y con escote redondo. No podía ser una camiseta de tirantes, ni una camisola de algodón con mangas, ni una prenda de color o con encajes. Y lo que nunca debían hacer las estudiantes era llevar solo el sostén debajo de la blusa. En verano, debían asimismo ponerse pantis de color piel y calcetines blancos por encima y, en invierno, solo medias negras opacas, sin cal-

cetines. Tampoco podían usar zapatillas deportivas, sino zapatos. Y en invierno, llevar zapatos con medias y sin calcetines daba un frío de muerte.

En el caso de los alumnos varones, las reglas eran mucho más flexibles. Lo único que no podían hacer era cambiar el ancho de los pantalones. Por eso, había chicos que debajo de la camisa del uniforme de verano se ponían camisetitas sin mangas, camisolas con mangas, incluso prendas de color gris o negro. Y, cuando tenían calor, se desabotonaban parcialmente la camisa, si es que no se la quitaban a la hora del almuerzo o durante los recreos. En cuanto al calzado, podían usarlo de todo tipo, desde zapatos y zapatillas de deporte hasta zapatillas de tacos y para correr.

En una ocasión, una estudiante fue amonestada en la puerta del colegio por llevar zapatillas de deporte. Ella protestó porque solo a los chicos se les permitía ponerse otro calzado y camisolas debajo del uniforme. El profesor a cargo del control de vestimenta le respondió que eso se debía a que los varones practicaban deporte en todo momento.

—Los chicos no pueden estar quietos ni durante los diez minutos que dura el recreo. Están jugando al fútbol, al béisbol, al baloncesto... y, si no están haciendo deporte, están saltando unos encima de otros. A ellos no se les puede decir que mantengan la camisa abotonada hasta el cuello y que lleven zapatos.

—¿Y piensa que las chicas están quietas porque les gusta estar así? No podemos movernos porque nos incomodan la falda, las medias y los zapatos que nos obligan a usar. En primaria, yo también salía al patio en los recreos, a saltar y a jugar a la pelota.

Aquella alumna, al final, fue castigada no solo por no respetar el código de vestimenta,

sino también por contestar al profesor, y tuvo que dar varias vueltas al patio del colegio en cuclillas. El profesor le ordenó sujetarse bien la falda para que no se le viera la ropa interior, pero la chica no obedeció. Y se le veían las bragas mientras avanzaba. El profesor la detuvo después de la primera vuelta. Más tarde, otra chica que acudió a la sala de profesores por estar vestida de manera indebida le preguntó por qué no se había sujetado la falda.

—Para que viera lo incómodo que es vestirse así.

El reglamento no cambió, pero las estudiantes empezaron a hacer caso omiso del control de vestimenta sin que por ello se las amonestase, aunque llevaran camisolas de manga corta debajo de la blusa o zapatillas de deporte.

Por la zona donde se situaba la escuela de Kim Ji-young rondaba un pervertido conocido como Hombre Gabardina, porque vestía solo un abrigo largo encima de su cuerpo desnudo y se desatapaba cuando pasaban niñas o mujeres jóvenes a su lado, para ver sus reacciones. Era famoso en los alrededores y las alumnas sentían pavor cuando aparecía. A veces, en días nublados, salía al espacio abierto frente a la escuela, que se veía directamente desde la ventana de la clase 2-H femenina. Kim Ji-young estaba en esa clase y, como ella, todas sus compañeras asignadas a esa aula se asustaban al verlo, aunque la situación también les hacía gracia.

Un día de primavera ocurrió un incidente, poco después de que hubiese comenzado el año académico. Había llovido de madrugada y era una mañana con niebla. Acababa de terminar la tercera clase del día y las estudiantes estaban en el descanso cuando la chica sentada al final de la fila de la ventana miró hacia afuera

y gritó. No estaba claro si gritaba a modo de celebración o para mofarse de lo que estaba viendo. Las más atrevidas se acercaron a la ventana y empezaron a gritar también: “¡Guapo! ¡Otra, otra!”. En seguida aplaudieron y se rieron a carcajadas. Kim Ji-young se quedó sentada en su asiento, lejos de la ventana. Solo estiró el cuello para intentar descubrir lo que pasaba, pero no logró ver nada. En realidad, se moría de curiosidad. Sin embargo, le dio vergüenza acercarse a presenciar el espectáculo. No tuvo la valentía de verlo con sus propios ojos. Una amiga que se sentaba junto a la ventana le contó luego que la actuación del Hombre Gabardina había superado todas sus expectativas, como si hubiera agradecido la eufórica reacción de las chicas.



©Kim Sanho, *The Crimson Wave*, 2020. Cortesía de la artista

De repente, mientras en el aula seguía el alboroto, entró el profesor a cargo del control disciplinario.

—Las que estabais gritando en la ventana, salid. Todas. ¡Ya!

Las aludidas se colocaron frente a la pizarra. Le dijeron al profesor que se habían quedado en sus respectivos asientos, que no habían gritado y que tampoco habían mirado por la ventana. No obstante, el profesor se llevó a cinco de ellas, a las que escogió arbitrariamente, a la sala de profesores. Allí las castigaron y fueron obligadas a escribir cartas de disculpa. Regresaron apenas comenzada la hora del almuerzo y la chica que había visto al Hombre Gabardina escupir por la ventana, enojada.

—¡Mierda! Nosotras no hemos hecho nada malo. La culpa la tiene ese tipo. No hacen nada para pillar a ese pervertido y a nosotras nos dicen que corriamos nuestra mala conducta. ¿Pero qué mala conducta? ¿Acaso he sido yo la que se ha desnudado?

Las compañeras se rieron, pero la chica no se calmó fácilmente, ni siquiera después de escupir varias veces más.

Las cinco alumnas que ese día estuvieron en la sala de profesores no volvieron a llegar tarde al colegio. Y eso que siempre eran las últimas en entrar en clase. Los profesores, pese a que presentían que estaban tramando algo, no les podían decir nada porque no cometían ninguna falta de disciplina. Entonces sucedió



©Mónica Loya, *Duality*, 2022. Cortesía de la artista

La primera regla era un secreto que solo podían compartir con su madre o con sus hermanas.

algo grande. Como si fueran enemigos que se encuentran en un callejón sin salida, una mañana una de las cinco chicas se topó con el Hombre Gabardina e inmediatamente aparecieron las otras cuatro detrás de ella. Entre todas saltaron sobre el sujeto, lo amarraron con cuerdas de plástico y cinturones y lo arrastraron hasta la estación de policía. Nadie sabe qué le pasó a aquel hombre. El caso es que nunca más volvió a rondar por el vecindario y las cinco estudiantes fueron suspendidas. Las sancionaron y no pudieron acudir a clase durante una semana. Cuando se reincorporaron, después de escribir varias cartas de disculpa y limpiar baños y el patio del colegio durante días, no hicieron comentario alguno sobre lo ocurrido. Pero los profesores les solían golpear suavemente en la cabeza cuando pasaban frente a ellas.

—No tenéis decoro como mujeres. Sois la vergüenza del colegio.

Cuando se alejaban, una de las alumnas mascullaba “¡Mierda!” y escupía.

Kim Ji-young tuvo su primera menstruación en el segundo año de secundaria. No le llegó ni antes ni después que a sus compañeras. Su hermana había tenido su primera regla a la misma edad y ya venía intuyendo que ella también empezaría a menstruar durante la secundaria, al ser ambas de similar constitución física, de similares gustos y de similar desarrollo. Por eso no entró en pánico. Tomó una de las toallas sanitarias que su hermana tenía en el primer cajón de su escritorio y le contó que estaba menstruando.

—Se te ha acabado la buena vida —dijo su hermana sin más.

También fue ella la que se lo contó a su madre en lugar de Kim Ji-young, que no estaba

segura de si debía contarle o no a su familia que le había llegado su primera regla. No pasó nada extraordinario. Su padre llamó para avisar de que iba a volver tarde a casa, pero quedaba poco arroz, por lo que su madre y sus hermanos decidieron cenar fideos instantáneos. El hermano de Kim Ji-young se sirvió una buena cantidad de fideos inmediatamente después de que pusieran la mesa, pero su hermana mayor le regañó y le dio un ligero golpe en la cabeza.

—Si tú te llevas tanto, ¿qué comemos nosotras? ¿Y cómo es que te sirves tú primero? ¿Acaso no respetas a mamá?

La hermana de Kim Ji-young le sirvió a su madre una buena ración de fideos, caldo y huevo, y luego tomó para ella la mitad de los fideos del plato de su hermano. Entonces, la madre le cedió la mitad de los suyos al niño. La hermana de Kim Ji-young gritó enfadada:

—¡Mamá! Come tú. Y la próxima vez vamos a usar una olla por cada paquete de fideos instantáneos, para que nadie le quite o le ceda comida a nadie.

—¿Desde cuándo eres tan considerada conmigo? Además, no son más que fideos. Y eso de usar una olla por persona es demasiado. ¿Vas a lavar tú las ollas?

—Sí. Soy buena limpiando y lavando platos. También doblo la ropa ya lavada y la ordeno, y lo mismo hace Ji-young. En esta casa solo hay una persona que no hace nada. La hermana de Kim Ji-young echó una mirada de reproche a su hermano y su madre le dijo, acariciándole la cabeza:

—Si todavía es un niño.

—¿Pero qué niño? Si yo, con apenas diez años, me encargaba de preparar mi maletín

para la escuela y también el de Ji-young. Hacía sola los deberes y revisaba los de ella. Cuando nosotras teníamos su edad ya fregábamos el suelo, tendíamos la ropa y nos hacíamos la comida sin ayuda de nadie, aunque fueran unos simples fideos instantáneos o un huevo frito.

—Pero es que es el benjamín de la familia.

—No es porque sea el menor. Es porque es el varón.

La hermana tiró los palillos sobre la mesa y se metió en su cuarto. Confundida, la madre suspiró con la mirada clavada en la puerta de la habitación, mientras que Kim Ji-young se preocupaba por los fideos, que estaban empezando a ablandarse, si bien tampoco podía comer en ese ambiente tan incómodo.

—Si la abuela viviera, se habría enfadado y ella se habría metido en un buen lío —intervino su hermano—. Habría dicho que es inaceptable que una mujer le pegue a un hombre en la cabeza.

Por quejarse sin ser consciente de lo ocurrido, el chico recibió otro golpe en la cabeza, esta vez de Kim Ji-young. Su madre no fue a consolar a su hija mayor. Tampoco se disgustó. Solo le sirvió más caldo a su segunda hija.

—A partir de ahora tienes que procurar comer caliente y abrigarte bien.

Entre sus amigas, algunas presumían de que habían recibido ramos de flores de sus padres con motivo su primera menstruación. Otras, de que lo festejaron en familia, con pasteles y todo. Pero esas chicas eran minoría. Para la mayor parte, la primera regla era un secreto que solo podían compartir con su madre o con sus hermanas. Un secreto fastidioso, doloroso y algo vergonzante. Ese fue también el caso de Kim Ji-young y su familia. Su madre evitó mencionarlo directamente y se limitó a servirle más caldo, como si la menstruación fuera algo indecente sobre lo que se debía callar. Esa noche, acostada al lado de su hermana y pasando de la angustia al malestar, Kim Ji-young reflexionó sobre lo que le había pasado durante el día. Pensó en la menstruación y los fideos instantáneos, en los fideos instantáneos y el hijo varón, en los hijos varones y las hijas, en los hijos varones, las hijas y las tareas del hogar. Un par de días después, su hermana le regaló un estuche de tela con cremallera y que tenía el tamaño de la palma de una mano. Dentro había seis compresas higiénicas.

Las compresas ultraabsorbentes o con alas se volverían comunes mucho después. Las que se usaban entonces, que había que traer de la



©Kim Sanho, *The Forest*, 2018. Cortesía de la artista

tienda escondidas en una bolsa de plástico de color negro, no se pegaban bien a la ropa interior, así que se movían y los extremos se doblaban hacia el centro. Para colmo, tenían una pésima capacidad de absorción. Por mucho que una se cerciorara de que estaban bien fijadas, con frecuencia manchaban la ropa o las mantas de la cama durante la noche. Era peor en verano, cuando se usaba ropa más ligera. Algunas mañanas, aún medio dormida, Kim Ji-young se aseaba, desayunaba, entraba al baño, iba a la cocina y atravesaba la sala como si nada, y su madre se le acercaba y le daba unos codazos. Cada vez que pasaba esto, ella se escapaba a su cuarto como si hubiera hecho algo malo y se cambiaba.

Más insoportable que esas incomodidades era el dolor menstrual. Había anticipado cómo sería según lo que le había contado su hermana; sin embargo, el segundo día aumentaba el sangrado, se le hinchaban el pecho y el abdomen y le dolían la cintura, las caderas, las nalgas y hasta los muslos. En el colegio, si iba a la enfermería, le daban una bolsa calentadora para calmar los dolores. Pero esta, de color rojo y llena de agua caliente, era demasiado grande y olía a caucho, por lo que no le convencía la idea de andar con esa cosa encima porque sentía que estaba anunciando que tenía la regla. Pero tampoco tomaba pastillas, de esas que se publicitaban como el remedio para todo, desde cefaleas hasta dolores dentales y menstruales, porque la aturdían y le provocaban náuseas. Simplemente, se aguantaba. Al fin y al cabo, era algo habitual que venía cada mes y duraba varios días. Pensaba ciegamente que quizá podría ser malo para la salud depender de los fármacos cada vez que menstruaba.

Mientras hacía los deberes, acostada boca abajo y agarrándose el vientre con una mano,



©Kim Sanho, *The Crimson Wave*, 2020. Cortesía de la artista

Kim Ji-young decía una y otra vez que no lograba entenderlo. La menstruación es algo que tiene la mitad de la humanidad, remarcó, y agregó que, si una farmacéutica desarrollara un buen medicamento solo para los dolores menstruales sin efectos secundarios, en vez de esas pastillas vagamente clasificadas como analgésico y que encima provocaban náuseas, ganaría mucho dinero. Su hermana asintió al escucharla y le pasó una botella de plástico con agua caliente envuelta en una toalla.

—Eso digo yo. Es increíble que hoy en día, cuando se cura el cáncer y se trasplantan corazones, no haya una medicina para los dolores menstruales. Se creen que va a llegar el fin del mundo si entra alguna droga en el útero. ¿Es que es un santuario intocable? Su hermana señaló su vientre con el dedo y Kim Ji-young se rio, aún con dolores y la botella de plástico entre los brazos. **U**

Selección de Kim Ji-young, nacida en 1982, Joo Hasun (trad.), Alfabeta, Barcelona, 2019.

97

本超市專售
韓國、

台灣、
中國、

日本食品





UNA TARDE COREANA EN LA ZONA ROSA

Texto de Samuel Cortés Hamdan

Fotografías de Oswaldo Ruiz

Atravieso el griterío de la calle de Génova, difícil pasillo irreductible entre el archiduquesco Paseo de la Reforma y la prepotente modernidad aún no vencida de la Glorieta de los Insurgentes, y avanzo en busca de las promesas que me hicieron: las de una Corea mexicana.

Por supuesto que en la ciudad de las migraciones nada es extraño, menos esta promesa de comunidad en la exclusiva colonia Juárez; pero tras años de pedalear por sus calles, emborracharme en Florencia, salir de madrugada del trabajo periodístico por Salamanca, no me había percatado del kimchi y sus discreciones.

Solo que ahora me traje los ojos abiertos.

El llamado barrio coreano de la Zona Rosa —tan bien mitificada por Luis Guillermo Piazza en su obra *La mafia*— es un rumbo de las interrupciones, donde cada centímetro se ve disputado por emprendimientos divergentes: ya la librería El Péndulo; ya el hotel trasnacional que oferta sus habitaciones con led verde en cifras que son dólares a las afueras; ya la casa de cambio que priorice la moneda del visitante monolingüe urgido de embriaguez por sugerencia de la guía turística en checo, italiano o polaco; ya la sex shop cuya ropa interior adornará con microesferas disco el clítoris de quien la porte. Las convivencias asiáticas solo caben haciéndose acomodar: aparecen un instante y luego no vuelven a mostrar sus fideos sino varias cuadras adelante.

El barrio coreano, pues —decreto, nomás— es una fragmentación, una telaraña esporádica: hermandad intermitente de una península con más de medio siglo de conflicto divisorio.

El barrio coreano, pues —decreto, nomás— es una fragmentación, una telaraña esporádica.

El primer restaurante sobre la calle Génova anuncia: “como lo vio en *El juego del calamar*”. No sabemos cuánto dure la oportunidad de la fama, en esta ocasión la de una serie televisiva que empieza a morir sepultada bajo el estruendo en Ucrania, el desenlace de *Better Call Saul*, la telenovela de Obi-Wan Kenobi y la siguiente saturación central. Pero no cabe duda de que dominó el mundo y confirmó costumbres que ahora buscamos en un restaurante dedicado a cierta tradición: la goguinará, la pa-



rrilla donde los comensales asan sus carnes al gusto de la improvisación especulativa sobre el fuego.

La recepcionista viste un hanbok, por supuesto. Lo primero es la juguetería agria de las entradas que no solicité: el kimchi, rojiza col fermentada, nabo rayado, germen de soya y chayote hervido se reparten en sendos platitos para que los pesque y me duerma en su vinagre en lo que llega la sopa. Palillos y una cuchara larga para la ceremonia descansan en un plato plano. Si la amargura de los sabores es convocante, culpo a México.

Ando tan desafiado como inmediatamente repuesto. Me envalentono y pido una botella de vino de arroz: ¿750 mililitros qué podrán contra mis cultos dionisiacos más o menos procurados desde la preparatoria de Coyocacán hasta mis 33 años? Pero me equivoco por altanería, claro, porque sin sorpresa no hay aprendizaje. Y la seca seriedad incomparable del makgeolli me cachetea, me obliga a la humildad, como el mezcal, como el whisky, y me invita a maridar con agua de sabor.

Mientras tanto, el viernes de los oficinistas —que somos todos— continúa en la normalidad al ritmo del son del dolor y la célula que explota, en una ceremonia que nunca nos cansa porque somos más necios que eso, como que pensando en tu amor he podido ayudarme a vivir.

Le falta inteligencia palatal a mi intento por entender este vino de arroz, pero lo dejo asaltarme en totalidad y sigo caminando. Entonces me aventuro por Hamburgo: minúsculos mercados con botanas de cebolla y maíz, a veces picantes, a veces dulces; tallarines con pestilencia a camarón o jaiba para el asalto rápido del estómago en la noche; varitas de galleta recubiertas de chocolate rosado; costales de





arroz vietnamita sellado por Estados Unidos —en la ventajosa cadena de suministros hoy relativizada por el conflicto entre Kiev y Moscú—; bebidas de café que recuerdan en su diseño a las botellas de desodorante en spray y que van empaquetadas con los rostros de los Backstreet Boys de Corea: BTS, la alucinación de todas las adolescentes que en el mundo han sido y están siendo en estas horas del siglo XXI.

Yo quería ser la más humilde y discreta de las fieras, pero me educaron los silogismos aristotélicos de la preparatoria de Coyoacán,

así que sigo especulando por Hamburgo y me encuentro en un rincón la delicia de una tienda familiar que me transporta a las metamorfosis deíficas de Ponyo en el acantilado. Todo sobre las canastas y los refrigeradores está escrito en coreano. Elijo una bebida discreta cuya elegancia anómala distraiga la sanción policíaca: *Tock Soda, tropical sparkling, alcohol, grape wine, natura flavors and carbonation*. Padre y madre de unos 46 años acomodan y dictan órdenes en coreano mientras un adolescente no mayor de quince atiende la caja desierta de una tarde anodina donde la única aventura soy yo, un bobo curioso que no sabe actuar su impostura, su injerto mexicano en medio de la vendimia cotidiana. Todo muy normal en el juego de las estanterías y sus apretadas diversidades. Además de las etiquetas en lengua extranjera, algo acusa diversidad, mundo ajeno: el melón va envuelto en plástico.

Lejos del mundanal ruido de la hermosa saturación de Génova, más o menos espina dorsal del barrio tan exclusivo como horizontal, en la esquina con Biarritz, encuentro un pequeño comedor de no más de cuatro mesas, con estantes entablados en el exterior, un discreto ventilador de unos treinta centímetros de diámetro, solo comensales coreanas y dos mujeres mexicanas en la cocina, atravesada de utensilios: he elegido mi siguiente destino, que concretaré hasta mañana.

“¿Solo? ¿Tú solo? Mesa limpio”, me dice y les indica a sus trabajadoras mexicanas la jefa, malabarista de distribuidores de espinaca y jitomate: una comitiva coreana que la visita a pie y en moto y va amontonando los suministros sobre los estantes exteriores y, con poquísimas palabras, cierra el acuerdo antes de retirarse. Claramente las cuentas se hacen en otro momento. La mesera malabarista lo con-

trola todo en los bolsillos de su delantal, separa los billetes que corresponden a cada mesa. Mi sueño de intimidad hogareña se rompe súbitamente por los precios de los platillos, pero al ver el tamaño del plato entiendo que mi objeción estaba equivocada. El billetazo es justo. Y también la sazón.

Aunque yo no sé nada de este tipo de comida, comprendo que el invisible ajonjolí tostado puede transformarlo todo, gigante gentil. Recuerdo el título de ese documental de Les Blank: *El ajo es mejor que diez madres*. Y si es cierto, ¡con qué familiaridad se acopla el ajonjolí en ese contubernio!

Aquí reincido y pido otro vino de arroz —aprendí ya y desde el inicio, lo acompaño de un refresco de aloe con trocitos— que lleva una opulenta afirmación en su etiqueta: *World's number 1 spirits*: Jinro Chamisul Soju se presume operativo desde 1924, cuando las dos Coreas eran una, entre otras cosas, y el texto traducido asevera que esta técnica alcohólica proviene del siglo XIII, “época de la dinastía de Goryeo, hoy es la bebida alcohólica nacional de Corea, siendo Jinro Chamisul Soju la bebida espirituosa más vendida del mundo”. Qué hermoso adjetivo. Espirituosamente, a estas alturas ya he conectado con el todo, o por lo menos con mi asomo al fragmentado barrio discreto que escurre sus tallarines y sus zanahorias entre la estridencia de los antros y las atronadoras cumbias acostumbradas de la Zona Rosa.

Voy a seguir tropezando y a extraviarme hasta llegar al restaurante cubano (“Qué volá, asere”, por supuesto) y los Pollos Ray: me pasé un par de continentes y todavía no sintetizo nada. Ya en el gozo del extravío, no faltarán las risas de México —que todo lo deglute y lo transforma por contagio— en las micheladas tepiteñas impostadas en la colonia Juárez, pues

todas insisten en un ingrediente secreto: shige takane, que ahora no sé si es albur o marca o degeneración, pero el convocante me explicará sin mayor ceremonia: vodka, amigo.

Vine por el asombro y me quedé por el mestizaje. **U**

Todas las imágenes forman parte de la serie *Un día sobre la ola coreana en la Ciudad de México*, 2022



DU PAN AL VAPO

VISION ASIA



WASSHON



SANTIKAK



BUBBLE TEA

ONIGIRI



TONKATSU BURRITO

SASANO-SHITEO



WAPONIEMA







POR SI NO TE VUELVO A VER, COREA DEL NORTE

Andrés Sánchez Braun

El sol se asomaba por fin entre las nubes cuando el vuelo JS152 de Air Koryo tocó tierra. Desde el amanecer el día había sido de un gris plomizo en Pekín, donde habíamos despegado, y la calidez de esa tímida luz vespertina se antojaba el mejor de los recibimientos: por fin estaba en Pyongyang, y cuanta más luminosidad mejor para otear, escudriñar y memorizar cada detalle de ese país y su capital, que estaba empezando a cambiar tras varias décadas de ser esa "ciudad estalinista varada en el tiempo" de la que hablaban muchos de quienes habían podido visitarla antes que yo.

Era martes, 14 de febrero de 2017. Por ese entonces Corea del Norte parecía estar empezando a perder ese halo de país remoto y enclaustrado sobre el que tanto había leído mientras crecía. No obstante, era y sigue siendo el lugar más hermético del mundo en términos informativos. Un lugar en el que no existe libertad de prensa, donde el régimen controla de manera casi total los mensajes que llegan al ciudadano y las violaciones de derechos humanos se producen lejos de cualquier mirada.

En los diez años anteriores a mi llegada el régimen norcoreano había decidido abrirse paulatinamente al turismo; eso sí, de manera limitada y absolutamente controlada. La decisión contribuyó, por un lado, a financiar de manera indirecta a la dinastía Kim que gobierna el país con mano de hierro, y por otro, a estandarizar los tours que las autoridades ofertaban, incluyendo aquellos destinados a periodistas. Medios

de Estados Unidos, el país que Corea del Norte sigue considerando su principal enemigo, ya reportaban —y de manera tangencial también contribuían a engordar las finanzas de la cúpula norcoreana pagando por trámites, oficinas y demás— habitualmente desde dentro del “Estado ermitaño”, que incluso había invitado de manera regular a reporteros para cubrir lanzamientos de cohetes espaciales, congresos, desfiles o efemérides varias.

Era ese mi caso, pues debía cubrir el 75 aniversario del nacimiento de Kim Jong-il, segundo líder del régimen (1994-2011) y fallecido progenitor del actual mariscal Kim Jong-un. Ante mí se presentaba el dilema que todo periodista se plantea cuando viaja a ese país. ¿En qué grado contribuye una visita, controlada al milímetro por las autoridades, a transmitir la situación que se vive ahí? y, ¿en qué grado uno está financiando un sistema criminal al pagar visados, alojamiento, etcétera?

Puedo decir que mi experiencia sirvió para certificar el planteamiento que ya tenía antes de aterrizar y que muchos colegas de profesión defienden: tener la posibilidad de visitar un lugar así, pese al daño colateral, siempre ayuda a humanizarlo, a hacerlo más visible, a derribar prejuicios, a entablar relaciones personales... Sobre todo porque en un país tan poco accesible como este, un solo detalle captado por el rabillo del ojo puede bastar para construir una historia y porque el régimen, por muy asfixiante que sea su gobierno, no puede controlarlo absolutamente todo.

Cada visita a Corea del Norte es una oportunidad para ver uno mismo un raro ejemplo de resistencia cultural en plena globalización, así como una feroz y extremadamente opaca dictadura que ahí sigue, inamovible tras más de siete décadas pese a las dificultades econó-



Portada de Hwasal (Pyongyang), 1961. Library of Congress ©

micas que continúa atravesando. Y sobre todo para ver que los norcoreanos son personas, no robots, con los mismos anhelos y dudas que cualquier otro ser humano.

Escribo estas líneas cinco años después y no puedo sino lamentarme; un viaje así hoy sería un lujo. La pandemia llevó al régimen a echar el cerrojo a principios de 2020, hasta el punto de no permitir la entrada de nadie del exterior, ni siquiera de los diplomáticos norcoreanos en el extranjero, que desde entonces llevan sin pisar su país ni ver a sus seres queridos. Se dio orden de dispararle a todo el que se aproximara a uno u otro lado de las fronteras y hasta los intercambios comerciales se han visto comprometidos por la paranoica gestión norcoreana de la pandemia.

El personal de las embajadas en Pyongyang comenzó a abandonar en oleadas el país, al



Pyongyang, 2011. Fotografía de ©Dan Sloan.Flickr

igual que los empleados de las ONG. Hoy no queda prácticamente ningún foráneo, y el lugar está casi por completo a oscuras desde el punto de vista informativo. El régimen ha aprovechado para aprobar leyes de refuerzo ideológico y endurecer el control fronterizo, evitando la entrada de información y contenidos del exterior escondidos en, por ejemplo, memorias USB, justamente el tipo de prohibiciones que se habían agrietado en los últimos años con su tímida apertura al exterior. Su voz parece ser de nuevo la única que se escucha en el país.

Ni siquiera la detección, en mayo de 2022, de los primeros casos de COVID-19 desde que empezó la pandemia está afectando al plan del régimen de aislamiento total, que parece dis-

puesto a no aceptar de momento la donación de vacunas porque eso implicaría admitir la entrada de personal extranjero para asesorar un plan de inoculación nacional.

Aún revivo los días insólitos que pasé en Corea del Norte. Todo viaje a ese país depara siempre sorpresas fascinantes, por pequeñas que sean. La mía, en todo caso, fue bien grande; apenas horas después de aterrizar, el gobierno de Corea del Sur confirmaba que la persona que había sido asesinada el día anterior en el aeropuerto de la capital de Malasia con gas venenoso era nada menos que Kim Jongnam, medio hermano del actual líder norcoreano, Kim Jong-un, y considerado por muchos un potencial heredero en caso de que Kim III falleciera o fuera depuesto.

Antes incluso de conocer la noticia me topé con una Pyongyang más vigorizada de lo que esperaba. Había leído sobre su transformación desde la llegada al poder de Kim Jong-un en 2011, pero de alguna manera anticipaba encontrar algo de esa urbe rara y misteriosa que retrató la gran periodista española Rosa María Calaf en el primer documento audiovisual elaborado por un medio hispanohablante que recuerdo haber visto sobre Corea del Norte. En el verano de 2000 Calaf aterrizó en una ciudad en la que no había taxis y donde sus famosas guardias urbanas se pasaban el día organizando con ánimo marcial un tráfico inexistente; la ausencia de automóviles en las calles era casi total. "No es fea, es rara, monótona, detenida en el tiempo", subrayaba la periodista. Desde luego yo no me encontré con la hora punta en el periférico, pero sí con filas de cuatro o cinco vehículos delante de nuestro auto cada vez que parábamos en un semáforo. Y muchos taxis, casi todos de fabricación china, al igual que los Toyota o Volkswagen manejados por par-

ticulares y ensamblados en Tianjín, Qingdao o Changchun.

Veinte años atrás Corea del Norte aún estaba tratando de olvidar la terrible hambruna que sufrió a finales de los noventa, cuando la desaparición de la URSS precipitó el colapso de su economía, dependiente entonces de la caridad de Moscú. Yo, en cambio, me encontré con una capital ávida de consumir bienes producidos en distintas partes del mundo.

Pude comprobar que en Pyongyang muchos tenían smartphones de fabricación local (aunque el internet que ofrecen es en realidad una intranet que no permite navegar fuera de las webs del gobierno norcoreano) e incluso podían, pagando una importante suma, eso sí, consumir bebidas o cigarrillos de marcas de

Japón y Estados Unidos traídos en barco por empresas con sede en Malasia, Singapur, Hong Kong o Macao.

Saboreé cada momento de aquella anticipada visita reconociendo, para sorpresa de mis guías, estadios, monumentos o avenidas en Pyongyang que hasta entonces solo había recorrido mentalmente en los mapas. Y, ante todo, descubrí una ciudad que, aunque tímidamente y siempre de manera ultra reglamentada, parecía querer abrirse un poco al mundo exterior.

A su vez, verifiqué en persona todas aquellas cosas que no habían cambiado en absoluto con los años y que, a día de hoy, no tienen visos de hacerlo. Una es la pobreza que se percibe nada más salir de la capital. Incluso mirando



Hiroji Kubota, *Subway. North Korea*, 1982. ©Hiroji Kubota/Magnum Photos

desde las carreteras —visitar poblaciones pequeñas no suele estar permitido— saltaba a la vista la falta casi absoluta de maquinaria en los campos, de tendido eléctrico en los pueblos e incluso de vidrio para reemplazar ventanas rotas en las casas.

En las autovías —y hablo de las mejores del país, aquellas que unen grandes ciudades—

—o casi nadie— supo tampoco cuándo y cómo Kim Jong-nam fue asesinado.

Habría dado cualquier cosa por poder preguntarles al respecto a los norcoreanos, sobre todo a personas como mis guías del Partido, aquellos que se convierten en la sombra de uno en cuanto pone un pie en el país. Ambos habían vivido en el extranjero y era obvio que te-

Nadie —o casi nadie— supo tampoco cuándo y cómo Kim Jong-nam fue asesinado.

los vehículos sí escaseaban, y los pocos que se veían eran en su mayoría camiones que funcionaban con motor gasógeno alimentado con madera o carbón.

“En Corea del Norte nadie se ha enterado, informar no está permitido”, decía Calaf en su reportaje de hace dos décadas. Y nada ha cambiado. El sistema de censura es tan complejo y peligroso que los reporteros que participamos en aquel viaje acordamos no preguntar en absoluto por el tema del asesinato del medio hermano de Kim Jong-un por varios motivos. El primero es que Kim Jong-nam nunca figuró en los medios como “miembro oficial” de la familia que gobierna el país, sobre la que la propaganda estatal nunca ofrece detalles íntimos.

En ese sentido, Kim Jong-nam era una especie de “no persona” en Corea del Norte, más aún después de que en 2001 fuera detenido tratando de visitar el Disneyland de Tokio con un pasaporte dominicano falso. Es precisamente a ese episodio al que Calaf se refería con lo de que “nadie se ha enterado”. Del mismo modo en que nadie —o casi nadie— se enteró de que el hijo mayor de Kim Jong-il trató de visitar un parque temático que para muchos es epítome del capitalismo estadounidense, y nadie

nían cierto grado de acceso a internet, como le corresponde a las élites que residen en Pyongyang. Ellos debían conocer al menos la existencia de Kim Jong-nam y probablemente también habían podido leer sobre su muerte.

Sin embargo, haberles preguntado los habría puesto en una situación muy delicada en un país donde las paredes escuchan cada palabra, cada balbuceo, cada silencio, y donde la gente parece vivir la mayoría del tiempo con una espada de Damocles pendiendo sobre sus cabezas. Nuestros guías eran, qué duda cabe, unos privilegiados en un país donde muchas personas pasan hambre o sufren indecibles torturas, pero a su vez se exponían a meterse en dificultades continuamente, ya que no hay nada que acarree más problemas potenciales en Corea del Norte que un extranjero, y más si es periodista.

Tal vez el mejor ejemplo de esto sucedió regresando de la ciudad de Wŏnsan, cuando nuestra camioneta patinó sobre una espesa capa de hielo y nos quedamos varados en mitad de la calzada. No hubo otro remedio que empujar con la ayuda de unos campesinos que andaban cerca. “Por favor, no hablen con ellos”, nos suplicaron los guías. Nunca olvidaré la expre-

sión de los granjeros cuando nos vieron salir del vehículo y la mirada, rígida y al frente, evitando todo contacto visual directo, del hombre que se puso a empujar a mi lado y que parecía estar repitiendo para sus adentros: "Por favor, que no me hable este extranjero".

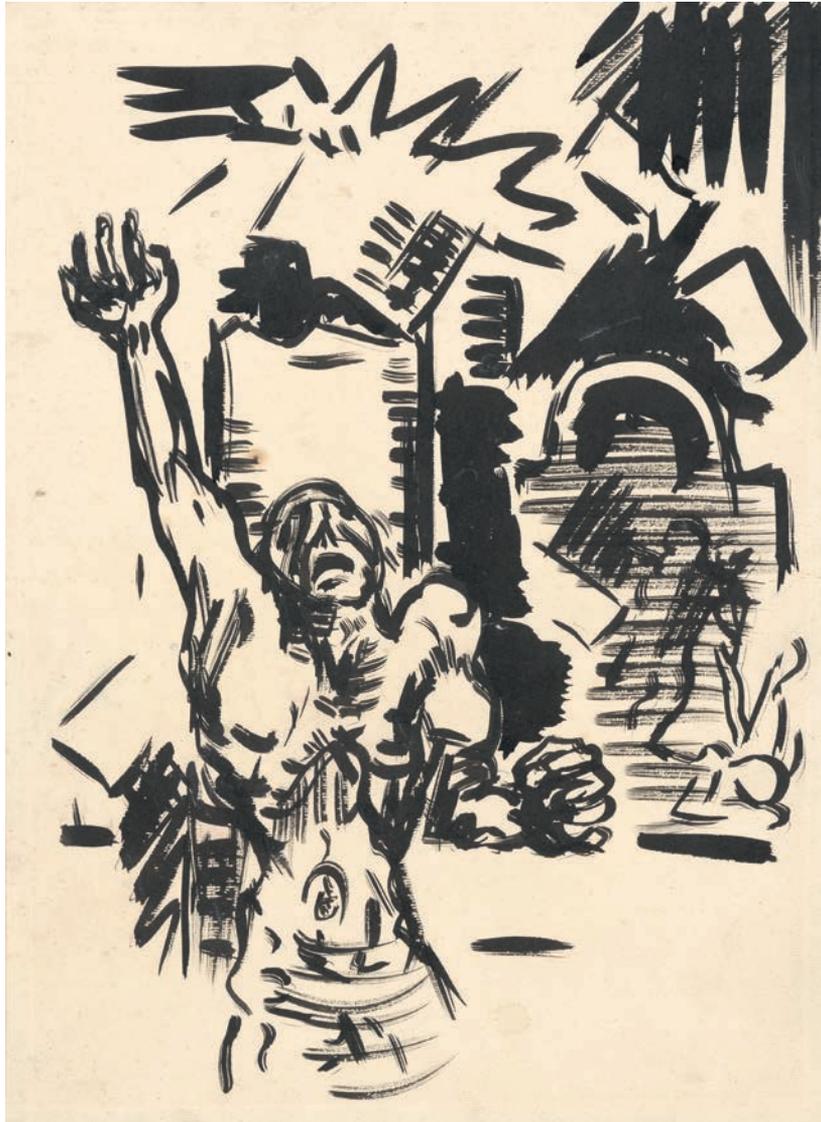
La dinámica que se acabó imponiendo fue que cada día todos callábamos; nosotros y nuestros guías. Era sabido que cada mañana ellos se presentaban habiendo leído lo que habíamos publicado sobre Kim Jong-nam el día anterior, pero todos nos hacíamos los locos. Nadie preguntaba. Un silencio tácito y, por desgracia,

cómplice. Así era reportear en Corea del Norte incluso en los tiempos de mayor apertura.

No pasa una semana sin que me pregunten si creo que Corea del Norte abrirá pronto sus fronteras. Mi respuesta es que no y que en mi caso es muy posible que no pueda volver a visitarla nunca, al menos como periodista. Así pues, solo me queda parafrasear unos versos de "Por si no te vuelvo a ver", aquel bolero compuesto por la gran María Grever e interpretado por Chucho Avellanet o el inmortal Vicente Fernández: "he venido a decirte únicamente que, aunque viva muy lejos, jamás te olvidaré". **U**



Carl De Keyzer, *Father and son sit down for a rest in front of the April 25th House of Culture, Pyongyang*, 2017. ©Carl De Keyzer/Magnum Photos



Arnold Peter Weisz-Kubínčan, *Protesta*, 1943-1944 ©

POEMA

PRIMERO ARRANCA ESA FOTO Y ÚSALA PARA LIMPIARTE EL CULO

Kim Su-young

Versión del coreano de Kim Hyeon-kyun y León Plascencia Ñol

Primero arranca su fotografía y úsala para limpiarte el culo.
Rompe la foto de ese malvado sujeto,
tírala sin prisas al desagüe
y larguémonos del podrido ayer.
En el lugar preciso en que estaba su estatua
levantemos un primer pilar de la democracia,
levantemos un espléndido monumento
a nuestros estudiantes sagrados, los mártires caídos.
Ah, rápido, larguémonos de nuestro podrido ayer.

No hay nada a qué temerle ahora,
está bien prenderle fuego a su retrato:
la sonriente foto de ese malvado sujeto,
el mismísimo símbolo de lo fraudulento, de la adulación, de todo tipo de vicio...
encajada hasta los últimos rincones y ranuras de la tierra,
la distinguida cara de ese sujeto en una foto:
en oficinas de barrio y en ayuntamientos,
en todos los despachos de todas las compañías,
en esta y aquella asociación, en clubes,
por no mencionar bares, comedores, zapaterías,
tiendas de comercio, gasolineras,
librerías, escuelas, cada primaria del país, en guarderías infantiles;
venerada en todo sitio por los honrados ciudadanos,
quienes miraban fijamente, mañana y noche, esa foto.
Era en verdad emblema de opresión y tiranía,
fotografía de un sujeto putrefacto,
y, ah, la imagen de un asesino...

Tú y yo, y hermanas y hermanos y madres,
Chul-su y Yong-sik, señor Kang, sargento Yu,
teniente coronel Kang, todos sabíamos lo que era en realidad ese tipo,
pero nos aguantamos, temerosos, callados con tal de mantenernos vivos,

con miedo a ser tildados de Rojos,
porque era conveniente, con tal de ganar plata,
con tal de proseguir con nuestras vidas miserables,
venerábamos su rostro circunspecto como si fuera el altar de nuestros antepasados
mas todos conocíamos al fulano hasta el fondo de sus entrañas;
pero por pura inercia, por la fuerza de la costumbre,
siempre en un susurro,
sin poder decir todo lo que queríamos,
totalmente desgastados y exhaustos,
seguíamos siempre aguantando la fotografía de ese malvado sujeto
hasta hoy: hoy es el día en que debe firmemente ser rota en pedazos.

Usémosla para limpiarnos el culo.
Usemos la foto de este fulano para, con gravedad, limpiarnos el culo.
Riendo alegremente, usémosla para limpiarnos el culo.
Riendo con júbilo, usémosla para encender briquetas de carbón.
¿Está mojada la paja en la casa del perro?
Esparzamos ahí la foto de este tipo...

La democracia se ha convertido en un asunto de sentido común.
La libertad se ha convertido en un asunto de sentido común.
Nadie nos regañará.
Nadie nos arrestará.

Desde las barracas del ejército, desde las casas de los inspectores de escuelas,
desde los hogares de los servidores públicos y los policías,
desde los cuartos de los vigilantes, desde los cuartos de los comandantes de división,
desde los cuartos de los oficiales en jefe de información, en esta tierra que ha encontrado la
democracia,

desde las oficinas de maestros en esta tierra que ha encontrado la democracia,
desde las estaciones de policía y las casetas policíacas después del 19 de Abril,
desde las casetas policíacas ahora amistosas con cualquier paseante,
desde los hogares de servidores públicos
que no se involucran más en fraudes ni sobornos,
y desde todas las estaciones de trenes,
la fotografía de ese sujeto debe romperse y ser destruida.

Primero en los lugares más a la mano:
en orden, una por una,
siempre con gentileza,
sin prisas,
sonriendo.

Young-suk, Ki-hwan, Chun-suk, Jun, Man-yong,
Presidente Kim, señorita Lee,
Jung-sun, joven Park, Jung-sik:
arranquen en silencio y destruyan la fotografía de ese sujeto.

Primero en los lugares más a la mano:
en orden, una por una,
siempre con gentileza,
sin prisas,
sonriendo.
Arranquen en silencio y destruyan
la fotografía de ese sujeto
tan malvada, tan inhumana que te hace estremecer.

(a primeras horas de la mañana, abril 26, 1960)

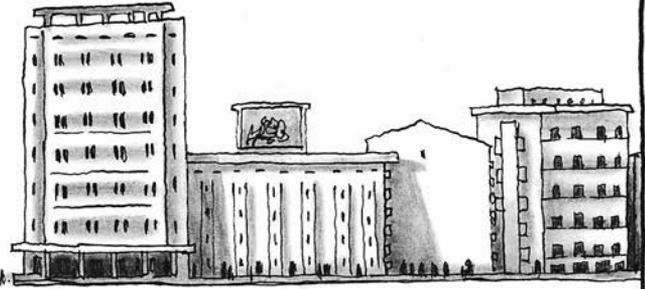
GUY DELISLE
PYONGYANG



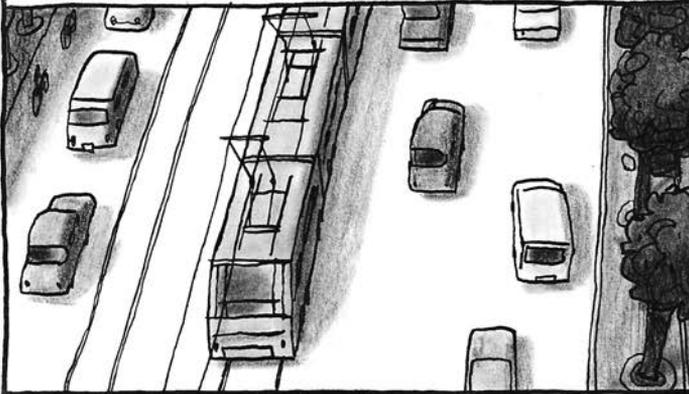
PYONGYANG: CIUDAD FANTASMA EN UN PAÍS ERMITAÑO.



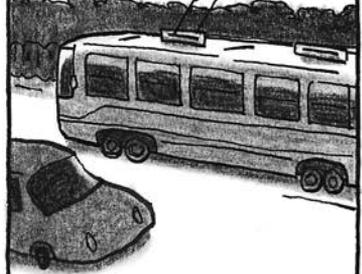
LA VERDAD ES QUE ME ESPERABA LO PEOR YA QUE LAS ESCASAS IMÁGENES QUE SE PUEDEN VER EN OCCIDENTE SON BASTANTE MÁS SOMBRÍAS.



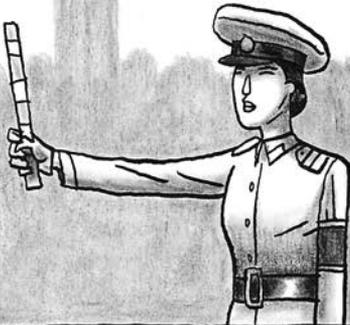
TRANVÍAS, COCHES, AUTOBUSES, CAMIONES... EN CONTRA DE LO QUE CREÍA, HAY CIRCULACIÓN.



TODO ESTÁ LIMPIO, DEMASIADO LIMPIO, TANTO QUE RESULTA SOSPECHOSO.



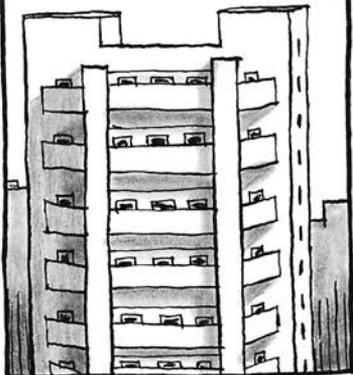
NO HAY GENTE CALLEJEANDO. TODO EL MUNDO CAMINA DIRECTAMENTE HACIA UN DESTINO PRECISO.



NO HAY PASEANTES, NI VIEJOS CONVERSANDO... AMBIENTE ASÉPTICO.



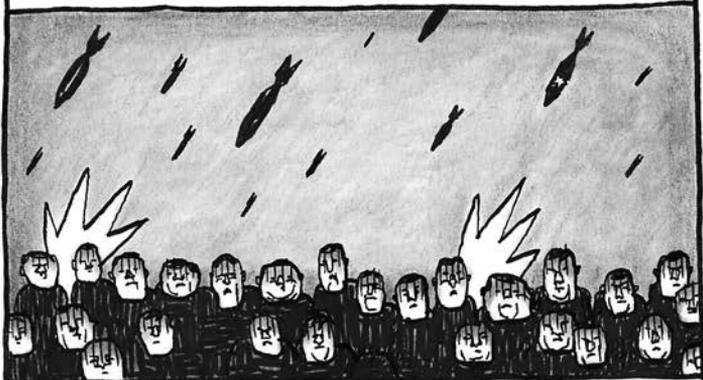
TODO ESTÁ
NUEVO.



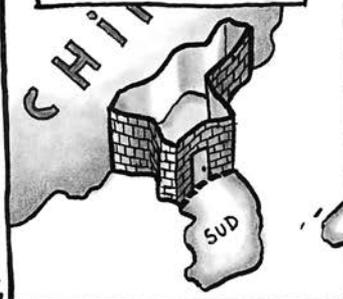
DURANTE LOS TRES AÑOS QUE DURÓ LA GUERRA DE
COREA, LAS BOMBAS ARRASARON PYONGYANG.



A CONTINUACIÓN, EL PARTIDO HIZO LO MISMO CON
TODO LO QUE PODÍA PARECERSE A UN CONTRAPODER.

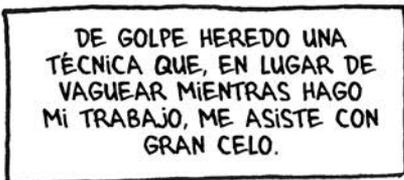


CERRANDO A
LA VEZ EL PAÍS
A CAL Y CANTO.

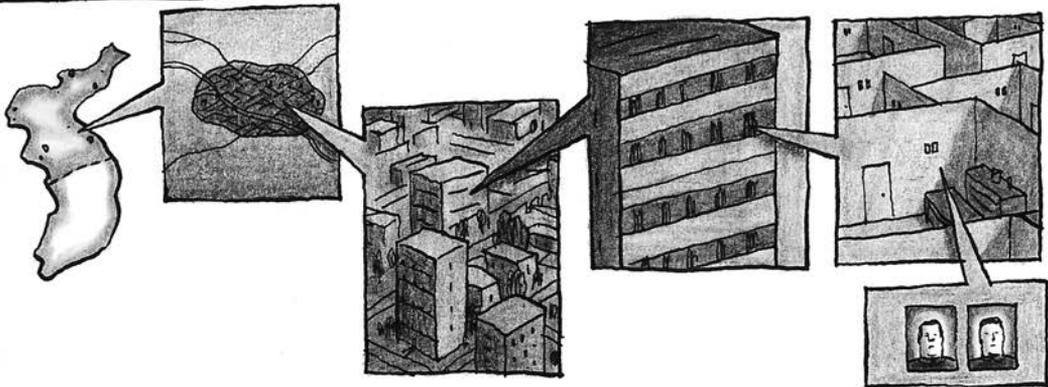


LA CIUDAD FUE RECONSTRUIDA TOTALMENTE SIGUIENDO LOS PLANES DEL GRAN LÍDER.





EN TODAS LAS HABITACIONES, DE TODOS LOS EDIFICIOS, DE TODA COREA DEL NORTE, HAY COLGADAS EN UNA PARED LAS FOTOS DE PAPA KIM Y DE SU RETOÑO.



Y COMO "KIM IL-SUNG ES KIM JONG-IL Y KIM JONG-IL ES KIM IL-SUNG", TODO ESTÁ HECHO PARA QUE SE CONFUNDAN.

AL PADRE LE HAN QUITADO LOS CABELLOS GRISES Y EL TUMOR QUE LE DEFORMABA LA NUCA.



AL HIJO LE HAN QUITADO LAS GAFAS Y LO HAN ADELGAZADO UN POCO.

MISMA TALLA, MISMA EDAD, MISMO TRAJE.



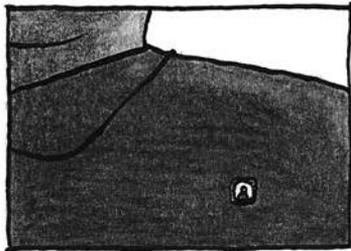


LOS CUADROS, SITUADOS SIEMPRE A BUENA ALTURA, TIENEN UN CANTO MÁS ANCHO ARRIBA QUE EN LA BASE.

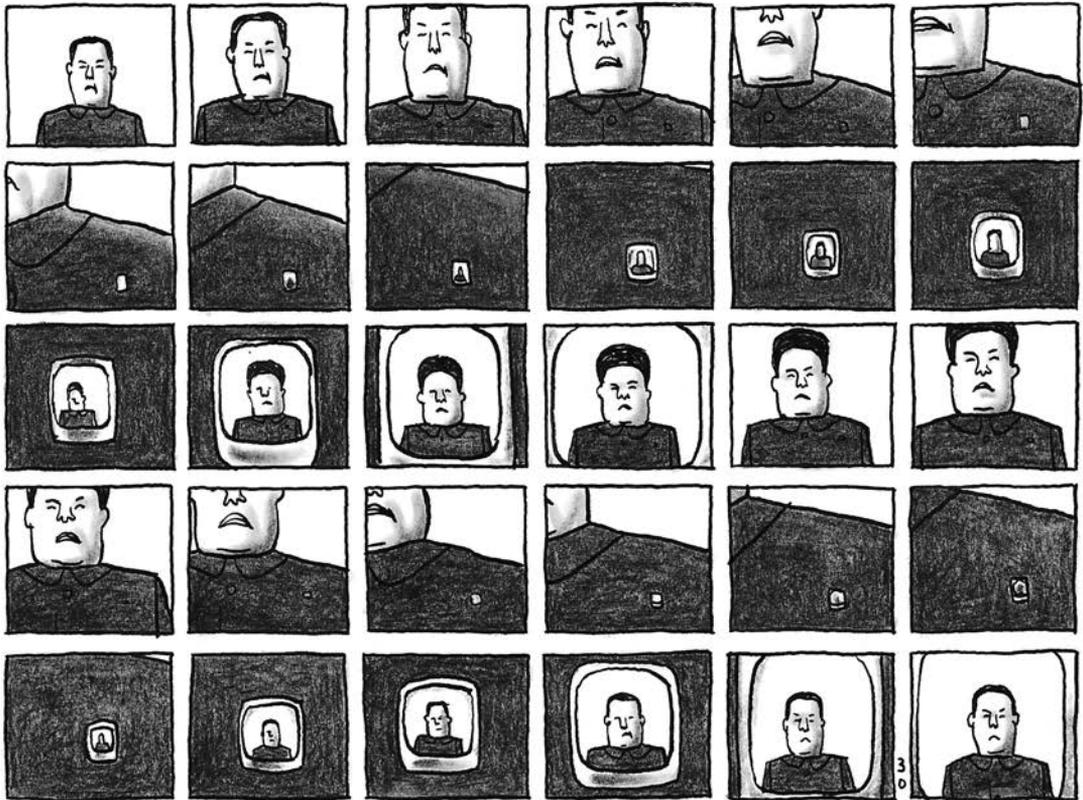


POR UNA PARTE, ESO PERMITE ELIMINAR LOS REFLEJOS MOLESTOS QUE IMPEDIRÍAN CONTEMPLAR AL SOL DEL SIGLO XXI Y A SU VENERABLE PROGENITOR. Y, POR OTRA PARTE, LA INCLINACIÓN PROVOCA UN CARA A CARA QUE AUMENTA LA INTENSIDAD DE LA MIRADA.

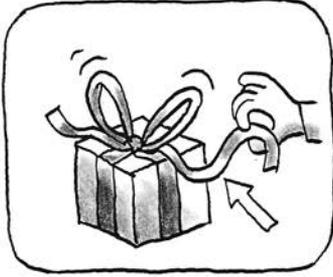
UN DETALLE QUE NO HABRÍA DEJADO DE AGRADAR A MISTER GEORGE.



LOS DOS LLEVAN EN EL OJAL UNA DE LAS INSIGNIAS OFICIALES QUE REPRESENTAN INVARIABLEMENTE A KIM JUNIOR O KIM SENIOR. NO SE DISTINGUE BIEN EN EL RETRATO, PERO UNO IMAGINA QUE UNO LLEVA LA DEL OTRO, FORMANDO ASÍ UN CORTOCIRCUITO ENVIDIABLE PARA UN ANIMADOR...



PLANO (117) : CUANDO EL PERSONAJE TIRA DE LA CINTA DEL PAQUETE, ÉSTA DEBE ESTAR TENSA CUANDO EL NUDO SE DESATA.



DE OTRA FORMA PARECERÍA QUE TIENE UNA SERPIENTE ENTRE LOS DEDOS Y QUE JUEGA CON ELLA.



SEÑOR GUY.



CONSECUENCIA DE MI PETICIÓN DE LA VÍSPERA, MI GUÍA ME LLEVA A VISITAR UNO DE LOS ORGULLOS DE LA NACIÓN...



SEPULTADO 90 METROS EN EL SUELO, EL METRO DE PYONGYANG PUEDE SERVIR DE REFUGIO NUCLEAR, EN CASO DE ATAQUE. NADA MEJOR PARA CULTIVAR UN AMBIENTE DE AMENAZA CONSTANTE.

Leehi Seoulite





EL K-POP Y LA GENERACIÓN Z: MUCHO MÁS QUE SOLO MÚSICA

Valentina Granados Garone

Descubrí el pop coreano cuando tenía doce años. Antes de eso, crecí escuchando lo que había a mi alrededor, lo que escuchaban mis padres y amigos, desde pop en español como Julieta Venegas o Lila Downs hasta música clásica que mi papá ponía mientras trabajaba. Encontrar este género por mi cuenta fue realmente emocionante, distinto: la primera vez que escuchaba música que sentía plenamente mía. Me topé con algo que por mucho tiempo había estado buscando: chicos y chicas de aspecto etéreo cantando melodías pegadizas, acompañadas por coreografías elaboradas y llamativas, algo genuinamente refrescante. Era justo lo que quería en esa época. Aquella expresión artística, esa exagerada mezcla de música pop y toques experimentales, los vestuarios idílicos y el balance perfecto entre mi gusto por el arte familiar y una naturaleza foránea, completamente desconocida, me invitaron a descubrir de qué se trataba.

Muy pronto les mostré un video musical a mis padres, que se extrañaron por el peculiar estilo que se reflejaba en la combinación de baile y canto, y sobre todo en la cantidad de integrantes que había en esa banda (los *idols*, como con sentido casi religioso se les conoce). Se trataba de la hoy famosísima BTS (Bangtan Sonyeondan), que en aquel 2017 había ganado el premio al “artista social” en los Billboard Music Awards. Yo los conocí cuando parecían estar en lo más alto de su carrera, pues desde

◀ Portada de *Breathe*, de Lee Hi, 2016



Portada de *Feel My Rhythm*, de Red Velvet, 2022

luego no sabía que su ascenso a la fama internacional apenas comenzaba. Estuve ahí para ver cómo florecían, mientras yo iba creciendo a la par. Para mí, el pop coreano fue una pieza clave en la transición de la niñez a la adolescencia. Con el tiempo, se volvió natural verlo como un antes y un después en mi vida, un cambio radical en mi, digamos, cosmovisión e identidad.

Mis familiares y amigos creyeron que sería una pequeña fase, únicamente impulsada por cantantes atractivos sin mucho más que ofrecer; tal vez reducían el interés que yo tenía a una simple y vergonzosa fiebre adolescente. Pero aquí sigo, cinco años más tarde, aún sumergida y encantada por la imparable evolución del pop coreano. ¿Por qué no fue solo una fase pasajera? y, ¿cómo es que tantos jóvenes, en todo el mundo, han encontrado un cálido refugio en estas melodías?

Es posible que los lectores ya hayan escuchado algo sobre el *hallyu*, la "ola coreana", y el impacto contundente que las culturas del este de Asia en general están teniendo en Occidente, principalmente entre la juventud. La estética llamativa que se ha formado mediante

una yuxtaposición del arte tradicional y las influencias del presente conecta con personas de todas las esquinas del mundo. Desde pequeña adoré la danza, el canto y las artes visuales, y de repente me encontré inmersa en cientos de videos que reunían todo esto, que llamaban mi atención de la mejor forma posible. Removió intereses que se habían cultivado en mí desde muy pequeña.

La carga visual del k-pop es innegable. Con las expectativas del público cada vez más altas, la calidad de la fotografía y de la producción no hace sino mejorar, llamando la atención de más y más gente. Es una invitación accesible para aquellos que desean disfrutar del arte contemporáneo. Mi amiga Sarah, de Venezuela, me dijo al respecto: "La variedad conceptual en el k-pop es poco vista. Creo que el performance es un arte visual que permite que brille el artista".

Por otro lado, considero que la cualidad musical del k-pop es difícil de explicar. Es algo que yo misma solo logré entender escuchando una y otra vez las canciones, dándole mi tiempo a los grupos que me interesaban, para ver qué podían ofrecer. Las combinaciones y planos de sonidos generan una experiencia tan plena que es imposible no escuchar cada pieza más de una vez; la profundidad de las canciones crece en ti y resulta muy gratificante entender todas sus capas. Por ejemplo, el *girl group* Red Velvet lanzó recientemente un álbum con una canción principal, "Feel My Rhythm", la cual incorpora *samples* de una aria de Bach y la adapta a una animada canción dance-pop con un ritmo trap, inevitablemente llamativo para un público que desea conocer todos los límites que se pueden romper en este género. Otra amiga mía, Yumi, de Turquía, describe la musicalidad del género de forma certera:

Creo que el k-pop realmente es un poco de todo. Escuchar los resultados es muy entretenido y siempre encuentras algo nuevo; nunca sabes muy bien con qué te vas a topar y eso es parte del encanto.

Mucha gente encuentra inspiración en las expresiones artísticas que expone el k-pop. Millones de personas pueden ver el contenido audiovisual de cientos de grupos, interesarse en el canto, el baile o el diseño, y ejecutarlos ellos mismos. Al respecto, Sarah dice: "Ver el contenido producido por los fans es fascinante. ¡Se genera tanto arte a partir de la pasión por el k-pop!" Yo llevo dos años bailando por mi cuenta gracias al pop coreano: la exigencia de este baile me ha generado una disciplina propia, pues debo trabajar en cada paso hasta que mi cuerpo conozca la coreografía; aprendo los bailes intentando generar una similitud adecuada al estilo del grupo que imito. No solo es entretenido aprenderlo, sino que también ha inspirado mi forma de bailar. Tomé la decisión de subir mis coreografías a internet y desde entonces he logrado formar una comunidad de miles de personas que ven este contenido e interactúan conmigo gracias a su gusto por los mismos estilos que manejo; es muy reconfortante y me ha enseñado mucho en estos años.

La moda es otro ámbito que se ha visto impactado por el k-pop. Muchas colecciones y tendencias actuales en Occidente están influenciadas por la k-fashion (moda coreana) y se reflejan delicadamente en los estilos que usan los adolescentes. Ya sean faldas plisadas, ropa casual *oversized* o accesorios como arneses o corsés sencillos, los estilistas de la industria del k-pop han incorporado esta clase de prendas para experimentar y generar vestuarios más llamativos.

El k-pop me ha regalado una infinidad de recuerdos y experiencias. En busca de gente con los mismos intereses que yo, desde hace años emprendí una amplia expedición en línea para conocer más y para encontrar amigos en el camino. El conocimiento público y la aceptación del k-pop han sido paulatinos; aun así, hoy en día están muy extendidas ideas equivocadas sobre esta industria. En 2017 no sentía libertad para hablar cómodamente con mis amigos sobre mi gusto por el pop coreano, ya que ninguno de ellos lo escuchaba. Acudí a las redes sociales, donde podía seleccionar, según mis preferencias, con quién hablar y con quién no. Con cuidado, fui armando vínculos, congeñando con diversas personas gracias a nuestro gusto compartido y la consecuente pasión por el baile y la música que producían nuestros grupos favoritos.

A lo largo de los años, he conocido a personas de Asia, Europa y Sudamérica; por suerte también de la Ciudad de México —a estos



Portada de *Overdose*, de Exo, 2014

Mucha gente no solo recurre al k-pop como una vía de escape, sino literalmente como una salvación.

pude conocerlos en vivo y se han vuelto mis amigos más cercanos—. Conecté con ellos a partir de nuestro amor profundo por algo que a nuestro alrededor era incomprendido, todo gracias a ese primer empujón generado por el k-pop.

Otro factor que une a muchos fans está directamente vinculado a la salud mental de nuestra generación, con las repercusiones de la pandemia en nuestras relaciones interpersonales, la ansiedad y la depresión tan extendidas entre la juventud de hoy. Mucha gente no solo recurre al k-pop como una vía de escape, sino literalmente como una salvación. Hay mucho apoyo y amor en esta comunidad. El k-pop es más que música, más que fanatismo comercial. Es una cosmovisión que te impulsa a escuchar los lanzamientos más estrambóticos y a encontrar la belleza en estilos poco vistos. Para los fans extranjeros también es una for-

ma de conocer otra cultura y sus inclinaciones artísticas.

Para este artículo, decidí buscar más allá de mi experiencia propia y pregunté a varios amigos de mi edad, pero de otros lugares del mundo, acerca de sus vivencias, en parte para conocer perspectivas distintas y en parte para mostrar la forma en que nuestras visiones se unen gracias al k-pop. Por lo general, las personas de mi generación parecen inclinarse a buscar salidas fáciles ante el estrés de la vida diaria; para muchos de mis amigos y conocidos, el k-pop funcionó como un escape que se volvió un refugio. Algunos se apropiaron del mensaje de que no hay que rendirse y que vale la pena esforzarse en lo que uno se proponga hacer. Esta cultura les ha hecho recordar que tienen la capacidad de disfrutar; los ha llevado a cambiar sus formas de pensar, de crear y hasta de expresarse, los ha ayudado a tomar decisiones importantes incluso en aspectos académicos y laborales. En resumen, el k-pop ha enriquecido la vida de sus fans a niveles emocionales muy profundos.

Hace unos meses me surgió el impulso irrefrenable de ir a Corea. Necesitaba materializar un deseo de ya varios años y descubrir más en serio cómo era aquel país que tanto me ha llamado la atención a lo largo de mi adolescencia. Por el k-pop decidí aprender coreano. Primero de forma autodidacta a leer y escribir en hangeul y desde hace tres años estudio con mi talentosa maestra Yeoreum (여름). Gracias a ella pude estar segura de contar con la comunicación mínima para el viaje e incluso tal vez para establecer un par de amistades. Fui sola, con dieciséis años y mucha emoción, tras un vuelo de más de veinte horas, escala incluida.

Llegué a Seúl la primera semana de primavera. Todas las flores y los árboles de hojas re-



Portada de *Peek-A-Boo*, de Red Velvet, 2017

cién nacidas me dieron una bienvenida cálida y hermosa. Pequeños detalles volvían la experiencia completamente distinta a mi vida en México, aunque con ciertas semejanzas. Me sorprendió encontrar azaleas, que siempre se dieron en un arbusto de mi casa, pero allá vi cómo la misma flor crecía un poco más puntiaguda, como si fuera una pequeña estrella, lejanamente parecida a los jardines de mi primera infancia.

Me quedé apenas siete días, que volaron y terminaron sin darme cuenta. Afortunadamente tuve la oportunidad de visitar una exposición en Hybe Entertainment, una de las empresas más contundentes de la industria, y One Million Dance Studio, que cuenta con coreógrafos famosos. Sobre todo me flechó bailar y conocer a maestras que alguna vez vi en la pantalla: por fin pude aprender de ellas en persona. También tuve la oportunidad de bailar para un pequeño público en *Hongdae*, una zona de la capital conocida por el performance urbano. Fue algo mágico. Quizá porque todo fue muy rápido, aún no lo puedo creer.

La incorporación del arte urbano y las zonas verdes de Seúl revitalizan la ciudad de una forma que nunca había visto en México. Fue un shock cultural en general. También conocí personas de muchos lugares, siempre conversando sobre sus experiencias en Corea, desde una chica taiwanesa que aprendió coreano durante diez años en su país y apenas llevaba unos meses en Seúl, hasta unos mexicanos de Sinaloa igualmente encantados con el k-pop que paseaban el día que fui a *Hongdae* y a los que abordé cuando los escuché hablar en mi lengua madre. La variedad de perfiles y estilos que encontré me conmovió y me dejó con una enorme emoción por volver. Fue una poderosa confirmación de que mi pasión de los últimos años



Portada de *Love Yourself: Answer*, de BTS, 2018

había valido la pena. En el avión de vuelta a México, desde Vancouver, escuché a unas chicas hablar de k-pop; les conté que venía de Corea y emocionadas me invitaron a sentarme con ellas durante el largo viaje. Experiencias así solo han sido posibles gracias al amor que tengo por este género. Estoy agradecida de todo lo que me ha impulsado a hacer.

Lo que más agradezco de mi viaje es la forma en la que me permitió replantear mi amor por Corea. Sin idealizar al país, pude reconocer sus virtudes y sus defectos. A menudo mi inconsciente me lleva de regreso a Seúl, a las cabinas del silencioso y cuidado metro o a las vías peatonales decoradas con vivo verdor. Me hace vivir de nuevo esa sensación de seguridad, esas mil posibilidades de explorar un mundo nuevo. Así vuelvo a recordar aquella semana que fue solo para mí y para descubrir más a fondo mi interés por una cultura que me atrapó desde niña. Tanto para mí como para muchos jóvenes más, esta música, esta fuente de inspiración y este arte llamado k-pop son una pieza clave para nuestra identidad y nuestra expresión personal. **U**



ESPEJITO, ESPEJITO, DIME QUÉ MÁS ME QUITO...

Verónica González Laporte

Una mujer de píxeles se desprende de una inmensa pantalla de alta definición colgada de una fachada. Sus largas piernas abarcan varios pisos y algunos hombres se detienen en la acera con la esperanza de alcanzar a ver algo bajo su falda vaporosa. La damisela convertida en King Kong anuncia un suero con partículas de oro para el rostro. Uno pulido y liso como piedra de río. Aquella tarde nublada, yo caminaba por la avenida Apgujeong sin rumbo fijo. Pasó a mi lado una chica con desproporcionados lentes de sol. La seguí de cerca. Cabello lacio y pálidos brazos, un junco susceptible de doblarse al menor ventarrón. Se quitó la mascarilla para respirar mejor: manchas violetas rodeaban sus ojos y se diseminaban sobre sus mejillas. Se cruzó con otra que llevaba la nariz y la mandíbula parchadas, un collarín en las cervicales. Imaginé que habían sufrido un tremendo accidente y se me encogió el corazón. Tardé un poco en entender: ambas salían de un quirófano al que habían entrado por voluntad propia y habían pagado por ello.

En el barrio de Gangnam hay mucho más que *porsches* blancos, cafés de ambiente nórdico minimalista, perros vestidos y boutiques de lujo. Es el reino de la *k-beauty*, la meca de la cirugía plástica del planeta, la capital de la belleza de Asia. Puse atención a las sentencias de los escaparates, algunas en inglés, otras en coreano, "atrévete a lucir mejor", "revela tu verdadera belleza", "tu segunda juventud", "una mejor versión de ti", "hazlo por ti". "Oppa Gangnam style, you sexy lady..." canté frente a un ventanal reluciente. En los múltiples pisos de las torres modernas

destacaban los nombres de clínicas con letras de neón de todos los colores. Tan solo en estas calles operan unos mil quinientos médicos con licencia (y otros tantos sin).

Gracias a la aplicación *Gangnam Unni* (la hermana de *Gangnam*) se puede acceder a los establecimientos más populares y a sus promociones. También a las opiniones de los usuarios, a las fotos que transformaron una barbilla prognata en una *dorito*, un rostro cuadrado en una *Barbie face*, una cara achatada en un delicado *grano de arroz* o, peor aún, unos labios delgados en flotadores. Las metáforas empleadas son diversas, las ofertas inimaginables y los procedimientos dentro del quirófano opacos. Recorro un tramo más de la avenida donde se concentran todos los recursos tecnológicos del siglo XXI para cambiar de piel. "Cirugía de vulva" (¿para volverla irresistible?), reza un folleto rosado impreso con flores lúbricas de aspecto tropical, "¡cambio de sexo exitoso!", promete otro. Comprobable gracias al "antes", una foto en blanco y negro donde el sujeto no sonríe, y al "después", una foto a color: aquí el sujeto sonríe, ha dejado de ser un barbón malencarado, es una fémina de rasgos delicados y moñazo en el pelo. "Todos aspiran a parecer una estrella de televisión", afirma otra publicidad. "¿Quieres ser perfecto? Nada más fácil, basta recurrir al bisturí". ¿Con eso?, me pregunto. Sí, "sé feliz con ayuda del bisturí", insiste otra vitrina. ¿Una cirugía para cumplir con los estándares de la sociedad? Para eso es, afirman los defensores de la Asociación Coreana de Cirujanos Plásticos. Está comprobado que una persona atractiva obtiene beneficios: en Seúl un quince por ciento de los que confiesan haberse sometido a un procedimiento consiguieron un buen empleo o fueron ascendidos. Hace unos años, los cánones esté-



©Verónica González, *La chica de Gangnam*, 2022.
Cortesía de la autora

ticos de Occidente marcaban los parámetros, ahora se tiende a optimizar los rasgos asiáticos, porque "Korean is cute" y los jóvenes desean emular a sus ídolos de k-pop.

La intervención más popular es la blefaroplastia, la de doble párpado, el obsequio que los padres otorgan a sus hijas al final de sus estudios universitarios. Con un costo promedio de mil quinientos dólares, resulta accesible a todos los bolsillos. La de mandíbula es la más dolorosa: implica fracturar los huesos, limarlos y agregar placas para conseguir una barbilla en "v". Son pocos los internautas que se atreven a hablar de su intenso dolor en cuanto pasa el efecto de la anestesia o de las semanas bebiendo licuados. Un veinte por ciento de las coreanas han entrado al quirófano, el sesenta por ciento de ellas para agrandarse los ojos.



©Galle, *Banda nasal, Flequillo y Dewey*, de la serie *Peripecias y garabatos*, 2020. Cortesía de la artista

Me envalentono lo suficiente para penetrar en una torre y elegir una estética al azar. Los edificios suelen estar repartidos por especialidades: en un piso las cirugías mayores, en otro las intervenciones menores. A veces una clínica puede abarcar un edificio completo. Los pisos y los techos están forrados de mármol blanco, el mostrador es un rectángulo de plexiglás iluminado de rojo. Algunos diplomas de medicina, vitrinas con sueros de colores, música de fondo soporífera, pantallas de alta definición con videos promocionales. Varias asistentes de traje sastre negro ribeteado de dorado acuden sonrientes a recibirme, me otorgan una leve reverencia. Sus diminutos tacones recorren el brillante piso de un lado a otro. Sus bocas, corazones entintados de naranja, palpitan con suavidad. Buscan mantener el hechizo, el ambiente sacramental de este templo dedicado a la belleza. Llevan el mismo chongo en la nuca, el mismo listón de seda beige. Nada las distingue, ni el más mínimo lunar. Delicadas ciervas de un bosque encantado.

Me asignan una intérprete en inglés —también las hay en chino, ruso, japonés y mongol—. Antes de preguntarme qué deseo saber, parpadea sus ojitos aderezados de pestañas de visión implantadas una a una (lo último en cosmética) y me sugiere un tratamiento contra la obesidad. Con dos meses de píldoras va a usted a quedar en su peso normal. “¿Cuál es ese?”, pregunto ingenua. “Así sin subirla a la báscula, yo

creo que tiene que bajar unos quince”. Uy, esos kilos no los pesé ni antes de la pubertad. “Luego le sugiero aplicaciones de bótox, ¿lo quiere importado o nacional? El nuestro es más barato —lo constato, cuesta lo mismo que dos cafés—, le dura unos cuatro meses, ¿le agendo su cita? Le puedo vender un paquete para todo el año, así viene cuantas veces quiera”. De inmediato recuerdo a mi amiga Sung-hae, de 67 años y que parece de cuarenta. ¿Será la genética, los tratamientos, las cremas? Tan solo el almacén de la cadena Olive Young, a unas cuadras de ahí, visitado hasta por diez mil personas en un solo día, cuenta con quince mil productos repartidos en cuatro pisos. Ahí se hallan estantes enteros de maquillaje para hombres —consumen cosméticos como en ningún otro lugar del mundo— y para niños. Falsas cejas, cinta adhesiva de doble cara para pegarse los párpados y agrandarse los ojos, sueros, ampollitas, espumas, tónicos, mascarillas. Y es solo una tienda entre muchas otras: Tony Moly, The Face Shop, Nature Republic, Chicor...

Las ganancias de la industria de la k-beauty se cifran en unos quince mil millones de dólares. Corea no escatima e invierte en tecnología de punta para mantenerse a la vanguardia. La compañía más importante, Amorepacific, es dueña de treinta firmas entre las que se hallan las célebres Sulwhasoo e Innisfree. Fabrica sus productos a base de ingredientes na-

Nuevos pechos, más grandes y redondos, más nalgas, pero no muchas.

turales, ginseng o baba de caracol, aloe vera u orquídeas, posee plantíos de té verde en la isla de Jeju. Algunas marcas ofrecen bares donde el cliente confecciona su propia crema; otras recurren a robots capaces de preparar pigmentos, polvos y barras de labios personalizados, de aplicar permanentes en el pelo o de implantar cabello folículo por folículo. Nadie andará calvo por la calle. El brazo robótico Mind-linked Bathbot crea sales de baño personalizadas en un minuto: gracias a un casco inalámbrico, logra distinguir el estado de ánimo del consumidor y emite una esfera cuyo color está asociado a las emociones percibidas. El ritual cotidiano de belleza de un seulense implica el uso de entre diez y quince productos, y cada vez más hombres se preocupan por cumplir con rigor los pasos requeridos: limpieza, exfoliación, hidratación, blanqueamiento, luminosidad, protección solar, entre otros.

Entre la cacería de comedones con láser y el cambio de sexo, se quitan papadas, se afilan narices, se levantan cachetes, se planchan arrugas. Se promueven pantorrillas torneadas o filiformes, vientres sin lonjas, cinturas estrechas, implantes de pectorales. Nuevos pechos, más grandes y redondos, más nalgas, pero no muchas, en estas tierras a las mujeres se las prefiere delgadas varitas de nardo. Quedan fuera de competencia los traseros brasileños o californianos, bronceados y opulentos. Aquí todo es liviano, blanco. Como en otros continentes, en Asia la palidez es privilegio de las clases acomodadas. Las máquinas de fotomátón en los barrios de moda, como el de Ikseon, destiñen tanto los retratos de los usuarios que ni ellos mismos se reconocen. En Filipinas, por ejemplo, quedó prohibido el glutatión, una sustancia no reconocida por las autoridades sanitarias: las futuras madres lo ingerían en do-

sis excesivas, convencidas de que sus bebés nacerían más blancos y así tendrían mejores oportunidades en la vida. Antes de la pandemia acudían a Corea en viajes organizados, donde se les suministraba el "suero de vida" combinado con vitaminas por vía intravenosa. Sigue presente en los menús de tratamientos.

Además, la creencia en los beneficios de la acupuntura, práctica milenaria, ha popularizado el uso de las jeringas: basta con sentirse desgastado para acudir a un hospital y solicitar tónicos por sonda. Así, las estéticas adminis-



©Mónica Loya, *Getting Ready*, 2021. Cortesía de la artista



©Mónica Loya, *Love hate shoes*, 2021.
Cortesía de la artista

tran sin empacho sustancias que prometen disminuir grasas, destacar el brillo de la piel y estimular la circulación de la sangre por medio de jeringas jumbo como para poner a dormir elefantes. O de diminutas agujas que se clavan todas al mismo tiempo en la epidermis, camas de faquir a ritmo de "hasta seiscientos disparos".

Las pesadas cortinas de terciopelo y la música ambiental no logran acallar las quejas de los distintos cubículos. Sentada en un sillón de cuero italiano en la sala de espera me pongo nerviosa. Las recepcionistas negocian con sus clientes el precio de la intervención, ya sea mayor o menor; las asistentes les proporcionan un casillero para guardar su ropa y un pijama con el logo de la clínica. Luego les limpian el área a tratar con esponjas húmedas. Todas son mujeres. Llegan los médicos, ellos son hombres. Fleco peinado con pistola y dientes refulgentes, deben haberse graduado de alguna facultad de medicina para poder ejercer.

En esta repartición de tareas, la división con-fuciana del trabajo es evidente.

Las clínicas atienden hasta cincuenta pacientes en un día, cada cirujano entre cinco y diez. Algunos trabajan con cronómetro, a punta de café y de rock a todo volumen en el quirófano. Como no se dan abasto, subcontratan los servicios de otros médicos, a veces generalistas, incluso dentistas. Estos "doctores fantasmas" esperan sentados en el sótano a que los cirujanos estrella los llamen para operar a sus pacientes en su lugar. No están obligados a llevar una bitácora y el paciente anestesiado ignora el canje. La mala praxis está penalizada, pero es común. Los accidentes se han multiplicado. Tras fallecimientos y demandas, muchos hospitales desaparecen tan pronto como surgen.

Corea del Sur tiene el número de cirugías per cápita más elevado del mundo: uno de cada cinco coreanos elige el bisturí. Acoge, además, a unos quinientos mil extranjeros al año. Dos tercios de los turistas (provenientes esencialmente de China, Rusia, Estados Unidos, Mongolia y Japón) llegan en busca de una mejora estética. La pandemia y el cierre de fronteras pusieron un alto a este flujo, pero conforme se relajan las medidas sanitarias, las clínicas vuelven a lanzar sus promociones. Las más de veinte mil organizaciones dedicadas al turismo médico se recuperarán pronto y de nuevo armarán paquetes que incluyan alojamiento, medicinas y cuidados postoperatorios.

Veo pasar a una asistente con una ballena de peluche en brazos y me pregunto de dónde viene ese deseo de ser perfectos. Dado su pasado colonial, ¿es acaso su necesidad de volverse únicos? Extraña contradicción: fuera de sus fronteras desean fervientemente mostrarse singulares y dentro, ser idénticos. Aquí nada

incita a la diferencia. Pienso en el traje tradicional, el *hanbok*: ese cumulo de seda no deja ver ni la punta de los zapatos. La atención se enfoca en el rostro y en las manos. Es lo que se muestra al mundo. La belleza en Occidente se edifica sobre el amor propio, mientras en Corea impera la necesidad de pertenecer al grupo. Parece que todos aspiran a obtener el rostro que los demás esperan de él o ella. El *woori*, "nosotros", funciona como una colonia de pingüinos emperador que se apretujan para preservarse del frío y se mueven al unísono, en función de las ondas propagadas por sus plumas. Solo pueden sobrevivir hechos ovillo, si se aíslan se mueren. En el pasado, según los valores estéticos confucianos, los hombres no podían cortarse el cabello para no atentar contra la uniformidad. Hoy, por la misma razón, están dispuestos a someterse a cirugías de cuerpo completo. Tras la ocupación japonesa, el hambre, la guerra y la presencia permanente de tropas estadounidenses, los surcoreanos se han construido una mentalidad de sobrevivientes. La belleza, asociada al estatus y al éxito, contribuye a cimentarla.

Opto por un tratamiento de láser para disminuir la rosácea que atormenta mis mejillas. Me recuesto sobre una camilla acolchada. La asistente me pone en brazos la ballena de peluche azul, qué linda y qué cursi. En cuanto el dermatólogo enciende el cabezal de metal de una máquina de láser futurista, entiendo. Cada piquete de luz roja atormenta mis nervios. Huele a carne quemada, me retuerzo. Ahorco al juguete.

Al día siguiente de mi visita a Gangnam, mi celular vibró más que de costumbre: otras clínicas me enviaban sus descuentos. Utilicé la app de traducción para saber de qué se trataba y obtuve una respuesta igual de incom-

preensible. *Oligio*: 300 tiros por 450 mil wones, *Meshda v*: cuatro episodios por 180 mil. Haz tu propio *skin booster*, tres veces a solo 590 mil wones. *Skin bótox*, línea de la barbilla a 200 mil. Eureka, eso sí lo entendí, también lo de "mascarilla de calabaza, una refrescante experiencia". Me dirigí al espejo y sonreí cuanto pude, para saber si me había salido una nueva arruga durante la noche. Si mi corazón sigue teniendo diecisiete años, ¿por qué el resto se empeña en envejecer? Recordé la exclamación de la madrastra de Blancanieves: ¡que la maten por bella y joven! Si me pongo bótox, tendré que volver a empezar dentro de cuatro meses, y así ¿ad infinitum? Espejito, espejito, ¿qué más me quito? **U**



©Mónica Loya, *Is anything real?*, 2022. Cortesía de la artista

인사동 7길 734-6522

인사동 7길 1+44
Insadong 7-gil
仁寺洞 7 街

꽃
꽃방비원
→ 5m





RESPIRAR ENTRE MOLDES PATRIARCALES

Kwon Eunhee y Seong Cholim

Según un informe del año 2021 publicado por el Ministerio de Igualdad de Género y Familia¹, las condiciones de vida de las mujeres coreanas están mejorando claramente. ¡Qué duda cabe! Venimos de una sociedad patriarcal, muy jerarquizada y fuertemente enraizada en valores confucianos, donde las libertades con las que contamos en la actualidad resultaban impensables para una mujer, siempre subordinada a una figura masculina, sea padre o esposo, y limitada únicamente a su papel de ama de casa, es decir, procrear y servir a la familia, sin importar las aspiraciones que pueda tener.

El impulso de la educación, si bien nunca estuvo explícitamente enfocado en mejorar las condiciones de la mujer, representó un punto de partida para visibilizar su sometimiento y su precaria existencia social. Fue un proceso lento que empezó en 1886 con la creación de la escuela misionera Ewha para niñas. Los estudios universitarios llegaron mucho más tarde, en 1910, pero supusieron un gran logro, el mayor probablemente si tenemos en cuenta que la educación ha sido y sigue siendo el motor principal de los cambios que estamos experimentando.

¹“La vida de las mujeres coreanas según estadísticas del año 2021”. Nota de prensa del Ministerio de Igualdad de Género y Familia (Corea del Sur fue pionera en la creación de un Ministerio de Igualdad de Género [2001], que posteriormente cambió de nombre y pasó a llamarse Ministerio de Igualdad de Género y Familia). Disponible en: <https://bit.ly/3toF5ev>

En la realidad del día a día seguimos viviendo en una sociedad fuertemente organizada y dominada por hombres.

Hasta bien entrado el siglo XX muy pocas mujeres habían tenido acceso a una educación superior formal, pero hoy la tasa de ingreso a la universidad de las coreanas supera el setenta por ciento: la más alta entre los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), según datos de 2019.² En la actualidad, las coreanas reciben educación en igualdad de condiciones y legalmente han conseguido los mismos derechos que los hombres. Sin embargo, esto no es suficiente. Los obstáculos que encuentran al enfrentarse a la vida social demuestran que todavía no se han cumplido del todo las aspiraciones de innumerables colectivos de mujeres que, desde finales de los años ochenta del siglo pasado, luchan por mejorar nuestras condiciones laborales, igualar nuestras oportunidades de acceso al trabajo, incrementar la participación política y desarrollar una educación no discriminatoria que nos proteja y trabaje en defensa de nuestros derechos. En la realidad del día a día seguimos viviendo en una sociedad fuertemente organizada y dominada por hombres.

El estatus actual de una mujer coreana depende mucho de la clase social a la que pertenezca, de su independencia económica y del mayor o menor grado de educación recibida, pero en general podemos afirmar que, a nivel legislativo, hemos conseguido muchas libertades, en parte porque las políticas económi-

cas del país involucraron a las mujeres como fuerza laboral en su proceso de industrialización (a partir de 1960) y en parte por la presión internacional, como las recomendaciones de las Naciones Unidas con motivo del Año Internacional de la Mujer en 1975 y las luchas feministas que impulsaron la creación del Comité Nacional de Políticas de la Mujer (1982) y el Instituto Coreano de Desarrollo de la Mujer (1983), a fin de fomentar su participación social y velar por su bienestar.

El rol social de las mujeres coreanas, como ya explicamos, no ha cambiado tanto como parece. Seguimos encajonadas en moldes patriarcales, atadas a las tareas domésticas, la crianza de los hijos y cargando solas, se quiera o no, con la responsabilidad del futuro de los hijos en relación a los logros académicos.

“El trabajo en casa está en un patético estado de equilibrio” (*The Economist*: 8 de marzo, 2022), “Las mujeres coreanas, en tareas domésticas, trabajan cinco veces más que los hombres”, “La brecha de ingresos es casi del 35 por ciento”, “Las mujeres coreanas deben elegir entre la familia y el trabajo” (*Diario Sisa*), fueron algunas de las reflexiones del presente año (2022) en el Día Internacional de la Mujer.

Según cifras de 2019, la participación en actividades económicas de las mujeres coreanas de 25 a 34 años fue del 71.8 por ciento, mientras que entre mujeres de 35 a 44 años, en su mayoría casadas y con hijos, fue del 62.9,³ un descenso considerable que refleja el dilema en el que viven muchas de ellas —familia o trabajo—, frente a la dedicación exclusiva del hombre a lo laboral, sin cuestionamientos ni culpas de por medio, por absurdo y tácito consentimiento social. Este es uno de los mayores obs-

² En 2002 la tasa de alfabetización estimada era del 97.9 por ciento (96.6 por ciento de mujeres y 99.2 por ciento de hombres), y en 2008 la matriculación en las escuelas primarias y secundarias, del 99 por ciento. Disponible en *The JoongAng*: <https://bit.ly/3tmXvfH>

³ Disponible en *Chosun Biz*: <https://bit.ly/3NVdj16>

táculos a los que se enfrentan las mujeres en Corea del Sur y también la causa de que haya tan pocas mujeres ejecutivas en las empresas. La raíz del problema no está en la falta de capacitación, sino en que todavía arrastramos tradiciones obsoletas que nos condenan al ámbito doméstico, en vez de buscar soluciones conjuntas que equilibren el peso de la familia. Datos de 2021 del Ministerio de Igualdad de Género y Familia señalan que el porcentaje de mujeres ejecutivas en 2 mil 246 empresas cotizadas en Bolsa fue de un 5.2 por ciento, una cifra muy por debajo del promedio de la OCDE (25.6 por ciento).⁴ Solo un 38.7 por ciento de las mujeres tienen trabajo regular, frente al 62.3 por ciento de los hombres. Según las últimas estadísticas del Servicio de Información de Empleo Nacional,⁵ Corea ocupa el primer lugar en la OCDE en cuanto a brecha salarial inamovible entre hombres y mujeres. ¡Qué decir del “techo de cristal”!

En Corea las mujeres son conscientes de este absurdo, de la discriminación que existe, pero las convenciones sociales pesan demasiado y acaban —trabajen o no— encargándose de las tareas asignadas tradicionalmente a su género: la casa, el esposo, la crianza y educación de los hijos, y todo lo que se relacione con la familia. Según la Oficina Nacional de Estadística, los principales motivos de interrupción del trabajo son el cuidado de los hijos (43.2 por ciento), el matrimonio (27.4 por ciento), el embarazo y la lactancia (22.1 por ciento).⁶ A esto hay que añadir la importancia de la educación en nuestra sociedad, donde los logros educativos se perciben como medio de elevar el estatus so-

cial, y el rendimiento académico de los hijos es responsabilidad y obligación primera de una madre.⁷

Ante esta realidad, muchas jóvenes coreanas se ven obligadas a elegir: aceptar la realidad y vivir el rol de buena esposa y madre, renunciando a su carrera profesional, o descartar el matrimonio y los hijos. Una u otra elección han traído consecuencias preocupantes para el país: por un lado, madres-tutoras híper competitivas que convierten la formación aca-

⁷ Haran Jeon y Hyejung Lim, “The effects of Maternal Employment and Occupational Prestige on Academic Achievement among Middle School Students”, *Korean Journal of Sociology of Education*, 2016, vol. 26, núm. 3, pp. 141-169.

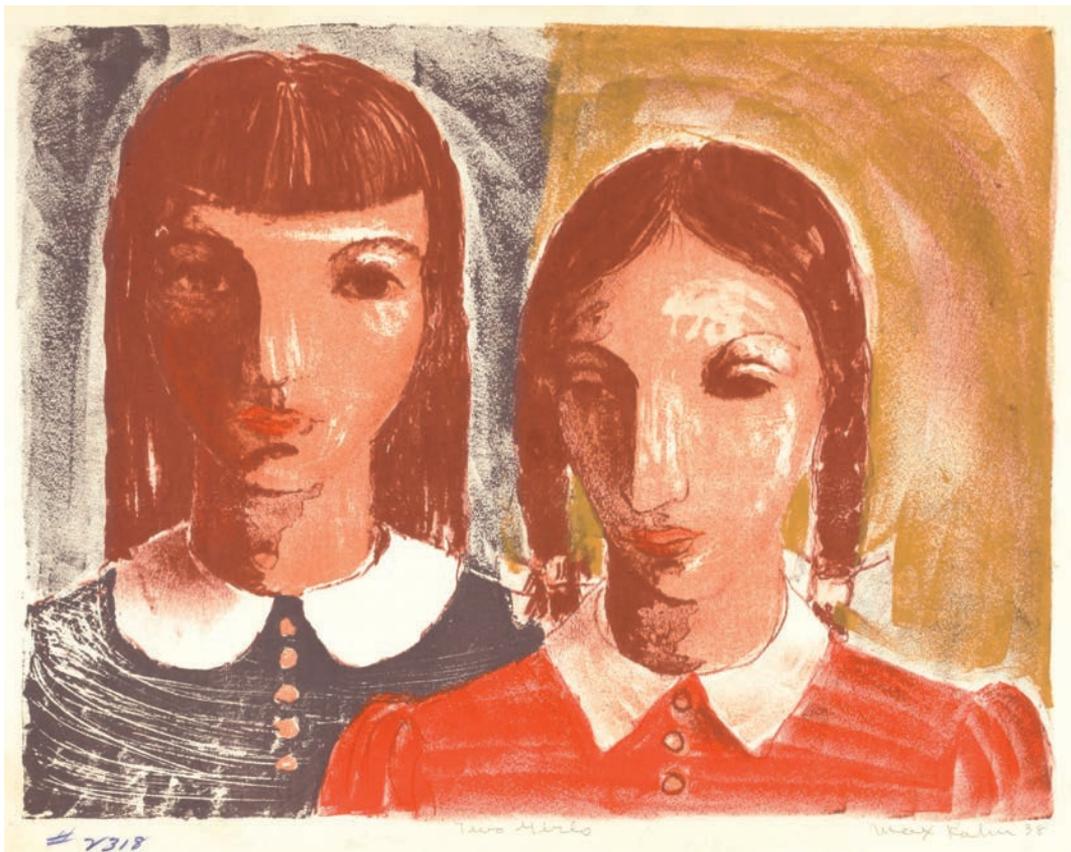


Cyrus LeRoy Baldrige, *Seoul-Korea*, 1937. ©Smithsonian American Art Museum

⁴ Disponible en *Queen*: <https://bit.ly/3tnvyEG>

⁵ Disponible en Ministerio de Empleo y Trabajo Encuesta de Situación Laboral por Tipo de Empleo: <https://bit.ly/3Q3ypfF>

⁶ Disponible en *Chosun Biz*: <https://bit.ly/3NVdj16>



Max Kahn, *Two Girls*, s.f. ©Smithsonian American Art Museum

démica de sus hijos en su propia meta y no escatiman esfuerzos ni gastos en la educación privada para colocarlos en las más prestigiosas universidades del mundo, a costa del bienestar y la salud mental de muchos adolescentes; y por otro, jóvenes que han decidido no formar familia en aras de su propio desarrollo personal y profesional, lo que ha provocado un descenso alarmante de la tasa de natalidad y, por ende, el repentino y acelerado envejecimiento del país. Según datos del Ministerio de Igualdad de Género y Familia (2021), un 52.5 por ciento de los jóvenes entre veinte y treinta años no planea tener hijos.⁸

El asunto del género ya se empezó a cuestionar en el siglo pasado. Se exigieron derechos, la

no discriminación, se crearon leyes, comités, asociaciones y coaliciones en defensa de los derechos de la mujer, y todos estos esfuerzos han mejorado nuestras condiciones de vida, pero sin llegar verdaderamente a formar parte del discurso general.

La película *Kim Ji-young, nacida en 1982*, basada en una novela del mismo título,⁹ retrata a una mujer coreana criada en el seno de una familia común y corriente, con trabajo, que se casa, da a luz y se convierte en ama de casa de tiempo completo. La obra habla de un sexismo tan camuflado como presente en la vida diaria de las mujeres coreanas, un sexismo que se hizo viral sobre todo entre jóvenes de veinte a

⁸ Disponible en *Chosun Biz*: <https://bit.ly/396bcsJ>

⁹ Se vendieron más de 1.2 millones de ejemplares y fue traducida a dieciséis idiomas.

treinta años, más sensibles a la hipocresía de una sociedad patriarcal que habla de igualdad y justicia, ignorando e invisibilizando una discriminación de género latente aún en muchos aspectos cotidianos.

Desde entonces, el mundo editorial se ha llenado de nombres de mujeres escritoras. De las veinte novelas más vendidas en 2021 solo tres eran de escritores hombres.¹⁰ Lo mismo ocurrió en los principales premios literarios entre 2016 y 2020: de las 113 obras finalistas, 87 habían sido escritas por mujeres. “¿Dónde se han metido los novelistas hombres?”, fue el título, algo humorístico, de un artículo publicado en octubre de 2020 en uno de los diarios más importantes del país.¹¹

Hay voces que afirman que el movimiento #MeToo fortaleció la crítica social desde la literatura. Muchas jóvenes escritoras empezaron a hablar sobre la discriminación que todavía se vivía en Corea, del sufrimiento silenciado que habían padecido y seguían padeciendo muchas mujeres, y de la necesidad de un cambio real, normativo y sentido de esta situación. Es el caso, por ejemplo, de la novela *A partir de Sison* (2020) de Jung Se-rang, una joven escritora nacida en 1984 que reflexiona, por medio de la historia de tres generaciones de mujeres, sobre los abusos sufridos, la misoginia, los rituales y las complicadas relaciones familiares en las que tuvieron que desarrollarse. La obra fue vista como “un homenaje a todas las mujeres que sobrevivieron el siglo XX por parte de las mujeres del siglo XXI” y fue seleccionada como el libro del año 2020 por “penetrar en la violencia y el absurdo del mundo”, según la crítica. Se convirtió en un fenómeno editorial

desde que en la primavera de 2020 comenzó a publicarse por entregas en la revista digital *Manhak Dongnae*. Hubo pedidos anticipados, se agotaron doce mil ejemplares de la primera edición y diez mil de la segunda antes de que el libro saliera a la calle impreso, y treinta mil ejemplares en los diez días posteriores a su publicación.

El 32.4 por ciento de las ventas editoriales corresponden a mujeres de entre veinte y treinta años y el 29.6 por ciento, de treinta a cuarenta años.¹² Las cifras hablan del rol activo de las lectoras en situar las obras de estas jóvenes escritoras en la lista de los *bestsellers* coreanos, pues saben el papel tan importante que está adquiriendo la literatura al posicionarse a la mujer dentro de una sociedad tan anclada en las tradiciones.

El apoyo de las jóvenes coreanas a esta narrativa es, sin duda, un gran paso en la toma de conciencia sobre el problema, así como un reconocimiento al valor de muchas escritoras que abordan el sexismo desde la perspectiva de las mujeres para que todos los derechos conseguidos se traduzcan a la realidad de los hogares y las calles.

Quizá podríamos empezar pensando que esta batalla por la igualdad es responsabilidad de todos, por reconocer la discriminación que pesa sobre la mujer y abordar el problema desde un pensamiento más positivo, más inclusivo y más consciente. Saber que no se trata de un asunto solo de mujeres, sino también de hombres; no de roles sociales, sino de comunicación para buscar maneras equilibradas de repartir la carga social y del hogar, por el bienestar de todos. **U**

¹⁰ Disponible en *Kyobo*: <https://bit.ly/3H6adoL>

¹¹ Disponible en *Donga*: <https://bit.ly/3xfxlwD>

¹² Disponible en *The JoongAng*: <https://bit.ly/3NrRVRa>





LA CAPACIDAD DE NEGAR LA VIDA

Jung Yongsu

Traducción de Zyanya Gil

El pasado abril asistí a la Feria del Libro de Bogotá. Para llegar tuve que volar desde Seúl durante once horas, esperar cinco en Los Ángeles y luego tomar otro vuelo por ocho más. Cuando aterricé, había pasado más de un día completo. Teniendo en cuenta la distancia entre Corea y Colombia, no es sorprendente que aquella fuera mi primera visita. Me daba curiosidad qué tipo de personas me esperaban al otro lado del mundo; me preguntaba cómo pensarían y cómo vivirían. Sin embargo, no puedo decir que haya aprendido algo sobre ellas incluso después de estar unos días en Bogotá, participar en tres charlas literarias y caminar por las calles observándolas. Por el contrario (probablemente), lo que se me ocurrió al conocer a gente que ha vivido en entornos completamente diferentes era esto: ¿Cómo creerían ellos que pensaba y vivía yo? Para llegar a conocer a otros, primero debemos enfrentarnos a la pregunta de quiénes somos nosotros. Y viceversa. ¿Quién soy? Entonces, ¿quiénes son los otros?

Quien me pidió que escribiera este texto abordó el tema del suicidio y agregé algunas preguntas. Una de ellas era por qué la tasa de suicidios en Corea es tan alta, lo cual me dejó un tanto perplejo. ¿Los coreanos se suicidan mucho? No lo sé. Para llegar a esa conclusión, es necesario saber qué tanto se suicidan en otros países, y eso lo desconozco. Por supuesto, al ver las estadísticas, es cierto que en Corea hay mu-

◀ ©Yuna Park, *Protagonist of Collective Memory*, 2014. Cortesía del artista

chos suicidios. De acuerdo con los datos del año pasado, Corea ocupó el primer lugar entre los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Al igual que el año anterior a ese. Y el anterior... Pero ¿sabré algo más que eso? Es evidente que los coreanos están muy interesados en el suicidio. A veces, esas cifras nos causan un poco de orgullo. A menudo hacemos referencia a ellas para demostrar qué tan mala es nuestra situación, mejor dicho, para que reconozcan qué tan difícil es nuestro entorno y cómo lo estamos padeciendo. "¡Vaya que es duro vivir en esta sociedad! Así lo dicen las estadísticas, ¿lo ves?"



©Yuna Park, *In a Row*, 2008. Cortesía del artista

Me viene a la mente un meme que ha estado rondando en las redes sociales. Es una imagen compuesta por cuatro fotogramas donde personas de cuatro países se turnan para decir algo.

Inglaterra: "Muerdo por el honor".

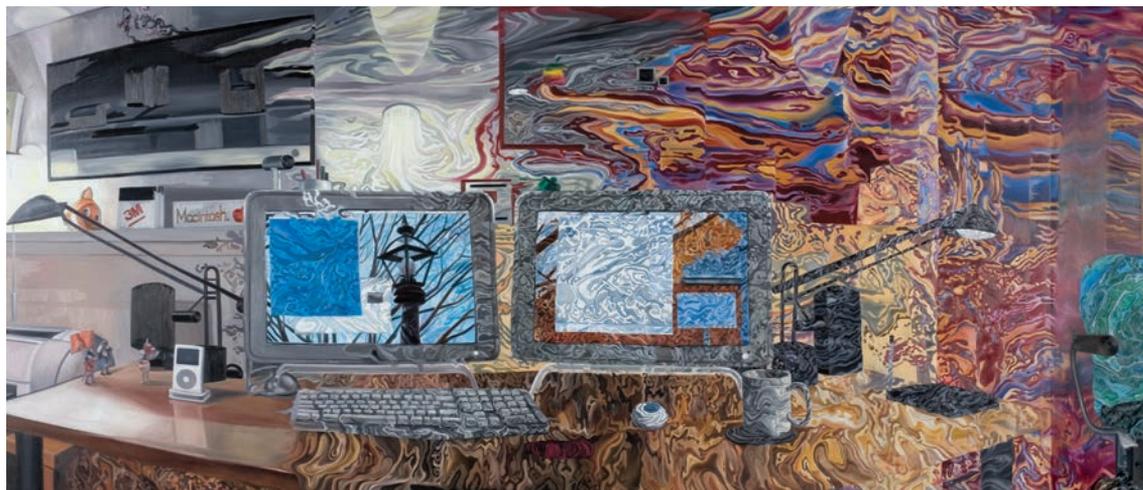
Francia: "Muerdo por el amor".

EE. UU.: "Muerdo por la libertad".

Corea: "Muerdo".

Aunque "Muerdo" puede significar "Me voy a morir", ante todo se entiende como "Me estoy muriendo (porque la vida es muy dura)", por lo que este meme pudo cautivar a los coreanos que se burlan de sí mismos al tiempo que enarbolan su orgullo de ser los mejores (¿?) en la tasa de suicidios.

Pero, realmente, ¿por qué tantos coreanos se suicidan? Unos dirán, como si nada, que la respuesta es el clima social que promueve la competencia excesiva. Parece simple, claro e incluso plausible, porque la realidad es esa. A los coreanos les gusta competir (de muchas maneras). Tendría que averiguar en qué medida le gusta la competencia a la gente de otros países para confirmar esta afirmación, como lo vimos antes, pero para ser honesto, no siento la necesidad de hacerlo. ¿Habrá alguien a quien le guste competir más que a los coreanos? No lo creo. En la televisión siempre pasan competencias tipo supervivencia, los estudiantes tienen que consultar su clasificación a nivel nacional cada vez que realizan un examen, y toda universidad o empresa está claramente clasificada en un escalafón. Para colmo, aquellos que se han hecho acreedores a la atención mundial en los últimos años y plantaron el orgullo nacional en el corazón de los coreanos, a fin de cuentas, ganaron competencias (Bong Joon-ho,



©Yuna Park, *Byte Cellar #1*, de la serie *Byte Cellar*, 2008. Cortesía del artista

director de *Parásitos*, ganó el premio a la Mejor Película en los Premios Óscar y en el Festival de Cannes; BTS ocupó el primer puesto en las listas Billboard; *El juego del calamar* consiguió el primer lugar en los índices de audiencia de Netflix; y el pianista Seong-Jin Cho ganó el Concurso Chopin).

Curiosamente, los medios (o el gobierno) parecen pensar que los coreanos se suicidan porque no pueden controlar su impulso interno de morir. Los medios tratan de no mostrar ese codiciado fruto. Al final de cada reportaje sobre el tema, aparece un teléfono que conecta con profesionales médicos en caso de que se lleguen a tener ideaciones suicidas. Cuando una celebridad se suicida, no se menciona cómo lo hizo, por miedo a que surjan imitadores y, cuando no es necesario informar la causa de la muerte, tan solo se dice que "falleció". En determinado momento, la palabra *suicidio* ya no volvió a aparecer en ninguna transmisión, incluidas las noticias o las series. Se la ha reemplazado por otra expresión. La primera vez que la escuché en uno de estos programas ("Estaba desesperado y terminó tomando una *decisión extrema*"), lo interpreté como un simple recurso literario. Incluso cuando vi que en una noticia periodística se informaba sobre un

hombre que se quitó la vida y se decía que había tomado una "decisión extrema", pensé que el artículo estaba imitando los diálogos de aquel drama tan popular. Claro, me gusta confiar en los expertos. Aunque parezca un método ridículo, vale la pena que una sola persona se libere del impulso de suicidarse. De cualquier modo, no puede sino ocurrírseme una situación como esta: "—Junho tomó una decisión extrema. —¡No es posible! ¿Está muerto? —¿De dónde sacas eso? Quiero decir que dejó la facultad de Derecho y se fue a estudiar literatura creativa".

Pero, ¿será verdad que los coreanos tienen más pensamientos suicidas que la población de otros países de la OCDE? En Corea hay una broma que dice: "—¿Es cierto que en cada casa tienen un refrigerador aparte para almacenar kimchi? —Para nada, eso es un estereotipo. —Entonces, ¿en tu casa no hay? —No, en mi casa sí hay". No lo sé. No sé si todos los coreanos tienen impulsos suicidas, pero yo he estado luchando contra ellos de forma constante desde que tenía al menos diez años (y mi casa, por supuesto, tiene un refrigerador especial para el kimchi).

No es una dicotomía muy sofisticada, pero con base en mi experiencia, puedo decir que

¿Y si no hubiera recobrado el deseo de vivir incluso después de dejar el alcohol y retomar una vida normal?

hay dos tipos principales de pensamientos suicidas. El primero se basa en el anhelo de "otra" vida. Los de mi infancia tuvieron diferentes orígenes, que al final podrían resumirse así. Creo que los pensamientos suicidas que surgieron de la desesperación por no poder escapar de la violencia doméstica y el deseo de probar mi amor a una chica que no me correspondía dando mi vida por la de ella cuando sufrió un accidente automovilístico no eran tan diferentes entre sí. En la novela *Lucy*, de Jamaica Kincaid, se encuentra el siguiente pasaje:

Una niña puede desear la muerte de alguien, y puede estar tentada a llevarla a cabo ella misma, pero también querrá que la persona muerta resucite y viva como antes, si aquello que la hizo desearle la muerte en primer lugar se ha esfumado.

La capacidad de negar la vida actual hasta el punto de destruirla con nuestras propias manos solo es posible cuando anhelamos una vida verdadera y nos decimos que, en principio, no debería ser así. Supone anhelar la muerte intensamente como si hubiera una segunda oportunidad. La niña en *Lucy* también debe haber deseado la muerte de alguien con sinceridad. Y habrá esperado que, tras morir, esa persona reapareciera bajo una nueva versión de sí misma. El problema es que si uno es quien anhela morir e incluso tomar el asunto en sus propias manos, al final imagina que tendrá la oportunidad de descubrir lo que realmente quería. Y esto no es una tierna fantasía de un niño inmaduro, sino una ideación suicida que muchas personas albergan. Sin importar la re-

ligión, ya sea que creamos en la otra vida o no, el poderoso impulso de un anhelo conduce a la acción. No dejo de pensar que ese mismo principio puede ser la fuerza que mueve el odio o la negación de mí mismo que a menudo me embargan.

El segundo tipo serían los pensamientos suicidas por la carencia de anhelos. De hecho, esto sería más un suicidio por elección que un impulso. El caso más cercano que he experimentado fue el de una compañera de trabajo hace unos diez años. Después de su divorcio, cayó en el alcoholismo. Aunque estuviera en la oficina, a menudo se quedaba sentada por una o dos horas con la mirada perdida. Nos hicimos cercanos al sentarnos ante una mesa amplia con la comida que cada uno llevaba de su casa para almorzar. Yo acostumbraba a salir a un restaurante. Sin embargo, ella parecía no tener con quién comer, así que decidí llevar almuerzo de casa una o dos veces por semana para hacerle compañía. Ya sea porque estuviera agradecida o porque tuviera una personalidad amistosa, tomó nota de mi comida favorita y la preparó en abundancia. Una vez dije que me gustaban las algas, así que horneó suficientes para semanas y llenó con ellas el congelador. Parecía ir recuperándose. Ya trabajaba sin quedarse con la mirada perdida, sonreía y hablaba con sus colegas. Hasta que un día, otros compañeros y yo nos enteramos de su fallecimiento. Se había quitado la vida. En su funeral hubo pocos dolientes, a excepción de unos cuantos compañeros de trabajo, y no se pudo localizar a su familia. De casualidad, tras su muerte, me cambiaron de departamento y me tocó sentarme en su asiento, donde encontré que aún estaban sus pertenencias. Lo que más me llamó la atención fue el cajón de su escritorio lleno de paquetes de

fideos instantáneos. Por alguna razón, no podía tirarlos, así que comencé a comerlos a la hora del almuerzo, y había tantos que me tomó varias semanas terminarlos.

En ese entonces, me imaginé que ella podría haber estado pasando por dificultades financieras o sufrido alguna traición. Es decir, que podría haberla atacado de nuevo la misma crisis o una nueva mientras se recuperaba. Pero luego se me ocurrió que no le había pasado nada, sino que los signos de recuperación la habían dejado sin esperanza. ¿Y si no hubiera recobrado el deseo de vivir incluso después de dejar el alcohol y retomar una vida normal? Que aquello hubiera confirmado la ausencia de anhelos podría haber sido la razón de su suicidio. Realmente no lo sé, porque la conocí muy poco y no tengo forma de descubrir algo más. Sin embargo, ahora pienso que su muerte no fue un impulso, sino una elección. O, quizá, es lo que quisiera creer. Su muerte se convirtió en un catalizador que me hizo pensar en el suicidio.

Así como todos tenemos un lugar y un día de nacimiento, todos tendremos una fecha y una causa de muerte. Por eso suelo pensar en la causa de mi muerte y la de mis amigos. Nosotros constantemente albergamos pensamientos suicidas con el anhelo de "otra" vida, pero, al final, lo que tendremos que enfrentar es "la carencia de anhelos". ¿No seríamos capaces, entonces, de tomar una decisión no tan extrema? El no poder elegir mi ciudad natal no significa que no pueda elegir la causa de mi muerte. Cada vez que me asaltan estos pensamientos, recuerdo el deceso de mi compañera de trabajo. Si un día pierdo todo anhelo de vida y decido morir, quizá piense en su rostro. Dado que ella tomó esa decisión antes que yo, podré comprender cómo se sintió a lo



©Yuna Park, *Music for a Flower*, 2019. Cortesía del artista

largo del proceso de decidir, ejecutar y llegar al final, mientras yo mismo lo esté haciendo.

El hecho de que a menudo haya luchado con pensamientos suicidas no significa que le tema menos a la muerte. Pensar que es el fin de la existencia y tras ella no queda nada me deja sobrecogido por un miedo intolerable. Es un sentimiento que me hace temblar y me congela hasta las ideas, a pesar de que un pensamiento no la hace real. Tal como todos los que ya están muertos, todos los que estamos vivos tendremos que dejar este mundo algún día. Y lo importante no es que así deba ser, sino si podemos aceptarlo. Si no pudiera rendirme a la muerte, a la nada eterna, el temor nunca me abandonaría; pero si pudiera aceptar la muerte antes de llegar a ella, ¿qué me detendría de llevarla a cabo por mi cuenta? ¿Será que pienso así porque soy coreano? No lo sé. **U**

POEMAS

Ahn Heonmi

Versiones de Luis Frailes y León Plascencia Ñol

PATIO TRASERO DEL INSOMNIO

todos los poemas que escribo parecen notas de últimas voluntades pero después de cuando en cuando llega una madrugada en que descubro que en realidad son todas cartas de amor hoy 9 de junio del calendario lunar es el día en que he muerto como para darle consuelo al poema de invalidez que escribo que llega desde el otro lado del insomnio con llagas en la lengua me llega un sonido de gong me llega un sonido tintineante (*ching ching ching ching ding ding ding ding*) de una casa chamana al final de un callejón sin salida y en cuya puerta, en un lugar alto y visible hay colgada una esvástica (卐) una magnolia blanca que brotó en el patio trasero de mi insomnio me dice que todavía me puedo permitir fallar un poco más me dice que es el destino que también la tristeza que encendí y también ese puñado de poesía si se siguen marchitando estarán en un diligente proceso de descomposición que hasta el error más tremendo se descompone también de esa manera que todas las cartas de amor son notas de últimas voluntades que se van metiendo en el mismo sobre que la muerte y la vida que son la soledad que son la música por qué la música siempre llegará junto a cualquier persona también en corazones averiados y por qué será que de repente convoca también a los ya muertos hoy 9 de junio del calendario lunar día que amanece con el insomnio es nuevamente el día en que yo he muerto para ver las pisadas que fruto de la excesiva soledad dejé frente a mí misma voy caminando hacia atrás y entonces como viajera que recorre algún desierto me asomo a observar las líneas de la mano de una mujer que recorre la noche insomne con pasos hacia atrás y que va desapareciendo llega una mujer que va siguiendo las pisadas y escribe poemas que parecen cartas de amor y parecen notas de últimas voluntades

LAS HORAS

si un niño pregunta sobre el silencio la respuesta más hermosa que puede dársele es el silencio
y lo mismo pasa con el tiempo

hubo un verano en que fuimos (tú y yo) al monte Taebaek para ver los árboles secos y muertos

tú ibas delante y yo mientras te veía desde atrás iba pensando que me gustaría ser como tú cuando tuviera tu edad

ahora ya tengo esa edad y mi tiempo me pregunta si soy como tú al no tener respuesta yo me limito a contemplar los árboles moribundos (los árboles que se van secando y muriendo)

en este lapso el viento arrojó un cargamento de niebla y aunque di diecisiete pasos a ti ya no te vi a pesar de ir en pos de tu tiempo mi tiempo no pudo arribar a ese lugar

tú ese enigma que eres tú que eres la respuesta más hermosa para mí cuando pregunto por ti... ese tiempo que te deja junto al silencio y muere

he vuelto a caminar diecisiete pasos he vuelto a este monte Taebaek a ver los árboles secos y muertos el amor que una vez deseó honestamente ser yo era cosa de los humanos pero el hecho de que ese amor aun muerto sea siempre un árbol eso era cosa de los tiempos



Korean Dining Bar



수작요리주가

외리외리 동각2호점
735-1676
www.wabara-wara.co.kr

24시간
음악공간 4F
Qplus
멀티방

노래방
3층



즐거운 노래방



3F·4F

락실



삼일대로17길
Samsil-daero 17-gil

18,000
72,000
13,000
1000

락실





AMOR EN LA GRAN CIUDAD

FRAGMENTO

Sang Young Park

Subí al tercer piso del hotel en el elevador y entré al Salón Esmeralda. ¿Acaso había dicho que la lista de invitados era de cuatrocientas personas? Parecían muchas más. Me senté en mi asiento asignado y examiné la mesa: mi cohorte de la licenciatura en Francés, todos envejeciendo a distintas velocidades. ¿Cuántos de ellos estaban ahí? Supongo que esta era la recompensa para Jaehee por haber dicho que sí a todos los brindis de graduación y a todos los eventos de fin de cursos. Momentos como este hacían que la vida social de Jaehee pareciera estar al borde de lo grotesco. Me vi forzado a saludar a conocidos con los que no había hablado en cinco o hasta diez años. “¡Felicidades! Escuché que ahora eres escritor.” “Deberías ponerte en contacto más seguido.” “Oye, había un rumor de que te habías muerto, ¡pero aquí estás!” “¿Dónde puedo leer tus cuentos? Intenté buscarlos en internet.” “Wow, escribir debe ser pesado para ti. Mira esos kilos de más que traes encima.” “¿Todavía bebes tanto como antes?”

Mi libro está por salir, no bebo tanto como solía, ustedes están tan viejos y gordos como yo, y sus preguntas están a punto de regresarme a mis viejos hábitos dipsómanos —estas respuestas estaban en la punta de mi lengua, pero me las tragué, con la dignidad de un educado treintañero contribuyente a la sociedad y riéndome de sus socarronerías—. Me había preparado para jurarle a quien leyera mis historias que todo

◀ Seúl, 2018. Fotografía de Stéphan Valentin. *Unsplash* ©



Seúl, 2019. Fotografía de Silas Köhler. *Unsplash* ©

era inventado —qué tonto de mi parte haber preparado la respuesta para una pregunta que nunca me harían—. Un exceso de autoconciencia ya era de por sí una enfermedad.

—Por favor tomen asiento, la ceremonia está por comenzar.

El presentador era un amigo cercano del futuro esposo de Jaehee. Este amigo tenía la barbilla afilada y la piel grasosa, no era mi tipo para nada, y además de su marcado acento de la provincia de Gyeongsang, era evidente que este chico de campo no era muy bueno para hacer que las cosas avanzaran. ¿Y supuestamente era reportero de televisión? Yo hubiera sido una opción mucho mejor. ¿A quién le siguen importando estas estúpidas tradiciones sobre qué hace el mejor amigo de alguien? El monstruo verde de la envidia estaba levantando su cabeza.

Cerca del estrado había una pantalla grande que proyectaba fotos de Jaehee y su novio. Bebí otro trago de vino tinto mientras las fotos con resolución de cámara de celular iban pasando. Cheolgu —que se sentó junto a mí y al parecer acababa de conseguir trabajo en el Banco Industrial— me picó las costillas.

—A ver, sé honesto. Tú y Jaehee. ¿Eran ciertos los rumores?

Los rumores eran ciertos, pero, querido Cheolgu, lo que estás insinuando parece un poco fuera de lugar viniendo del tipo que le pidió a Jaehee que salieran, solo para ser brutalmente desairado.

El verano en que cumplimos veinte, Jaehee y yo nos hicimos mejores amigos.

En ese entonces, tenía una curiosa regla para beber —hacía cualquier cosa que me ordenara quien me comprara un trago— y así, el fatídico día, ahí estaba yo otra vez besuqueándome con un hombre de edad incierta en el estacionamiento del hotel Hamilton. Él me había comprado como seis shots de tequila en algún bar subterráneo. La luna y las luces de la calle y los letreros de neón de todo el mundo parecían resplandecer solo para mí, y todavía podía escuchar los acordes de un remix de Kylie Minogue en mis oídos. No importaba quién era el tipo. La única cosa que importaba es que yo existía con alguien, ahí en esas calles oscuras de la ciudad, y esa era la razón

por la cual mi lengua estaba en un forcejeo con la de un extraño. Justo cuando creí que el mundo entero se inundaría de calor, solo para mí, sentí una fuerte palmada en la espalda. En medio de mi completa borrachera pensé: "¡Un crimen de odio!" Y en modo *drama-queen* total, separé mis labios de los suyos y me di la vuelta, listo para irme a los puños —pero ahí estaba Jaehee—. Como siempre, sostenía un Marlboro rojo manchado de labial en una mano, y nada más verla me puso sobrio al instante. Jaehee apenas podía recuperar el aliento mientras se carcajeaba de mi sorpresa al verla. Entonces dijo, con su típica voz rasposa:

—¿Por qué no te lo comes y ya?

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, estallé en risas por su broma, y en algún punto descubrí que el hombre al que estaba besando había desaparecido. Ni siquiera puedo recordar su cara ahora, pero recuerdo más o menos lo que Jaehee y yo hablamos en el estacionamiento.

—¿Lo mantendrás en secreto en el campus, verdad?

—Por supuesto. Seré una perra ruin, pero soy leal.

—¿No te sorprendió? Yo con un hombre.

—Para nada.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde que te vi por primera vez.

El típico lugar común.

Hasta ese momento yo no conocía muy bien a Jaehee; se trataba solo de una chica que usaba mini shorts y siempre era la primera en salirse de la clase, desesperada por un cigarro. De hecho, estaba muy cerca de tener la peor reputación de la facultad.

Aun cuando terminé como un paria entre los que cursaban la licenciatura en Francés en

nuestro colegio, no fue así desde el inicio, cuando los *sunbaes* veteranos todavía me invitaban a las fiestas solo porque yo era más alto que el promedio de hombres. Estas reuniones siempre tomaban el mismo curso, todos los chicos iban a la sala de billar o a las salas de cómputo primero, luego a un restaurante especializado en comida MSG para hacer que el soju fluyera, después elegían uno de los cuartos menos desordenados de algún *sunbae* para beber más y hablar sobre chicas hasta que nos caíamos roncando de sueño. Era el tema de conversación estándar entre los hombres de diecinueve y veintitantos: hablar de qué tan increíbles eran y qué tan genial era el sexo que tenían, qué tan bien satisfacían a sus muje-



©Jody Mussoff, *Girl with Wine Glass*, 1985.
Smithsonian American Art Museum

Me tiraron a mí en la picadora de carne, diciendo que parecía gay y que pasaba tiempo en Itaewon.

res, qué chicas del departamento de Francés eran las fáciles. Y Jaehee era alguien a quien regresaban a menudo. Habiendo escuchado sus historias, que obviamente eran al menos mitad ficción, y cansado de preguntarme por qué tenía que lidiar con esta mierda incluso en el colegio, llegué a un punto en el que les balbuceé a gritos: “Carajo, dejen de joder, todos ustedes traen cara de que la tienen chiquita”, y aventé la mesa. Después de esto nunca fui invitado a convivir de nuevo.

Como sucede naturalmente en cualquier grupo, un miembro que había huido del redil estaba inevitablemente destinado a permanecer como comidilla a partir de entonces. Cansados de sus exhaustivas críticas a las estudiantes de primer año, me tiraron a mí en la picadora de carne, diciendo que parecía gay y que pasaba tiempo en Itaewon haciendo Dios sabe qué, difundiendo el tipo de rumores que solo podría importarle a un grupo de inocentes jóvenes de diecinueve años, de los cuales la mitad eran ciertos. (La verdad siempre supera a la ficción.) Al cabo de apenas un semestre, casi todo el departamento sabía quién era yo, y yo mismo había escuchado los rumores, haciéndome blanco de las bromas de todos. *Supongo que nunca haré amigos en este departamento, ni que pudieran beber como para salvar sus vidas, y son aburridos hasta la muerte.* Mientras me consolaba auto-justificándome, Jaehee entró a mi vida.

Después de que mi defensa de Jaehee me sacó del clóset de alguna manera, los dos desarrollamos una relación que consistía, en primer lugar, en hablar pestes de los chicos, ya que ninguno de los dos había tenido antes con quién compartir tales pensamientos. Los dos

estábamos desesperados por una caja de resonancia.

Jaehee y yo teníamos muy poco sentido de la castidad, o ninguno, para ser honesto, y aparentemente éramos conocidos por ello en nuestras respectivas esferas. Jaehee medía 1.70 metros y pesaba 50.8 kilos, mientras que yo medía 1.77 y pesaba 78 kilos. Ambos éramos un poco más altos que el promedio, pero no particularmente atractivos ni una causa completamente perdida: lo suficiente para no avergonzarse a ninguna pareja. (Nótese que cuando gané un Premio a los Nuevos Escritores de ficción, los jueces coincidieron en elogiar mi “objetividad en la auto evaluación.”) El mundo simplemente no estaba preparado para la energía ilimitada de los veinteañeros pobres y promiscuos. Conocíamos a los hombres que queríamos sin esforzarnos demasiado, tomábamos hasta entumecernos, y por la mañana nos reuníamos en su habitación o la mía para aplicarnos una mascarilla en las caras hinchadas e intercambiar detalles sobre los hombres con los que habíamos estado la noche anterior.

—Trabaja en una empresa que vende equipo de senderismo. Pene diminuto, pero buen calentamiento previo. ¿Creo que vale cincuenta puntos?

—Dice que fue a la Universidad de Yonsei a estudiar estadística, pero creo que es mentira. Su cara era un espacio en blanco, y yo me quería reír cada vez que decía algo porque era obvio que su cerebro estaba igual de vacío.

—Trató de grabar un video cuando estábamos en la cama, así que arrojé su teléfono al otro lado de la habitación. Dijo que no iba a compartirlo con nadie, como si yo fuera a creerle esa mierda.

Y después de burlarnos de los hombres de la noche anterior, nuestros ojos comenzaban

a cerrarse y nos quedábamos dormidos uno al lado del otro, con la mascarilla seca en la cara. Como soy madrugador, me levantaba primero y dejaba que Jaehee descansara más tiempo, tapada hasta la cabeza con el edredón, mientras yo hervía estofado instantáneo o ramen. Cuando estaba listo, Jaehee finalmente se despertaba con el olor, y desayunaba con guarniciones de kimchi ácido y arroz frío. En algún punto, la habitación de Jaehee tuvo un juego extra de mi cera para peinar y de mi hoja de afeitar Gillette, mientras que mi habitación tenía un repuesto de su lápiz de cejas y de su polvo compacto MAC. Jaehee no sabía esto, pero cuando estaba solo usaba su delineador para rellenar los espacios en mis cejas y su polvo compacto para aplicar apenas uno o dos golpecitos de corrector en mis mejillas y frente. Eso me hizo preguntarme si Jaehee a veces usaba mi Gillette para el vello de sus piernas y axilas sin decirme.

Jaehee dejó de hablar con su mamá y su papá la primavera en que cumplió veinte años. Ninguno de nosotros había estado en buenos términos con nuestros progenitores, pero eso no significaba que fueran especialmente malvados o nada más allá de los típicos conservadores de clase media. Como la mayoría de los padres, constantemente aleccionaban a sus hijos sobre el decoro y cómo debería uno comportarse, pero en sus vidas privadas disfrutaban de amoríos, exceso de religiosidad, la bolsa de valores o las estafas piramidales. Yo tuve una verdadera racha parasitaria en tanto que, por mucho que odiara a mis padres, me sentía con todo el derecho a recibir cada moneda que me daban (¿Es por eso que mi conducta se fue tornando en la de un pícaro?) cuando recibía cientos de miles de wones como pensión mensual. Jaehee, sin embargo, cortó el contacto con



Seúl, 2018. Fotografía de Ciaran O'Brien. *Unsplash* ©

sus padres después de una pelea y rechazó cualquier forma de apoyo financiero a partir de entonces. Realmente tenía el corazón de una leona.

Consiguió su primer trabajo en un café llamado Destiné. Lo eligió no porque tuviera un gran cartel con un nombre en francés, sino porque era uno de los pocos lugares de su vecindario donde se permitía fumar. Verla fumando mientras manejaba las máquinas de espresso era una visión de la más distraída ternura adolescente. Cada vez que tenía un hombre en mi vida, lo traía al Destiné para que Jaehee le diera el visto bueno, y, en cada ocasión, me decía que los hombres que me gustaban siempre eran cachondos con personalidad de clásico patán. Pensándolo bien, tenía toda la razón. **U**

Selección de Sang Young Park, *Love in the Big City*, Grove Press, Nueva York, 2021.



LOS VETERANOS HUÉRFANOS DE LA GUERRA OLVIDADA

Carlos Inclán Fuentes

Como historiador de la segunda mitad del siglo XX mexicano sé que hay un mar de historias desconocidas o poco estudiadas que aguardan en el anecdotario. Circulan en pequeños grupos y son parte de su memoria colectiva o se las omite intencionalmente porque resultan incómodas o las cubren el recelo y la vergüenza.

Uno de esos episodios desatendidos cuenta algo a primera vista improbable. Sin embargo, considerando el contexto de su desarrollo, nos permite comprender cómo fue posible que hasta unos cien mil soldados mexicanos y mexicoamericanos terminaran luchando en los campos de batalla coreanos hace más de setenta años. La de Corea fue una conflagración nombrada por los historiadores como “la guerra olvidada”, un episodio entre dos conflictos de altísimo impacto mediático: la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Vietnam.

No obstante, la huella de la Guerra de Corea puede rastrearse en el cine, la literatura y la música de la época en países tan lejanos al combate como México. En *¡Ay, amor... cómo me has puesto!*, Tin-Tan podía ahogar sus decepciones amorosas yéndose a la “Guerra de Corea”, su cantina predilecta. José Revueltas, en *Los motivos de Caín*, aborda la guerra civil por motivos raciales en los Estados Unidos, así como el horror de la guerra fratricida (de ahí el título), a partir del encuentro en el campo de batalla de un soldado norcoreano de madre mexicana (la primera migración coreana llegó a México en 1905) y de un soldado estadounidense también de origen mexicano. La música del periodo, en distintos gé-

neros y ritmos, habla de amor, honor y muerte. En "Carta de Corea", *Los tres caballeros* cantan el siguiente lamento:

Desde el campo de batalla una carta llegó... Es la carta del hijo que se encuentra en Corea. Madrecita santa, estoy malherido... Pídele a la virgen que me dé mi alivio... Pero tú, viejita, no tendrás consuelo.

Si para el gobierno estadounidense (uno de los principales contendientes), el coreano fue un conflicto que no ganó y prefirió olvidar, la participación de quienes hicieron la guerra, jugándose la vida a cada momento, también estuvo desdibujada durante décadas.

Poco a poco los historiadores entendimos la importancia de la experiencia de las personas comunes. Empezamos a rescatar nombres desconocidos y centramos el foco de atención en los soldados rasos. De esa forma comprendimos fenómenos como la segregación racial en el ejército estadounidense y contamos las historias de las compañías conformadas por soldados negros, puertorriqueños y otras minorías, para quienes la guerra siempre fue más cruenta. Eran ellos quienes realizaban las operaciones más peligrosas y se apostaban en las primeras líneas de batalla. "No se rajaron", así de fuerte fue su afán por integrarse, por pertenecer a una sociedad que los rechazaba y a un gobierno que les negaba derechos.

Los testimonios y las experiencias de esos "otros" fueron recabadas y reconstruidas. Si bien para algunos el reconocimiento llegó tarde, no todos corrieron con la misma suerte. Los soldados de origen mexicano representaron el 55 por ciento de los contingentes conformados por latinos o hispanos y permanecieron en el olvido. Como en la película *¡Me gustan valent-*

nes! donde José, incomprendido, oculta que fue un héroe en Corea, la historia de los veteranos mexicanos de la Guerra de Corea era un secreto a voces, compartida de manera desigual por algunas familias sin conexión entre sí, por lo que su relato osciló entre quienes no sabían absolutamente nada, los que tuvieron alguna noción y los que siempre vivieron con pleno conocimiento de ese pasado. Estos últimos han logrado integrarlo a su historia familiar como un recuerdo vivo.

Fue hasta hace poco que, por iniciativa del embajador de México en Corea, Bruno Figueroa, esas historias separadas por fin se encauzaron en un proyecto en común. Los esfuerzos iniciales por investigar el tema mostraron



Roberto Sierra. Fotografía de ©Ahn Kwang-hoon. Cortesía de Verónica González Laporte



Hugh Cabot, sin título, 1953. Naval History and Heritage Command ©

que se había escrito muy poco al respecto. Esa presencia masiva de mexicanos y mexicanoamericanos apenas llamó la atención de algunos historiadores en los Estados Unidos, no así en México.

Por gestiones realizadas por las embajadas de México en Corea y de Corea en México se encontraron a varios de los protagonistas sobrevivientes de esa gesta ignorada. Hoy conocemos los nombres de Roberto Sierra Barbosa, Alberto Fernández Almada, Antonio Lozano Bustos, Jesús Cantú Salinas y José Villarreal Villarreal, a los que pronto se sumaron los de sus compañeros finados: Óscar Martínez Salas, Óscar Ruesga Cadena, Joaquín Mateo Armendáriz Muñoz, Armando José Ruíz Sánchez y César Augusto Borja Ochoa, cuyas familias han sido las principales escuchas de sus vivencias.

Al hallazgo de los hombres y sus experiencias de vida siguió otro: algunos de ellos ha-

bían cubierto, por medio de memorias, el hueco dejado por la historia. Dos casos son excepcionales en ese sentido, los de José Villareal y César Augusto Borja. El primero siempre habló abiertamente del tema con su familia, escribió crónicas al respecto publicadas en el semanario *Órbita* y conformó una vasta colección de objetos sobre la guerra: cartas, fotografías, libros, uniformes, utensilios de los soldados como abrelatas o cantimploras, resguardadas con esmero por su hijo Antonio Villareal. Constituyen la colección personal más extensa sobre la Guerra de Corea en México. Las memorias de don José fueron publicadas con el título de *Soñé con ser héroe*.

Por su parte, los recuerdos casi cinematográficos de César Augusto Borja vieron la luz gracias al acierto de su familia que, al recuperar del olvido un viejo manuscrito empolvado en un ropero, hizo todo lo posible para publicar "el texto de un artista". Borja también

Su primer imperativo era sobrevivir: las consignas de los políticos no significaban nada en el frente.

fue pintor y fotógrafo, con una predilección particular por la poesía, producto de una sensibilidad que los horrores de la guerra no lograron destruir y que está presente en las páginas de *Memorias de Corea*.

En este punto de la historia la investigación me fue encomendada. En México, el trabajo sobre los veteranos arrojó resultados fascinantes. En las páginas de la prensa las historias personales de heroísmo se mezclaban con las notas sobre la alta política. Mientras la posición oficial del gobierno de México era apoyar las resoluciones de la ONU, en el caso coreano jamás se permitió el envío de tropas: su política exterior se basaba en el principio de "no intervención". En privado, el presidente y su gabinete temían que México se quedara sin hombres, pues ya de por sí muchos se habían ido de braceros a Estados Unidos.

Con excepción de la Segunda Guerra Mundial, México nunca ha enviado un contingente militar a luchar en ningún conflicto extranjero. No obstante, miles de jóvenes mexicanos, inspirados por el deseo de aventura, las promesas de una mejor vida o por razones netamente personales cruzaron la frontera y se unieron al ejército estadounidense. Borja se enlistó para demostrarle a su padre que era un hombre de bien; Sierra, nacido en Estados Unidos, para cumplir con su servicio militar, Fernández deseaba recorrer el mundo, Lozano anhelaba portar con orgullo el uniforme de los *marines* y Villarreal quería regresar a su tierra convertido en héroe. Sin embargo, don José advertía que había escrito sus memorias "para beneficio de aquellos que sueñan con ser héroes y vivir aventuras bélicas", a la vez que agregó: "Que conste. No se los deseo".

El ejército, siempre necesitado de efectivos, los aceptó, y pocas veces revisó con rigor los

antecedentes de sus reclutas. Así empezó la odisea de estos muchachos que terminaron combatiendo del otro lado del mundo. Los soldados mexicanos estuvieron presentes desde el día uno. Participaron en el desembarco de Incheon, las distintas tomas de Seúl, la defensa del perímetro de Pusan y la gran ofensiva de Naktong, solo por nombrar algunos episodios. Para ellos, su primer imperativo era sobrevivir: las consignas de los políticos no significaban nada en el frente. Por eso Borja pudo decir: "Sobreviví a la muerte y hoy regresaba a mi tierra". La experiencia de los veteranos estaba alejada de los planes de Josef Stalin y Harry S. Truman. El primero veía en la guerra una oportunidad para terminar con la influencia estadounidense en Asia y el segundo un medio para detener la expansión del comunismo en el mundo.

Al trabajo hemerográfico se sumó el de archivo. En la documentación oficial destacan las peticiones hechas al presidente Miguel Alemán por hombres comunes, indicios de las voces negadas de la guerra, tanto de los mexicanos que se ofrecieron para luchar contra los comunistas, como las de aquellos que, ya en combate, pidieron a Alemán una bandera mexicana para verla ondear junto con las del resto de naciones involucradas. Oficialmente, peleando en Corea hubo contingentes militares de veintidós países.

El trabajo de investigación documental era prometedor aunque insuficiente. Otra de las dádivas del proyecto era la oportunidad de conversar directamente con algunos de sus protagonistas nonagenarios. Para ellos la Guerra de Corea no era una vaga referencia en perío-

dicos, sino parte sustancial de sus vidas. Los había marcado de una manera tan profunda que, a setenta años de su fin, la seguían teniendo muy presente. Gracias a ese diálogo comprendí la complejidad del testimonio, en especial si relata la experiencia de eventos tan dramáticos como las guerras. Podía comprender sus motivaciones, aspiraciones e ideas, pero nunca el significado íntimo que una experiencia traumática deja tras de sí en las personas involucradas. De ahí los silencios, el hermetismo, el ocultamiento. Sin embargo, la distancia, si bien modifica los recuerdos, también permite expresar eso que por mucho tiempo se mantuvo escondido.

Los veteranos sobrevivientes radican en Guadalajara, Ciudad Obregón y Monterrey, y siempre estuvieron unidos a la frontera. Sus padres la cruzaron para alcanzar el "sueño americano" y ellos mismos han mantenido un fuerte lazo con nuestro vecino del norte: allá estudiaron, encontraron fortuna, tienen familia y anclaron los recuerdos de su juventud. Sin embargo, el apego a su país de origen ha sido igual de importante en lo religioso y lo cultural. Fue común que llevaran escapularios, imágenes religiosas y se encomendaran a la Virgen en las situaciones más adversas. Si decidieron regresar a México fue porque no querían saber nada más de la guerra y por eso la mayoría prefirió guardar silencio.

Los veteranos me concedieron ese raro privilegio para los historiadores de dialogar directamente con su "objeto de estudio". En muchos sentidos fue una experiencia catártica para ellos, porque por primera vez hablaron abiertamente de esos muchachos que se enlistaron en un ejército extranjero sin pensar en el peligro, que vieron de frente a la muerte y sobrevivieron. Esa experiencia de la vida cas-

trarse fue fundamental en su formación como personas, y de ella se enorgullecen hasta el día de hoy. Esos jóvenes se convirtieron en esposos, padres de familia, abuelos e incluso bisabuelos. Hicieron sus vidas y, cobijados por el cariño de los suyos, lograron en muchos sentidos ser ejemplo para sus descendientes.

Al final, la historia de los veteranos mexicanos y mexicoamericanos de la Guerra de Corea está encontrando el cauce anhelado. A raíz de las gestiones de las embajadas, los gobiernos de México y Corea han rendido homenaje a estos soldados. En abril de 2021 se constituyó la Asociación Mexicana de Veteranos de la Guerra de Corea, con José Villarreal como primer presidente, uno de los veteranos que más luchó por el reconocimiento público de sus compañeros de trincheras. Una semana después de la fundación de la Asociación falleció don José, sin duda satisfecho por ver su sueño cumplido.

En junio de 2022 se inauguró una exposición dedicada a ellos en el Museo Memorial de la Guerra de Corea en Seúl, pero las celebraciones en honor a los veteranos mexicanos aún no han terminado. Para los veteranos vivos, quienes por primera vez en siete décadas volverán a la tierra en la que combatieron, y para las familias de los ya finados, fue una oportunidad excepcional: atestiguar los frutos de su contribución a la construcción de la Corea del Sur moderna, con su desarrollo futurista y su prosperidad económica, erigida también sobre la base del sacrificio de millones de soldados que, como los mexicanos, esperan a que sus historias sean escuchadas. **U**

©Haegue Yang, *Minuscule Kaleidoscopic Tickings - Trustworthy #321*, 2017. Cortesía de la artista y kurimanzutto, Ciudad de México / Nueva York. Fotografía de Omar Luis Olguín, 2017 ▶



ARTE

HAN SUNGPIL

BAJO LA SUPERFICIE

Esperanza Pino

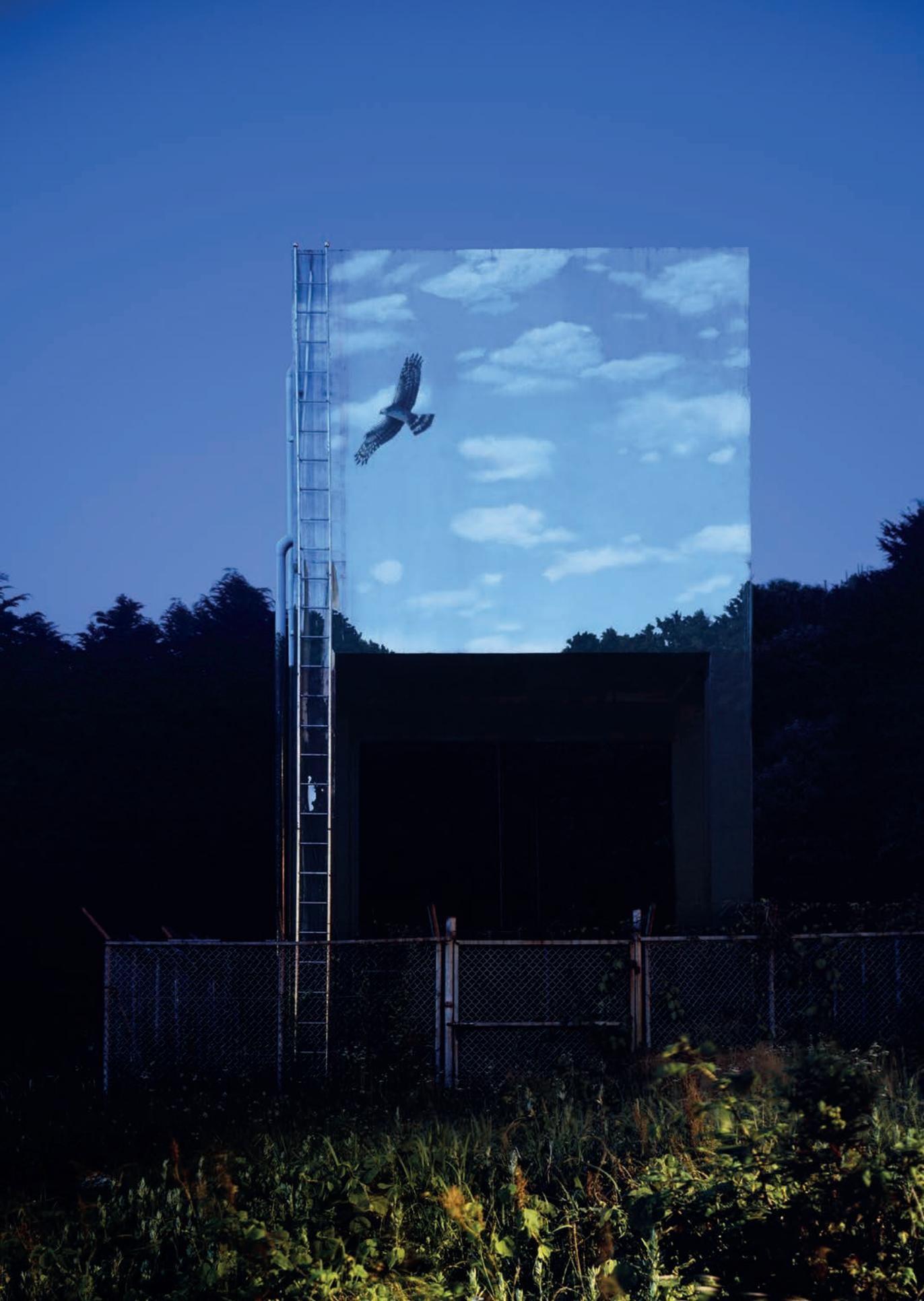
Han Sungpil (Seúl, República de Corea, 1972) utiliza principalmente la fotografía, el video y la instalación como medios para la creación de su obra, en la que explora temas como la naturaleza, la historia, el medio ambiente y la relación entre lo real y lo representado.

Han ha desarrollado gran parte de su trayectoria en su país natal, Corea del Sur, algo que se refleja en la importancia que le atribuye a sus raíces en obras como *Illusionary Pagoda* (2011). Esta fotografía de su serie *Fachadas (Façades)* muestra la relevancia que otorga el artista a la historia y la memoria de los lugares, así como su interés por los juegos entre la realidad y la ficción, entre el original y su reproducción. Años más tarde, esta pagoda bidimensional viajó a Cuba, con motivo de la Bienal de La Habana, para ser colocada delante de la fachada del edificio del Capitolio como metáfora de la unión de ambas culturas.

Los viajes son también una parte fundamental de la práctica artística y de la vida de Han Sungpil, quien ha desarrollado proyectos en varios continentes, llegando a explorar en diversas ocasiones las zonas del Ártico y el Antártico, protagonistas de muchas de sus fotografías, en las que ha capturado la belleza sublime de estos lugares, pero también la historia y la memoria que quedan en la superficie. Las huellas de la explotación de las minas de carbón y de la pesca ballenera, o el deshielo de los glaciares, son revelados por Han en sus fotografías con el objeto de despertar la conciencia en todos aquellos que las observan.

Todas las imágenes son cortesía del artista. La primera muestra de Han Sungpil en México puede verse en Proyecto H (Calle Guadalajara 88, Roma Norte) de julio a septiembre de 2022.

Fly High into the Blue Sky, 2012 ▶

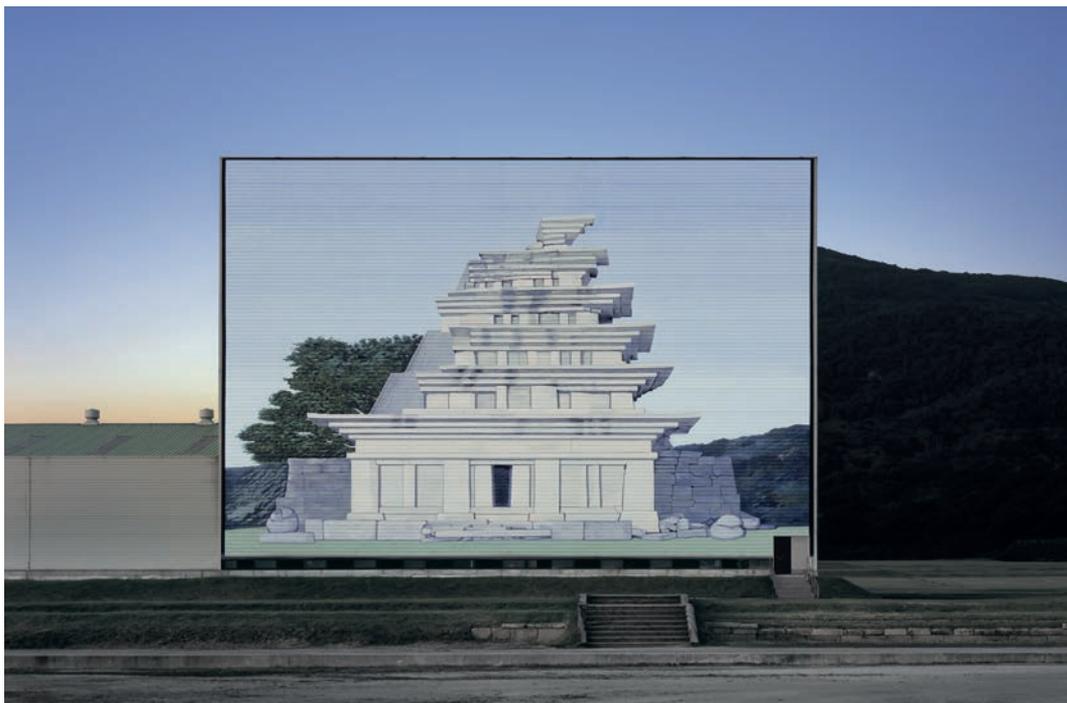




Toshogu Ueno, de la serie *Façades*, 2012



Overlapping, de la serie *Façades*, 2012



Mirekusan Temple, de la serie *Façades*, 2007



Tandem Sequence, de la serie *Façades*, 2011



Harmony in Havana, 2015





Venture, de la serie *Intervention*, 2013



Weight of Time, 2014



Illusionary Pagoda, de la serie *Façades*, 2011

©Haegue Yang, *Minuscule Mosaic Cross - Trustworthy*
#423, 2018. Cortesía de la artista y kurimanzutto,
Ciudad de México / Nueva York.
Fotografía de Nick Ash, 2018 ▶



PANÓPTICO

“ENCUBRIMOS LOS TRAUMAS DE LA NIÑEZ PARA PODER SOBREVIVIR”

ENTREVISTA CON PILAR QUINTANA

Elvira Liceaga

Pilar Quintana es autora de Los abismos (Premio Alfaguara 2021) y La perra (Random House, 2017), novelas en las que conviven la luz y la oscuridad, la bondad y la maldad, lo que puede ser dicho y lo que se silencia, con un manejo ejemplar de estos equilibrios en los que reside, posiblemente, la clave de lo que somos. Los abismos cuenta la historia de una niña llamada Claudia que, desde su inocencia, no solo descifra la realidad a la que pertenece, sino que se enfrenta a los abismos que crecen cuando nos abrimos al mundo. Esa es su condición, encontrarse siempre al filo del peligro.

Una de las cosas que más me llaman la atención de Los abismos es cómo resolviste trabajar esa sensibilidad infantil. ¿Cómo conectaste con la voz de Claudia niña?

Cuando empecé a escribir *Los abismos* no estaba haciendo una novela sobre la infancia ni sobre una niña. El personaje se llamaba “Claudia” y era una hija adulta, viviendo en una casa de campo rodeada por unos abismos tremendos. Es la misma casa de campo que aparece en la novela. Pero terminé por no contar esa historia. Me devolví a la infancia y conté a otra Claudia, a la niña, una narradora que encontré mucho antes de *Los abismos*, mientras hacía terapia. Recuerdo que estaba con una psicóloga examinando un evento de mi niñez, algo traumático. Y al contárselo, ella me dijo: “No, así no, ahí la que está hablando es la adulta erigiendo un discurso desde su punto de vista. Contámelo como lo vivió la

◀ Pilar Quintana, 2021. Fotografía de Carlos Zárrate ©



niña. Vamos a ponerte a la altura de la niña que fuiste y mostrámelo a través de los ojos de ella”.

Cuando trabajaba en *Los abismos* me di cuenta de que no funcionaba el personaje adulto. Yo pensaba: “¿Cómo hago para contar una novela tan compleja donde la narradora no puede ser la misma niña porque ella no va a tener las palabras para explicarla? ¿Qué narradora creo?”. Entonces recordé: “Voy a hacerlo como en ese ejercicio de terapia y que sea una adulta la que se agacha para quedar a la altura de la niña que fue, capaz de contarnos las cosas como las vivió sin imponer su discurso, sin decirnos sus opiniones, sino solamente mostrándonos lo que la niña sintió”.

Así que dijiste: “Esto no es, tengo que hacer la novela escondida dentro de la novela”.

Así fue. Yo generalmente soy una escritora muy organizada que sabe exactamente lo que va a contar. Y tengo anotados lo que llamo “puntos”: escenas, capítulos, las acciones narrativas importantes de la novela... Claro, en la medida en que voy escribiendo a veces me salen más, a veces quito algunos, pero los tengo en una libreta. Cada acción narrativa “pasa en tal lugar, a tal hora del día”. Y ahí me oriento y voy creando el universo narrativo. Así es como tengo claro lo que voy a contar. Esta novela me enseñó que no debo ser tan planificadora y que a veces el proyecto inicial no funciona.

Hay algo muy fuerte en los mecanismos mentales de la niña. Ella empieza a descubrir en muchos niveles una opresión externa, y va entendiendo qué puede decir y qué no, cuándo hablar y cuándo no. En muchos sentidos, para mí es

una novela sobre la inocencia, pero especialmente sobre la pérdida de la inocencia y sobre los malos aprendizajes.

La infancia me parece una etapa súper interesante porque en verdad la ocultamos, y no conozco otra manera de quitarle los velos que la terapia. Allí es donde yo se los levanté. Cuando oigo a personas decir: “Mi infancia fue lo mejor de mi vida, la pasé espectacular, tuve una infancia feliz”, yo digo: “Ay, pobrecito... le falta ir a terapia para descubrir sus traumas”. No pienso que todo el mundo tuvo una infancia horrible, pero es una época tan compleja como la adultez o la adolescencia y no conozco a nadie que diga que su adolescencia fue feliz. ¡No! En la adolescencia estuvimos tristes, nos queríamos cortar las venas, fuimos eufóricos, felices, fuimos todo. Lo mismo en la niñez, pero creo que encubrimos los traumas de esa etapa para poder sobrevivir. El adolescente tiene a sus amigos como refugio y rechaza a sus padres, donde ubica generalmente sus traumas. El niño no tiene eso todavía, entonces debe sobrevivir en la familia que le tocó y tapar lo que está pasando.

Yo empecé a escribir a los siete años. En Colombia nos enseñan a escribir a esa edad, en el primer curso de primaria. Y cuando aprendí a juntar letras lo primero que escribí fue una ficción. Se trataba de un payaso que tenía la cara pintada de risa pero a quien se le había muerto la mamá, se le había quemado la casa, su vida era una tragedia horrible. Me impresiona que una niña de siete años ya viese eso en la sociedad en la que le tocó crecer. Tuvieron que pasar 42 años para que pudiera elaborar eso, ese payaso. Creo que he pasado mi vida entera escribiendo a ese payaso en todos mis libros, de todas las maneras.

Es cierto que a lo largo de tu literatura se experimenta esa soledad, eso que todos traemos dentro aunque nunca queramos mirar el abismo que nos tiene aterrorizados.

Como ocurre en *La perra*, es el descubrimiento del propio monstruo. En nuestra sociedad latinoamericana, especialmente siendo yo colombiana, tendemos a creer que el monstruo está afuera, ¿no? El monstruo son los paramilitares, los guerrilleros, los ladrones, los asesinos. Cuando viví en la selva nueve años, un lugar que quedaba a una hora en lancha de la ciudad más cercana y a tres horas de la casa donde nací, era parte de una sociedad absolutamente diferente a la mía. En ese lugar conocí a personas que habían matado. Eran amigos míos y yo vivía con el asesino. Siempre pensaba: "Este hombre mató a su hermano con un machete una noche, lo picó". Y era un buen padre de familia, un amigo, un buen ciu-

Los abismos también es una novela sobre la maternidad. La protagonista es una madre involuntaria, que a su vez también tiene una madre involuntaria. Cuando la hija le pregunta: "Si hubieras podido no tenerme, ¿hubieras preferido no ser madre?", la madre le dice que sí. Me interesan estas madres que dicen la verdad, porque se supone que cuando una es madre tiene que ser perfecta y callarse esas cosas.

Yo me hice madre a los 42 años y fue un hijo absolutamente deseado de una mujer acompañada por una pareja que quería criar un hijo con ella. Aun así, en las primeras semanas del embarazo pensé: "Pero, dios mío, ¿qué es esto tan espantoso?". Me sentí absolutamente engañada. Porque mi mamá, mis tías, mis abuelas decían que era lo mejor que les había pasado. Cuando les hice el reclamo solo se reían, porque sabían que me habían mentido. Así que yo soy esa que construye el payaso y muestra

El monstruo está acá adentro, lo tenemos todos y solamente lo descubrimos si se dan las circunstancias.

dadano; no era un monstruo, sino una persona como yo. Viviendo en la selva entendés que no podés decir: "Voy a llegar aquí descalza a abrazar árboles y vivir sin venenos". Yo quería vivir así en la selva, en armonía con la naturaleza. Y una semana después teníamos infecciones, hubo que tomar antibiótico, las termitas se estaban comiendo la madera de la casa que íbamos a construir y nos tocó ir a Buena Ventura a comprar todos los venenos en existencia. Entonces, creo que el monstruo está acá adentro, lo tenemos todos y solamente lo descubrimos si se dan las circunstancias.

lo que en realidad hay detrás de su risa. Es como si me dijeran "de eso no se habla" y entonces me salieran, literalmente, letreros. Y estos letreros son los libros. Tengo la necesidad de poner por escrito lo que nos prohibieron decir, eso que está mal visto, callado por tanto tiempo.

En esta novela me encontré con algo importante y de lo que creo que no hemos hablado lo suficiente: la oscuridad de las mujeres. Estudié en un colegio de señoritas donde el modelo era la mujer perfecta. Era un colegio "feminista", entonces todas teníamos que ser excelentes profesionales, ambiciosas. Además, lo primero era la familia, entonces había que ser excelentes



©Joy Hester, *Two figures*, 1957. National Gallery of Australia

madres y además estar buenas y ser sexys y querer dárselo al marido todas las noches.

Y rubias.

Y tener pelo liso. No podías tener el pelo crespo. Tenías que alisarte, maquillarte y andar en tacones. Luego una vivía solo en el interior de una casa y veías que en la calle eso eran las mujeres, pero en las casas no. Ahí estaba la distancia, otra vez el payaso. Las revistas del corazón que mi mamá leía todo el tiempo jugaron un papel importante porque, no sé, la princesa Diana era nuestra princesa. Yo me levanté a las cuatro de la mañana a ver su boda, y luego salía en la tapa de las revistas maquillada perfecta, con las joyas de la corona, el vestido largo para ir a la fiesta. Ella era la mujer perfecta, ¿verdad? Cuando empecé a leer los ar-

tículos, resulta que su suegra la odiaba, el marido no la quería, era bulímica y le estaba poniendo los cachos al príncipe con el profesor de equitación.

Me preguntaba también cómo había sido para ti, ahora como madre, trazar a esa mala madre de la novela y su relación con la niña.

Una comprende cuando tiene un hijo que lo único necesario para él es la teta y la mamá. Por eso siempre vamos a ser huérfanos, porque la madre es una mujer además de madre y, por más entregada y maravillosa que sea, tiene una vida propia. Por lo tanto, el hijo siempre va a sentirse abandonado.

En una versión muy incipiente de *Los abismos* sentía que algo no funcionaba. No había dado con qué era hasta que la leí después de

dejarla descansar un tiempo. El problema fue que la mamá de Claudia era solo una mala madre. No se trataba de un personaje complejo y no entendíamos por qué era una mala madre, sino que solo la veíamos en esa faceta. Y yo me decía: "¿Por qué me pasó esto si sé cómo hacer personajes?". Lo que me ocurrió era que yo tenía un problema con la idea de la madre... Ni siquiera con la mía propia como madre, sino más con mi idea de mi mamá. No veía a mi mamá como una mujer. Mi mamá era solamente eso, y así la juzgaba. Además, fue súper iluminador que, cuando mi hijo tenía tres años, él pensaba que *mamá* y *mujer* eran sinónimos. Y yo, feminista, le decía escandalizada que no, y le expliqué hasta que lo entendió. Pero yo misma no había comprendido que esas dos palabras no eran sinónimos. Para mí, mi mamá solo era una mamá y no una mujer.

Los abismos fue una terapia personal en la que también me di permiso de ser no sé si una mala madre, pero sí una madre que no necesariamente siempre triunfa, sino que también se equivoca y que no importa lo que haga, va a fallar. Reconciliarme con esa idea de que no seré la mamá perfecta.

Un día la madre llega al cuarto de su hija y le dice que la princesa Grace se murió: "Iba en la carretera y en el abismo justo no frenó y se mató". La niña le pregunta por qué no frenó, a lo que la mamá contesta: "Bueno, no seas tan ingenua, la gente puede querer morirse". Para mí ese es uno de los momentos clave de la novela, porque desde entonces la niña teme que la madre se quiera morir y empieza a cuidarla. Ahí se invierten los papeles.

Claudia pertenece a mi generación, donde no fue fácil ser niña, porque la generación de

nuestros padres no se miraba al espejo, ni escarbaba para deconstruirse, ni le gustaba reconocer a su monstruo interior. Ellos venían de una crianza todavía más autoritaria. Nos podían decir cosas como "¿Estás llorando? Ahora te voy a pegar para que llores por algo de verdad". No era el tipo de padres que se agacha y dice: "¿Por qué estás llorando, mi amor? Ven, te consuelo", ellos no podían hacerlo. En la generación de niños a la que yo pertencí, nacidos en los setenta y los ochenta, muchas veces a los hijos nos tocó llevar emocionalmente los problemas de nuestros padres, porque ellos no se hacían cargo ni de los nuestros ni de los suyos. Crecimos muchas veces cargando a nuestros padres, y de ahí parte la soledad de Claudia.

Ese es otro punto en común entre Los abismos y La perra: que los matrimonios no son como nos los prometieron. Están agrietados, fragmentados, hay un abismo entre las personas, que se acostumbran a vivir con él al centro de su relación.

Recuerdo que cuando publiqué *La perra* me invitaron a varios clubs de lectura y fui a uno de mayores de sesenta años. Casi todas las asistentes eran mujeres y me decían que les encantaba cómo retraté el matrimonio. Luego me invitaron a otro club de veinteañeras. Había una embarazada, otra recién casada, otra que se iba a casar dentro de dos meses... y me decían: "Qué horror ese matrimonio", "Espero que el mío jamás sea así". Y yo: "Hablemos dentro de veinte años a ver cómo son". Me miraban con ojos de incredulidad. Y yo: "Bueno, así es el matrimonio, traigo malas noticias". Siempre traigo malas noticias en mis libros. **U**

LA FALTA DE VOLUNTAD ANTE “TODAS LAS CRISIS DEL MUNDO”

Eileen Truax

Un niño de tez morena camina por una vía del tren flanqueada por tiendas de campaña, mientras muerde un pedazo de pan. La imagen, según explica la portada del diario español ABC del 19 de marzo de 2016, se tomó en el campamento de refugiados de Idomeni, entre Grecia y Macedonia, que albergó a miles de desplazados por la guerra en Siria. El titular informa que la Unión Europea devolverá a Turquía a los refugiados que lleguen a Grecia, y se refiere a estos como “sin papeles”.

Seis años después, el 4 de marzo de 2022, el mismo diario vuelve a llevar en portada la foto de niños desplazados, en esta ocasión de Ucrania. La imagen, sin embargo, es diferente: los niños se encuentran dentro de un vagón de tren y se asoman por la ventana —el más grande usa anteojos; el otro, posiblemente una niña, lleva un suéter rosa; ambos son rubios—. Con la mano sobre el vidrio, el padre, afuera del tren, los despide. Los niños sonríen y colocan la mano en su lado del cristal. El titular, en este caso, anuncia que ha habido un alto al fuego “para permitir el éxodo del horror”, y habla de corredores humanitarios para la salida de las víctimas.

¿Cuál ha sido la diferencia entre el éxodo por la guerra en Siria iniciado en 2011 y el provocado por la invasión a Ucrania en 2022? Si nos centramos en las condiciones por las cuales han debido salir los desplazados, los dos casos son similares: personas que huyen de un conflicto bélico, con necesidades inmediatas de cobijo,

Angela abraza a Arsen, su nieto, afuera de su casa de acogida en Drochia, Moldavia, 2022. Fotografía de ©UN Women/Maxime Fossat. Flickr ▶



Todos pueden ser refugiados, pero ante los ojos de la sociedad occidental algunos merecen un refugio más digno que otros.

alimentación y otros servicios, que de acuerdo con los tratados internacionales tendrían que ser recibidos en otros países bajo la categoría de refugiados. Sin embargo, durante las primeras semanas de la invasión rusa a Ucrania, diversos medios de comunicación amplificaron un discurso que terminó por marcar una diferencia fundamental entre ambos éxodos:

—Perdón, es muy emocional para mí porque veo a gente europea, con ojos azules y pelo rubio, siendo asesinada todos los días —decía un corresponsal de la BBC.

—Este no es un lugar, con todo respeto, como Irak o Afganistán, donde se han visto conflictos por décadas. Este es un lugar relativamente civilizado y europeo [...] uno donde no esperas esto —explicaba compungido el corresponsal de CBS News.

—Una cosa es que se lance gas sarín a gente en la lejana Siria, que son musulmanes y de una cultura diferente, pero ¿qué hará Europa cuando esto se hace en suelo europeo, a personas europeas? —cuestionaba una presentadora de la cadena CNN.

Y entre exclamaciones de auténtica sorpresa y súbita indignación, entendimos que todos pueden ser refugiados, pero ante los ojos de la sociedad occidental algunos merecen un refugio más digno que otros.

El más reciente reporte del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), publicado en junio de 2022, indica que por primera vez el número de personas forzadas a huir de conflictos, violencia, violaciones de los derechos humanos y persecución ha

superado los cien millones, diez más que los noventa millones registrados en 2021. De estos, seis millones son resultado del éxodo ucraniano, una cifra similar al total de desplazados sirios a otro país en los últimos diez años. “La respuesta internacional a las personas que huyen de la guerra en Ucrania ha sido increíblemente positiva”, menciona el titular del ACNUR, Filippo Grandi, en el reporte, pero añade que “necesitamos una movilización similar en favor de todas las crisis en el mundo”.

“Todas las crisis del mundo” son, en términos generales, bastante similares. En América se registran algunos de los movimientos transfronterizos de personas más grandes del mundo, la mayoría de ellos resultado de múltiples crisis de derechos humanos: la prolongada inestabilidad económica y política en Venezuela, que también ha expulsado a seis millones de personas que buscan protección internacional —cifra equivalente al veinte por ciento de su población—; las persecuciones por motivos políticos en Nicaragua y Cuba; la crisis humanitaria en Haití, o la violencia sistemática en países como El Salvador, Honduras, Guatemala y algunas zonas de México, a la que además se suman las consecuencias de desastres naturales producto del cambio climático.

La respuesta que encontramos a esta necesidad de refugio es una serie de políticas restrictivas que con frecuencia violan los derechos humanos, y mediante las cuales se detiene a migrantes y refugiados en condiciones precarias, o bien se les devuelve de manera forzada sin respetar su derecho a la solicitud de protección. Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), en 2021 al menos 650 personas murieron en el intento de cruzar la frontera entre México y Estados Unidos, la cifra más alta desde 2014; en esta misma zona

se ha dado la devolución “en caliente” de casi un millón y medio de personas refugiadas y migrantes, incluyendo a menores de edad no acompañados, a quienes se les negó el derecho a presentar su petición de asilo. A eso se suma la militarización de las fronteras como una constante en varios países de la región, hecho sobre el cual alertó Amnistía Internacional en junio pasado, a propósito de la reunión de jefes de Estado en la IX Cumbre de las Américas.

En África la violencia en la zona del Sahel ha obligado a cerca de tres millones de personas a salir de la región, y los desplazados de África Oriental y el Cuerno de África terminan con

frecuencia en la ruta hacia las Islas Canarias u otras rutas en el Mediterráneo central y occidental, donde más de mil personas mueren cada año —aunque las organizaciones activistas aseguran que la cifra es aún mayor—. Quienes no mueren corren el riesgo de caer en redes de trata y otros abusos; aún así, un estudio de Naciones Unidas publicado en 2019 indica que nueve de cada diez africanos asentados en Europa que llegaron a través de rutas irregulares se volverían a arriesgar a hacer el viaje.

“Todas las crisis del mundo” siguen arrojando personas al exilio, pero los países que pueden recibirlos, y que aseguran que *voluntad sí hay, pero recursos no*, responden con medidas



Campo de refugiados de Idomeni, 2016. Fotografía de ©Mario Fornasari. Flickr

de seguridad, criminalización de la pobreza y estrategias para “gestionar” la migración.

Si la respuesta internacional a los desplazados ucranianos ha sido “increíblemente positiva”, como la describió el comisionado Grandi, esto se debe en gran medida a la intención, perfectamente calculada por parte de Europa, de evitar la instalación de campos de refugiados en las fronteras con Ucrania. Tan pronto empezaron a llegar los primeros grupos de personas que huían de la agresión rusa, los países colindantes —Polonia, Hungría, Rumanía, Moldavia y Eslovaquia— abrieron sus puertas a quienes acreditaban la procedencia de Ucrania, con excepción de las personas africanas, algunos de ellos estudiantes que vivían en las ciudades ucranianas bombardeadas, a los cuales les fue negada la entrada por no contar con un pasaporte europeo.

Para quienes sí lo tenían, en cuestión de días Polonia ya había elaborado programas de alojamiento en viviendas particulares. Eslovaquia ofrecía a los ucranianos recién llegados transporte gratuito y la posibilidad de trabajar en el país. Desde España, Alemania y Francia salieron caravanas de autos particulares, algunas organizadas por grupos civiles, para trasladar a los refugiados ucranianos a diversas partes de sus territorios y con ello evitar la instalación de campamentos. La atención humanitaria desplazada a la franja fronteriza se centró en atender necesidades inmediatas y ayudar a que el flujo de personas no se detuviera. Los últimos debates en la Unión Europea apuntaban a garantizar a los refugiados ucranianos el estatuto de protección temporal, permitiéndoles vivir y trabajar hasta tres años en algunos de los veintisiete Estados miembros.

Mientras esto ha ocurrido en tan solo semanas, la mayoría de los refugiados de Siria que se encuentran en otro país —mayormente en Turquía, que aloja a 3.7 millones— viven desde hace años en situación de pobreza, volviendo aún más vulnerables a las poblaciones que de por sí lo son, como los niños, las madres solteras y las personas con alguna discapacidad; una situación que fácilmente podría revertirse si, como ha ocurrido con los desplazados de Ucrania, se facilitara a los miembros de estas comunidades el acceso al mercado laboral, a servicios de salud preventiva y a la continuidad de estudio a niños y jóvenes.

La llegada de refugiados provenientes de Ucrania es todavía muy reciente y el balance de su acogida en Europa está por verse, pero resulta imposible evitar desde ahora las preguntas sobre el racismo, profundamente arraigado en las políticas migratorias europeas y del resto del mundo occidental ante las diferentes reacciones de los gobiernos nacionales y las élites de Estados Unidos y la Unión Europea. El caso de Ucrania ha puesto de manifiesto que cuando existe voluntad política y humanitaria, es posible echar por tierra el argumento de la falta de recursos y los riesgos de desestabilización que esgrimen los países cuando de acoger a cualquier otro se trata.

Una política migratoria que reconozca el derecho al refugio y al asilo, que integre a los desplazados para que sean miembros plenos de su sociedad, que obligue a los países y sus gobiernos a sentir como propio el agravio al vecino, empieza por la voluntad política. Sin ella, y sin importar el número de medidas humanitarias que los Estados pretendan implementar, todas las crisis del mundo continuarán siéndolo por largo tiempo. **U**

VIVIR COMO COYOTE EN EL ANTROPOCENO

María Jimena García Burgos y
Clementina Equihua Zamora

Durante milenios, los seres humanos hemos modificado los paisajes naturales para nuestro beneficio, causando así que el planeta pierda su biodiversidad. Ahora, sin embargo, la alteración y el deterioro suceden a un ritmo alarmante. Justo por eso Paul Crutzen llamó en 2000 a la era actual *Antropoceno*, y gracias al trabajo de Gerardo Ceballos y sus colaboradores, hay otros que reconocen nuestro tiempo como el de la *sexta extinción masiva*. Ambas posturas se relacionan con los grandes trastornos que hemos causado en los ecosistemas y con el desplazamiento de animales y plantas. Solo unas pocas especies han logrado adaptarse a nuevas formas de vivir y en particular es sorprendente verlas en zonas densamente pobladas por seres humanos.

Hoy, más de la mitad de la población humana vive en ciudades y, de acuerdo con el *Reporte Mundial de las Ciudades*, en 2030 la cifra aumentará a poco más del sesenta por ciento. Las zonas urbanas son inhóspitas para la vida silvestre. Por ejemplo, si fuésemos ardillas o ratones, tendríamos que atravesar, con el riesgo de ser atropellados, calles o avenidas para ir de un parque a otro a buscar alimento o refugio. Si fuéramos abejas o colibríes, nos resultaría muy difícil encontrar néctar en medio de grandes manchones de vegetación que no producen una sola flor que polinizar; y si fuésemos aves sería complicado escuchar el canto de una posible pareja debido al

Maurice y Edward Detmold, *Akela, the Lone Wolf*, 1903 © ▶



En ciudades de Estados Unidos y Canadá es común encontrarse con coyotes merodeando en callejones o en la basura.

ruido constante de los autos y de las máquinas en funcionamiento.¹ Aun con este panorama desolador, en la fauna silvestre existen casos sorprendentes de especies que no solo han logrado sobrevivir a estos cambios tan abruptos en sus hogares y hoy ya están completamente urbanizadas, sino que, además, han logrado expandir su área de distribución y aumentado su población. Este es el caso de los coyotes (*Canis latrans*).

Los coyotes, del náhuatl *coyotl*, son nativos de Norteamérica. En su monografía de 1977, Marc Bekoff explica que la distribución original de estos animales era Neártica, es decir, se ubicaban en la porción templada al norte de América: desde Alaska hasta las montañas de México. Sin embargo, pronostica que la especie se extenderá por el resto del continente.² James W. Hody y Roland Kays confirmaron esa expansión: para 2018 la distribución geográfica de los coyotes alcanzó Panamá, ampliando la distribución hacia el este y sur de América del Norte y Central. Anteriormente, lo único que les impedía llegar a Colombia era la selva impenetrable de la región del Darién. Sin embargo, en 2010 por primera vez en esa zona se registraron ejemplares mediante fototrampeo (cámaras accionadas por el movimiento de los animales). Al norte del continente también son novedad los reportes de coyotes en ecosistemas insulares de Estados Unidos, como Fishers Island y Long Island de

Nueva York, y las islas de Sanibel y Captiva en Florida.

EN MOVIMIENTO

En 2018 Hody y Kays analizaron el proceso de expansión de esta especie utilizando sistemas de información geográfica, fósiles, ejemplares de museos, informes y registros de agencias de manejo de vida silvestre de repositorios en línea.³ Obtuvieron dos mapas: uno con la distribución de los coyotes en el Holoceno, la era geológica que inició hace alrededor de once mil setecientos años, y otro con su área de distribución en intervalos de diez años desde 1900 hasta 2016. Con la información reunida concluyeron que el área de distribución histórica de los coyotes en América del Norte era más grande de lo que generalmente se había sugerido en la comunidad científica. En particular, el mapa de intervalos de diez años muestra cómo y cuándo los coyotes extendieron su área de distribución hacia hábitats boscosos.

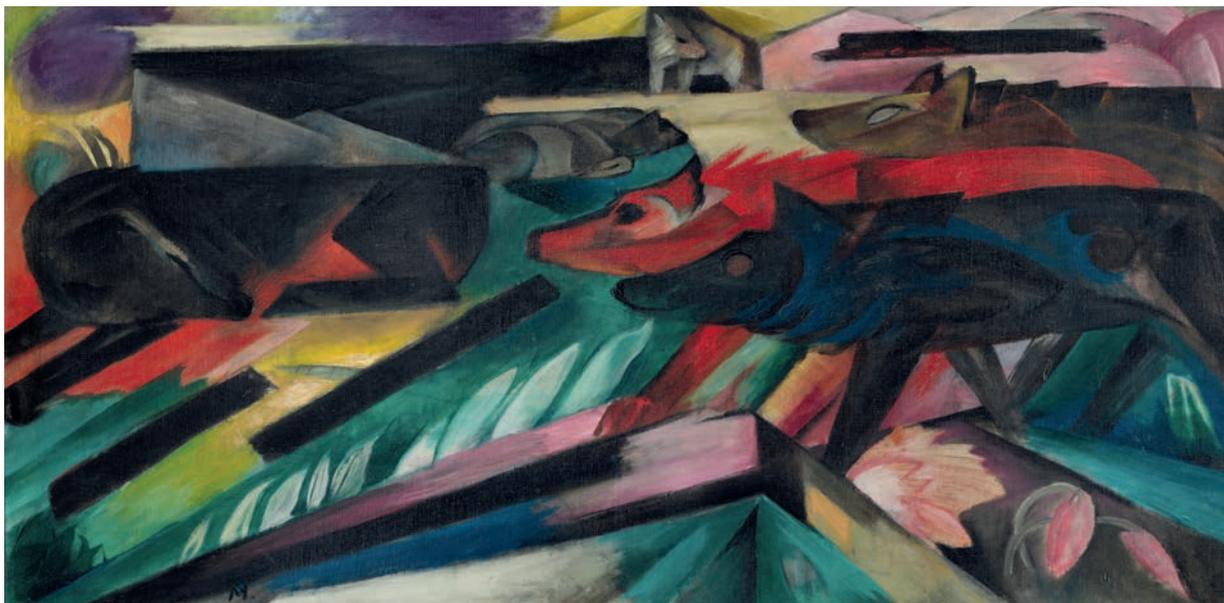
Por investigaciones y reportes de parques nacionales y fundaciones dedicadas a la conservación de la naturaleza se ha pensado que los coyotes llegaron nadando a las islas gracias a las mareas bajas de algunas temporadas. Aunque es posible que la fragmentación de bosques, la eliminación de carnívoros más grandes que ellos, la creación de caminos y depósitos de basura urbanos, así como su gran facilidad de adaptarse a casi cualquier lugar y de reproducirse con gran rapidez hayan impulsado la expansión de la especie por toda Norteamérica, es difícil comprobarlo.

El periodista Paul Rowley reporta que en las islas de Vashon y Maury, en Washington, ha au-

¹ Constantino Macías y Clementina Equihua, "Las aves urbanas en la ruidosa primavera", *Oikos*, septiembre de 2018, núm. 21, pp. 24-27.

² Marc Bekoff, "Canis latrans", *Mammalian Species*, junio de 1977, núm. 79, pp. 1-9.

³ James W. Hody y Roland Kays, "Mapping the Expansion of Coyotes (*Canis latrans*) across North and Central America", *Zookeys*, núm. 759, pp. 81-97.



Franz Marc, *Los lobos (Guerra de los Balcanes)*, 1913. ©

mentado el número de coyotes, lo cual se sabe porque la gente comenta en las redes sociales haberlos visto nadar. Para entender la dinámica, personal del *Carnivore Spotter* en colaboración con investigadores del Woodland Park Zoo y de la Universidad de Seattle, han catalogado los avistamientos de los residentes y han recolectado muestras de excrementos para aislar el ADN de los animales que ya habitan la isla. El objetivo es saber la identidad de los ejemplares y saber más del crecimiento de su población. Esta metodología también les ayuda a tener herramientas para inferir de qué área provienen los coyotes y cuál es su relación familiar con sus congéneres de la región, incluyendo la parte continental.

HABITANTES DE LAS CIUDADES

En ciudades de Estados Unidos y Canadá es común encontrarse con coyotes merodeando en callejones o en la basura. De hecho, algunas estadísticas indican que no es un solo individuo el que se ve de vez en cuando, sino que pueden ser más. Por ejemplo, en *The Bridge* se dice que, según reportes en la ciudad de Toron-

to, el número de avistamientos aumentó de 798 en 2017 a mil 257 en 2019. En una publicación de enero de 2020 la periodista Lauren O'Neil explicó que el personal de servicios de animales de la ciudad de Toronto también ha detectado este aumento.⁴ Los coyotes se acercan a las casas porque la gente deja comida a su alcance o incluso se la ofrece. Su presencia dentro de las ciudades implica conflictos potenciales, por eso en algunas áreas verdes incluso hay letreros que recomiendan no alimentarlos ni acercarse a ellos.

En realidad, los ataques de coyotes a humanos son poco comunes, aunque llegan a suceder. Según científicos del proyecto *Cook County Coyote*, la actividad de estos animales es mayor durante la noche, cuando hay menos personas alrededor; así evaden espacial y temporalmente a los humanos, algo que tienen en común con muchas otras especies que coexisten con nosotros.

⁴ Lauren O'Neil, "Here's Why Coyote Sightings Have Spiked in Toronto Recently", *BlogTO*, 8 de enero de 2020. Disponible en <https://bit.ly/3Gulyxy>

Un grupo de investigadores de la Universidad de Ohio confirmó esta idea cuando observó que los coyotes han disminuido su actividad durante el día en las áreas urbanas en donde hay más gente.⁵ Por otra parte, parecen preferir zonas de las ciudades con vegetación boscosa y arbustiva, donde puedan encontrar refugio lejos de las personas. La evidencia muestra que estos animales realmente no buscan conflicto con nosotros, simplemente tratan de adaptarse al nuevo hábitat que hemos modificado.⁶

El Dr. Ryan Orgera, director ejecutivo de *Sanibel-Captive Conservation Foundation*, sugiere que la manera de reducir el riesgo de situaciones de conflicto entre coyotes y humanos es utilizando correas para pasear a nuestras mascotas, especialmente si es de noche. Además, recomienda que, si el simple hecho de ver a un animal de estos incomoda, es fácil espantarlo gritando y agitando los brazos para que huya. Pero sobre todo, señala, nunca se debe alimentar a un coyote. Stewart Breck y colaboradores apuntan que los coyotes urbanos son más audaces y exploradores que los rurales. Posiblemente esto se deba a la forma en que las personas los tratan; es decir, la gente los persigue en zonas rurales y en las áreas urbanas rara vez los ahuyentan y, además, les ofrecen comida, lo que representa una recompensa positiva que los acerca a lugares más poblados.

En el portal *Naturalista* de CONABIO hay muchos reportes de coyotes en carreteras de Mé-

xico e incluso en áreas urbanas como Zapopan, Jalisco, y seguramente no pasará mucho tiempo antes de que la gente empiece a ver más coyotes en otras ciudades. Es por ello que estamos a tiempo de pensar en nuestra responsabilidad y reflexionar sobre nuestra relación como especie con la vida silvestre en entornos urbanos. Una respuesta útil sería contar con políticas públicas que fomenten la convivencia respetuosa. La estrategia no es eliminar a los animales, sino ser conscientes de que las poblaciones humanas se expanden invadiendo los entornos naturales y que las especies más adaptables aprovecharán la comida y los desechos que dejamos a nuestro alrededor.

En el mundo ya hay ciudades que están cambiando de perspectiva y han logrado colocar a la naturaleza en el centro de su diseño, creando espacios donde la flora, la fauna y los humanos coexisten pacíficamente. En Singapur, por ejemplo, se ha buscado preservar la biodiversidad remanente dentro del paisaje urbanizado por medio de la restauración de hábitats y corredores con vegetación específica para facilitar el movimiento de los animales; además, se asegura el saneamiento de vías fluviales. Gran parte de la vida silvestre que vive en Singapur está en los bosques urbanos y parece ser que las especies que se han adaptado a esos espacios no tienen problema en compartirlos con los humanos. En México animales como los osos y los cacomixtles también merodean por las ciudades. Ante un escenario mundial de destrucción de la naturaleza, pensamos que las urbes del futuro, ahora reconocidos hábitats de ratas, gatos y perros, pueden albergar una mayor diversidad biológica. Quizá los coyotes sean nuestros próximos vecinos. **U**

⁵ Stanley D. Gehrt y Max McGraw Wildlife Foundation, "Ecology of Coyotes in Urban Landscapes", *Wildlife Damage Management Conferences. Proceedings*. 63, 2007. Disponible en <https://bit.ly/3x1Z70N>

⁶ Stewart W. Breck, Sharon A. Poessel *et al.*, "The Intrepid Urban Coyote: A Comparison of Bold and Exploratory Behavior in Coyotes from Urban and Rural Environments", *Scientific Reports*, 2019, vol. 9, núm. 1, pp. 1-11

ALGO SOBRE VIOLENCIA

Sara Bertrand

Siento una fascinación rayando en fanatismo por Frances McDormand. Y no es porque sea esa mujer que actuó en overol en la magnífica película *Tres anuncios por un crimen* (que también), ni porque haya optado por no hacerse las tetas o rellenarse la cara con gel o vitaminas y luzca sus arrugas recordándonos que las estrellas de Hollywood son un signo que no define cuerpos, ¿sabes? Porque comprar un poco de juventud a punta de cirugías, finalmente, deja esa sensación de haber alcanzado algo que no te pertenece, algo que te llena de vergüenza cuando, por ejemplo, hinchas de tal manera pómulos o labios que la cara que muestras no es ese rostro que reconociste propio cuando dijiste, "soy yo", sino un fantasma que sobrevive en la trastienda.

Pero no es eso, insisto, aunque también. Lo que me fascina es su capacidad de representar la violencia. Ni que hubiese nacido en Latinoamérica o conociera de cerca sus ciudades, barrios y esa intimidad puertas adentro que construye un lenguaje que va legitimando el golpe, la bofetada, aunque sabemos que es peor, ¿no? Si solo fueran cachetadas, quizás nos reiríamos de los peces de colores, pero nadie ríe, porque la violencia anclada en el lenguaje tiene un correlato en la violencia material. Te pego, te muerdo, te arranco un pedazo de piel y "toma tu cagada de hijo", y así, se va patentando la violencia que reproduce el hijo puertas afueras cuando levanta el teatro de Freud y distribuye la herida: el maltrato del padre,

©Colectivo Hostil, *Manifestación*, 2008. Flickr ▶



Las amigas hablan de la lucha feminista, [...] pero nadie dice qué hacer con el tío que le cagó la vida.

el abandono de la madre, los abusos del tío buena onda que llega los fines de semana y nadie, excepto los padres (quizás) reciben con buena cara. La hija intenta colarse en casa de las amigas, porque el tío le mete mano cuando está viendo televisión o durmiendo en su cama, ¿sabes? Aprendió. Tranca la puerta, no quiere morir, no con una de esas muertes de las que ha escuchado y pasan, no sabe si tan seguido, pero pasan y puede recordar a la amiga de la prima que quedó embarazada después de la violación y nadie le creyó en casa, porque no es una mera pesadilla, no hay modo de intervenir, sumergirse en el sueño para torcer las piezas, no, no, son hechos puestos sobre una mesa, no hay manera de corregir, tampoco de argumentar, a la chica nadie le cree, la tratan de puta, ¿ves? Porque es culpable, punto. Así es que muere de esa muerte que le propina la familia, "zorra de mierda, calentando el culo de la parentela" y le pegan, claro que le pegan. La insultan y le pegan hasta que muere y cuando no muere, realmente desea haber muerto, porque anhela tanto esa gracia que le ha sido esquiva. Las amigas hablan de la lucha feminista, del matriarcado, pero nadie dice qué hacer con el tío que le cagó la vida, ¿verdad? Callan. Es el silencio lo que la mata, un mutismo que es pura violencia, porque no hay pausa adentro, en su diálogo interior sobra el ruido día y noche, sobre todo, un grito que ha guardado en el bolsillo. Cualquiera día lo lanza tirándose sobre las líneas del metro o desde el edificio más alto de la ciudad y nada sucede, ¿ves? Otro número para ahondar la miseria de las cifras.

¿Y qué hay del chico? Tampoco las tiene fácil, aprende el arte del matonaje y su frustración se revela rápidamente en un canal de ra-

bias múltiples, se convierte en ese desastre que decían que iba a ser desde el día uno, ¿te suena? Claro que sí, nadie esperaba otra cosa que lo que él mismo representa: un fracaso familiar, social, un desastre de pendejo que fue a meterle bala a una pobre anciana y todo por robar un par de pilchas, ¿lo escuchaste? Ahora lo van a secar en la cárcel, "que aprenda de una vez el malparido". Pero allá adentro no existe aprendizaje posible, excepto nuevas formas de disfrazar sus inseguridades y abandonos. Y se decide por la calle, gana fama de macho duro, le temen, se hace de su propia leyenda. Tiene una automática, dicen. Esa que le permite cierta impunidad a la hora de moverse como culebra por las calles de su ciudad, ¡pff!, se las conoce por libro, también los vericuetos legales, toda esa farsa de fiscales y abogados defensores. Nadie le ha preguntado por sus propios miedos, que los tiene, pero ya es tarde cuando cae la duda, no vale la pena el esfuerzo siquiera, porque su resentimiento es energía que moviliza y mata, ¿y qué? ¿Alguien se pregunta por la edad en que mueren los chicos de barrios marginales? ¿Alguien hace algo por esa fantasía que dona el negocio de la droga y que es tan tentadora por su dinero fácil y su *bling-bling*? Los ves en las calles, casi parece que lo han logrado, aunque el horror corra por sus venas, porque los tratos con el diablo se pagan caro, tú sabes, cuando no matas, mueres.

Pero hay algo oscuramente democrático en la violencia latinoamericana y es que se reparte por igual, estés en donde estés, seas de la clase que seas, tarde o temprano, te encuentra. Lo sabes, lo temes, ¿verdad? Porque nadie está a salvo, cuando no es violencia física, es verbal y cuando no es verbal es sistémica. Y así en un hilo infinito, un día te descubres en una calle presa de un terror fundado: la policía re-

prime una manifestación y debes correr a lo que den tus piernas. Corres por tu vida, literal. Las fuerzas armadas y del orden son fuerzas de uso indiscriminado de la violencia, lo sabes. Escuchaste lo que pasó en Chile, lo que sucede en Colombia, Brasil, en México, ¿sigo? Saltas y gritas y pierdes un ojo o los dientes o un brazo o la vida. Puedes quedar atrapado en un callejón y te muelen a patadas y ¿qué estabas haciendo? Bailando, gritando, saltando. Da igual, podrías haber estado robando, pegando, haciendo daño; da igual, querías desquitarte contra ese rancio monumento del prócer de tu patria, da igual, te muelen a patadas por las dudas. Así es que la calle, finalmente, deja de ser ese circuito urbano que se te antoja paradisiaco en otros lugares. La calle, amiga, es ese cruce de peatones, violencias y frustraciones. De miedos, sobre todo eso, porque no es posible manifestarte sin correr riesgos.

La violencia como lenguaje, como expresión de deseo, impuesta como sistema, como lucha política, la violencia que vives a diario, la que hace de piedra en tu zapato, la que corre sibilina trepando muros, conversaciones, ganas, por todos lados, imbricada en un sinfín de relaciones, algunas veces amparada por ley, otras, corriendo con colores propios. Y llegado a este punto convendría citar a Žižek cuando dice que:

deberíamos aprender a distanciarnos, apartarnos del señuelo fascinante de esa violencia "subjetiva", directamente visible, practicada por un agente que podemos identificar al instante. Necesitamos percibir los contornos del trasfondo que generan tales arrebatos. Distanciarnos nos permitirá identificar una violencia que sostenga nuestra lucha contra ella y promover la tolerancia.



Stanley William Hayter, *Victime*, 1943-1946. ©Smithsonian American Art Museum

Eso me raya de la McDormand, que no se detiene en el instante únicamente, sus actuaciones, la mayoría de las veces, están dirigidas a dialogar sobre una violencia sutil, casi transparente, ¿no? Esa que te parte el corazón cuando descubres al grupo de jubilados de *Nomadland*. Entonces te la piensas, no es solamente el garrote, el arma, el insulto, la palabra soez, las jubilaciones de miseria, la educación que no alcanza, el dinero siempre ausente o el *fucking* sistema, es algo rancio que recorre carreteras y cañerías y se cuele hasta tu casa. Un modo de hacer, resolver, una manera de pensar, un lenguaje validado desde múltiples espacios. Vuelvo sobre Žižek cuando dice:

la violencia sistémica es algo como la famosa "materia oscura" de la física, la contraparte de una (en exceso) visible violencia subjetiva. Puede ser invisible, pero debe tomarse en cuenta si uno quiere aclarar lo que de otra manera parecen ser explosiones "irracionales" de violencia subjetiva.

Porque es fácil culpar lo evidente. Decir, por ejemplo, el "sistema", como si ese sistema se manejara solo y no estuviese amparado por todos nosotros, como si fuese tierra de nadie o de unos poderosos ridículamente sencillos de señalar, cuando lo difícil, sobre todo en las circunstancias actuales, es ir en sentido contrario y preguntarte, ¿qué estás haciendo tú por ser más tolerante?

Partir preguntando, por ejemplo, cómo reconciliar la violencia que se escribió el día uno, el día uno de los conquistadores, está claro, los que llegaron en barcos, una hazaña gigantesca la de hacerse de un "nuevo" mundo. Incendiaron casas, construyeron otras, anularon un orden e impusieron otro, de paso, borraron tu

imagen, tu lengua, tu propia forma de apropiación del paisaje. El relato es conocido, sin embargo, a la hora de mirarnos, rara vez nombremos esa violencia que nos quebró los huesos. Y entonces, ¿cómo se negocian las narrativas históricas? Si nos planteamos la posibilidad de reescribir la nuestra tomando en cuenta las diferencias, todas ellas, razas, culturas, cosmogonías, creencias, relación con el mundo animal y natural, ¿cómo comenzamos sin apropiarnos de una historia que hoy mismo desconocemos? ¿Somos conscientes de la distancia que separa, por ejemplo, el relato de una mujer occidentalizada por ese proceso colonizador que comenzó hace ya doscientos años y una mujer quizás esclava, quizás indígena, quizás negra, a quien esa misma narrativa anuló y dio por inexistente en cuanto ciudadana, sujeto de derechos? No es banal que nos preguntemos esto cuando América Latina cruje por todas partes.

Detengámonos a pensar, porque las problemáticas poscoloniales que nos convocan tienen mucho que ver con los que se ubican al margen y fueron despojados de derechos, ¿cómo reunir estos relatos?, ¿en qué punto se separan? Pongamos como ejemplo en la lengua, algo tan básico y que se nos ofrece de manera natural al nacer, mientras construimos sociedad, de qué manera rotunda nos ubica en universos tan distintos. Énfasis, cadencias, palabras, puntos de quiebre, ¿cómo puedo leerte si desconozco la complejidad de sus alteraciones? Para nosotros, nosotros, ciudadanos de este continente, ha llegado el momento de intentar al menos responder estas cuestiones, de lo contrario, esa violencia imbricada terminará por engullirnos por completo. **U**

Una versión de este texto fue publicada en *Cuadernos Emilia*, de Brasil.

JOHN BULWER, EL QUIRÓSOFO

Ainhoa Suárez Gómez

En la historia de la lengua de señas predominan los nombres franceses y estadounidenses. Gran parte de los referentes galos pertenecen a la "Ilustración sorda", que de 1760 a 1880 se caracterizó por un rico debate pedagógico sobre los métodos educativos de esta comunidad. El otro gran hito sucedió en 1960 del otro lado del Atlántico, en Estados Unidos, cuando se reconoció oficialmente a la seña como una lengua natural, completa y autónoma. Fuera de estos dos momentos históricos existen figuras cuyas obras han permanecido en los márgenes de la gran narrativa. Ese es el caso de John Bulwer.

Se sabe poco de su vida. Nació en Londres en 1606 y ahí mismo murió cincuenta años después. Hijo de un boticario, heredó el negocio familiar, en el cual trabajó durante algún tiempo. Hay quien dice que alrededor de 1620 fue un estudiante no matriculado en la Universidad de Oxford, y que tuvo una esposa y una hija adoptada, Chirothea Johnson, quien era sorda. Se especula que su nombre remite a la palabra griega para mano (*kheir*) y fue usado para describir a una persona que hace señas con las manos. La conjetura sobre el nombre de Chirothea no es nimia y nos invita a sumergirnos en el trabajo intelectual de su padre, prolijo en comparación con las escasas notas biográficas que nos han llegado sobre él.

Bulwer es el creador de lo que él mismo denomina como una "filosofía corporal", cuyo objetivo es demostrar que los sistemas de signos producidos por el cuer-



William Faithorne el Viejo,
Retrato de John Bulwer, 1653. Wellcome Collection © ▶

po en movimiento son un medio de expresión humana a la par —y en ocasiones mejor— que el que usa la voz como vía. El autodenominado *quirósófo* (*chiroopher*, en inglés), estudió el movimiento corporal expresivo. A lo largo de varios tratados desarrolló una innovadora e inclusiva teoría sobre los gestos y el sistema comunicativo de las personas sordas que le permitió sentar las bases de la primera escuela para esta comunidad en Europa. Sin embargo, fue casi un siglo después que dichas escuelas, productos de la visión pionera de Bulwer, se materializaron y se volvieron toda una institución por

primera vez en Francia, bajo la dirección de Charles-Michel de l'Épée.

La propuesta de Bulwer destaca por la distancia crítica que toma con respecto a la cosmovisión de su época, que juzgaba la comunicación verbal como un signo natural de la inteligencia humana y, por tanto, consideraba como seres inferiores, incultos, anormales o enfermos a quienes fueran incapaces de comunicarse por este medio. Esta idea parte de un planteamiento añejo incluso para el siglo XVII, presente en textos clásicos de la cultura occidental, como la *Política* de Aristóteles, don-



Ilustración de *Chirologia, or The Natural Language of the Hand*, 1644. Folger Digital Image Collection ©

Todo discurso está invariablemente unido a la motricidad: hablar no es otra cosa que combinar ciertos movimientos de la boca, la lengua y los labios.

de se esgrime la famosa fórmula *zoon logón échon* para definir al ser humano: una frase que remite a un “animal racional” pero que, al pie de la letra, nombra a un animal hablante.¹ La *phoné*, y más concretamente la *phoné semantiké*, como especifica Aristóteles, remite a una voz que puede ser escuchada y simultáneamente comprendida. Esa función intelectual está presente en los seres humanos, pero no en el resto de los seres vivos, entre los cuales hay algunos que pueden emitir sonidos mas no palabras que representen ideas. Según Aristóteles, este es el caso de los animales, las personas sordas y las niñas y niños —de ahí la palabra *infante*: *in*-(sin) y *-phoné* (voz)—, para quienes es imposible articular un habla. Bulwer, contrario a este planteamiento, defiende que las personas sordas son intelectualmente tan capaces como las oyentes, pues para él la sordera no es una privación, sino una variación natural que, si se logra comprender, puede enriquecer la vida tanto de señantes como de oyentes.

Esta idea aparece en su primer libro, *Quirología o el lenguaje natural de la mano* (1644), donde a partir de una analogía entre la voz y la mano describe a la última como un medio útil para “presentar las facultades significantes del alma y el discurso interior de la razón”, una especie de “lengua otra, que podemos llamar portavoz del cuerpo”. Para probar esta tesis, Bulwer remite al caso de las personas sordas, a quienes considera seres aptos para argumentar retóricamente con gran “elocuencia muda” a través de sus señas.² El ejemplo le sirve al quirósofo para afirmar que no hay ninguna “ley

nativa” ni “necesidad absoluta” que determinen que los pensamientos deban comunicarse a través de palabras, pues mediante una observación minuciosa comprobó que entre la comunidad sorda hay un sentido de “justicia, compañerismo, buena voluntad y afecto... capaz de expresar su deseo de honor, generosidad, sagacidad industriosa, coraje, magnanimidad, su amor y temor”. Sus gestos, concluye, “comunican sus pensamientos”.³

Para Bulwer, la seña y la voz son comparables en sus rangos expresivos, pero gozan de una aceptación diferenciada en los ámbitos de la cultura y el derecho, lo cual debe remediarse. Una de las vías para mitigar esta disparidad es su trabajo iconográfico. Sus ilustraciones registran diversas señas empleadas por la comunidad sorda, a las que les atribuye un significado, formando así alfabetos manuales del lenguaje corporal. Su investigación, estética y conceptualmente rica, hoy es considerada la primera proto-descripción de la Lengua de Señas Británicas (LSB), que no comenzaría a documentarse de manera sistemática hasta dos siglos después.

En los años posteriores a la publicación de *Quirología*, Bulwer conoció a los hermanos sordos Edward y William Gostwick, quienes le permitieron confirmar y ampliar sus investigaciones en *Philocophus, o el amigo del sordomudo* (1648). En este tratado afirma que la lengua que los Gostwick usan debe analizarse para dar razón de los diversos “dialectos corporales” y las “etimologías musculares”, y así

¹ Adriana Cavarero, *For More Than One Voice. Toward a Philosophy of Vocal Expression*, Paul A. Kottman (trad.), Stanford University Press, Stanford, 2005, p. 34.

² John Bulwer, *Chirologia, or, The Naturall Language of the Hand*, T. Harper, Londres, 1644, p. 5 (La traducción de las citas de Bulwer fue realizada por la autora del texto).

³ *Ibid.*, pp. 6-7.

comprobar una tesis ya expuesta: a pesar de que las personas sordas no expresen sus “mentees en esos verbosos artificios de la invención humana”, eso no significa que “no quieran hablar”, puesto que para hacerlo tienen el “cuerpo entero como lengua” y con ello son portadoras de un lenguaje tan complejo como el de la voz.⁴ Esta apreciación lleva a Bulwer a estipular que todo discurso está invariablemente unido a la motricidad: hablar no es otra cosa que combinar ciertos movimientos de la boca, la lengua y los labios. Por ello, en casos como el de las personas sordas no es necesario tener una voz, pero sí cierto movimiento. La elocución, nos dice, también puede materializarse a través del silencio. Así, en pleno siglo XVII, el quirósofo ofrece una interpretación que, más allá del enfoque patológico típico de su época, acepta la sordera como una variación natural del cuerpo humano, adelantándose a lo que ahora llamamos *biodiversidad* o *diversidad lingüística*.⁵

Bulwer no solo teoriza sobre la situación de las personas sordas, sino que también ofrece herramientas prácticas para favorecer su desarrollo. Una de ellas es el llamado arte de la “audición ocular”, a través del cual es posible entrenar la mirada para percibir el movimiento del cuerpo de quien habla y comprender lo dicho sin necesidad de escuchar lo pronunciado. El reconocimiento de la dimensión motora del habla oral lleva a Bulwer a afirmar que los sentidos del cuerpo son interdependientes y compensatorios, es decir, que pueden ayudarse mutuamente, y por ello la naturaleza humana es capaz de “reparar una falta”, ya que “lo

que quita en algunos de los sentidos, lo permite, y lo recompensa en el resto”.⁶

El plan educativo de Bulwer pretende mejorar la posición de las personas sordas en diferentes ámbitos, principalmente en el legal, permitiéndoles así una mayor integración social. El quirósofo explica que la supuesta ausencia de lenguaje atribuida a esta comunidad impulsó una serie de medidas legales en los tribunales civiles, donde solían declararse nulas sus capacidades y dictar embargos de bienes y restricciones de privilegios a individuos que ante la corte deberían tener una condición libre y ser juzgados en igualdad de derechos a las personas oyentes.⁷ Para Bulwer era posible erradicar este tipo de discriminación y violencia de derechos a través del estudio de las lenguas de señas.

Tras su muerte en 1656, sus tratados circularon en Inglaterra sin mucha resonancia. En las grandes narrativas sobre el desarrollo y reconocimiento de la seña, su figura ha quedado eclipsada por la de John Wallis (1616-1703) en el contexto inglés, o Pierre Desloges (1747-1792) y Roch-Ambroise Auguste Bébien (1789-1839) en el ámbito francés. Hoy podemos reivindicar la propuesta bulweriana reconociendo su visión pionera, orientada a una comprensión inclusiva de formas de comunicación distintas a las orales. Su interpretación de la sordera, ajena al enfoque patológico, lo acerca a teorías contemporáneas que abogan por referirse a una “ganancia de sordera” (*deaf gain*, en inglés) en contraposición a una “pérdida de la audición” para invertir el enfoque negativo de esta característica física. **U**

⁴ John Bulwer, *Philocophus; or, The Deafe and Dumbe Man's Friend*, Humphrey Moseley, Londres, 1648, A4.

⁵ Elizabeth B. Bearden, *Monstrous Kinds. Body, Space, and Narrative in Renaissance Representations of Disability*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2019, p. 88.

⁶ Bulwer, *op. cit.*, p. 171.

⁷ *Ibid.*, p. 103.

REVERSO DEL DÍA DE LA SANTA CRUZ

Jesús Pérez Caballero

Temoc Netzahualcóyotl trabajó, a los dieciocho años, en un desarrollo inmobiliario. Era 2006. Se trataba de construir un condominio privado, ya vendido, para vacacionar en departamentos de lujo. En Sonora, donde organizamos una residencia artística en 2017 me habló de esa vez en Puerto Peñasco, ubicado al noroeste del estado. Él ahora dibuja cabezas y cuerpos de animales y cacerías; tiene una hija.

Cuando lo jalaron, Temoc sabía soldar con estaño y usar el soplete de hidrógeno o de gas, pero desconocía cómo soldar con plata. Aprendió sobre la marcha. Tampoco sabía nada del lugar más que sería *spring break*, nubes de gringos y Mar de Cortés.

Tomó un avión de Guadalajara a Hermosillo, junto a dos compas tapatíos y su Reclutador, un obrero de sesenta años. De ahí, un taxi a la central camionera. Al llegar los esperaba un ingeniero. Alto, canoso, piel escarlata "color langosta", lentes baratas, "pero de ropa no clase-mediera". Los condujo al hotel, donde compartirían recámara. Los cuatro convivieron un año, hasta perder el pudor cotidiano. Por ejemplo, el Reclutador absorbía la comida y la masticaba con sus dos únicos dientes en treinta segundos:

—Estaba consumido. Por mucho que comiera, la parte de los hombros al codo la tenía chupada, como pegada al hueso; igual el pecho: plano como una tabla. Se llamaba a sí mismo *Popeye*. Además, parecía que se le iba a salir la columna por detrás, como si tuviera una aleta en la

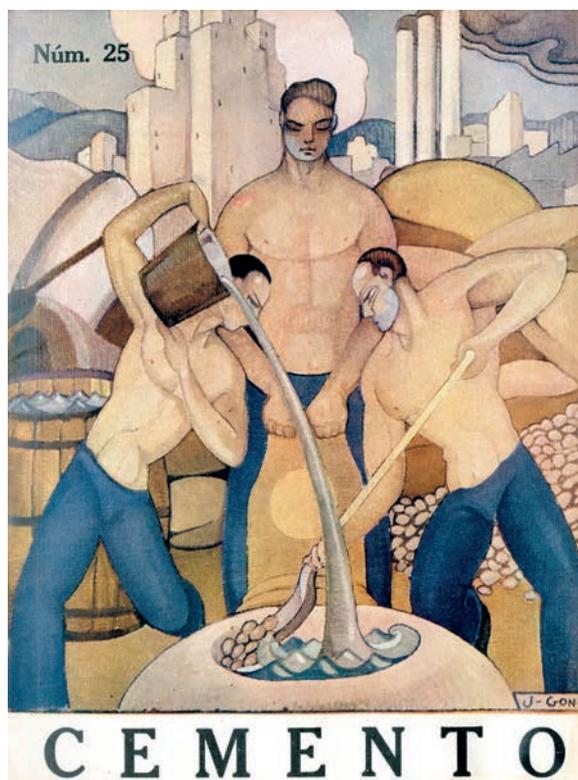
Puerto Peñasco, 2015 (detalle).
Fotografía de ©Trevor Huxham. Flickr ▶



espalda. El problema se le agravó chambeando y lo hacía estar siempre inclinado.

Me hago una idea de este reclutador partido en diagonal que, físicamente, evoca la figura de un 4. Por lo que Temoc sigue contando, el Reclutador tenía alma de ave caída de periquera, pero todavía y siempre, ojos rapaces, de avizor incansable. Generoso al llevar a un desarrollo, con buena paga, a adolescentes algo inexpertos... Pero sugiriendo, con vaivén traicionero, de revoloteo de murciélago, que le regalasen el diezmo del sueldo.

En el hotel apenas se alojaban ellos y las prostitutas que rondaban un congal. De este, a Temoc se le grabó un cartel con un anuncio



Jorge González Camarena, *Revolviendo el concreto*, en portada de *Cemento*, núm. 25, 1928. Archivo Activo-Raíces digital UNAM

de Tecate. En lo rojo leyó el nombre del bar: *Los Trees*. En lo blanco vio un árbol negro. En el congal, mesas y sillas blancas, de plástico y el logo de Corona, descolorido. Tubo de teibolera, suelo de tierra, apretadísimos los clientes —espalda con espalda—, olores a orina.

De lunes a sábado el Ingeniero los recogía en una pícop dorada. Manejaban veinte minutos a la obra, por una avenida recta, con nada alrededor. Temoc ganaba tres mil quinientos pesos semanales. Los domingos, a las 7 a.m., el Ingeniero y el Reclutador asistían a misa. Luego Temoc supo que se habían conocido en Alcohólicos Anónimos. De lo que no pudo desengancharse el Reclutador era del café:

—Tomaba cada noche un par de litros ante la tele, con un putero de azúcar, como mosca. Dejaba los vasos de unigel en el suelo y se lamentaba: “¡Olvidé otra vez comprar popotes!”

El primer día de chamba, el Ingeniero los llevó a uno de los dos comedores:

—A ustedes les toca este y aquí se quedarán siempre. No quiero tener que repetírselos.

En una barra, las meseras servían lo básico, huevos con algo, pan, avena, café. El Ingeniero ordenaba:

—A ellos les dan de comer lo que quieran y lo apuntan en mi cuenta.

La principal tarea de Temoc era soldar tubos de cobre que conectasen el aljibe con el cuarto de máquinas. El material estaba contado. Si iban a utilizar cuarenta bridas y en la bodega había 43, debían dar cuenta de lo usado de más. ¿Qué es una brida? Una especie de anillo al final de un tubo que permite vincularlo con otras partes de la canalización. “Pon una junta en esa brida y acopla los dos tubos”, según el *Diccionario Oxford Español*.

Serían unos mil trabajadores. “La torre de Babel de los cholos y, casi todos, pochos”, recuer-

da Temoc. ¿Exagera? Fue la impresión que aún le perdura. “Chómpiras”, por ejemplo: tapatío, treintañero, pelón. Tatuajes en cráneo, brazos y pectorales; camisa de resaque blanca, interior y de manga larga, encima una de cuadros; pantalones “pata de elefante” y tenis Nike. Siempre de cuclillas: si tenía que comer, se subía a la silla y comía de cuclillas; si estaba cansado de trabajar, descansaba de cuclillas. Hasta Temoc lo vio amenazar de cuclillas a un bato:

Temoc, por chamba atravesada, permaneció en el cuarto de máquinas. Enclaustrado, escuchó la batalla campal. Se agarraban a polines.

—Soy de Santa Cecilia. ¿Usted de qué parte?

Como no había pleito con ser de la colonia Villa Guerrero, Chómpiras le dio la mano a Temoc y le explicó que había huido de EE. UU. Era fierrero:

—Quienes empiezan a armar los castillos para aventar las columnas. Son batos bien duros, construyen sobre la nada. Se amarran y van subiendo fierros, y es normal que estén orgullosos—. Chómpiras ni se amarraba, decía que el arnés le estorbaba y, en el fondo, era inútil: “Si Dios ordena ¡arriba!, subo. Si Dios ordena ¡abajo!, yo bajo”.

Cada tres de mayo es el día de la Santa Cruz, tradicionalmente asociado a la fertilidad y, entre campesinos, a lluvia y cosechas. En la explanada se celebraba la festividad del albañil —¿quién no ha visto, en fachadas de casas en obra negra o gris, una cruz protectora, improvisada de cemento, madera, fierros?—. Aun así, Temoc, por chamba atravesada, permaneció en el cuarto de máquinas. Enclaustrado, escuchó la batalla campal. Se agarraban a polines: “trozos de madera para aventar el colado: ti-

ras el concreto para que se solidifique y quitas los polines, que funcionan como columnas”. Oyó que con uno, alguien —le pareció identificar a Chómpiras— golpeaba a un desgraciado. Tras aplastarle el cráneo, huyó.

En la construcción del desarrollo —¿no parece un Instituto Benjamita de vidas entrechocadas, como bolas de billar?— también trabajaba un tal Michoacano. De joven, vagó por EE. UU. Ahora, orbitaba por la frontera: “se mantenía en forma de penal en pe-

nal”, supo Temoc. Sus virtudes no terminarían ahí: “quien se cría en penales, se vuelve súper aseado”, se jactaba. Cierto para él: al entrar y al salir de las entrañas del cuarto de máquinas, donde instalaba tuberías de PVC, pedía que lo bañasen con una manguera, como si fuera un elefante.

Al llegar al desarrollo, el Michoacano exigió al Ingeniero un estimado del dinero del alojamiento, y él se buscaría dónde dormir. En la calle, en la garita del guardia. O, los fines de semana, en la playa. Allí, por las mañanas, recogía alambre. En las tardes construía con eso escorpiones para venderlos. Dormía cerca del mar, rodeado de sus alacranes.

Una noche, entre chelas, confesó que “hacer vida de gringo” era su sueño. Pero, por alguna razón, tenía prohibido entrar a su sueño.

Se deduce que Temoc —a lo Jakob von Gunten— me cuenta únicamente las estampas del desarrollo que, como adolescente, le impregnaron. Son estampas que connotan animales numinosos; rampantes en la hipóbole, pero de recuerdo moralizante. Temoc podría ha-

berse dicho: "Fui a un espacio liminal, todavía por construir, y puse un pie allí. Pero, yo que puedo ya me voy".

Tipos así, aunque fuera para sugerir males imperdonables, platicaban. Sin embargo, otros eran retorcidamente callados, como el Gorila. Este enorme cimbrador —quien coloca los armazones que sostienen las estructuras de una obra—, con unos cuernos tatuados en la frente, ni a las meseras les decía "mu". Señalaba viandas y emitía sonidos guturales, cada vez más fuertes, pero sin articular palabra. Si, por ejemplo, no le traían el número ansiado de tortillas, golpeaba la mesa y pateaba el suelo. Ahí, las meseras más bravas se plantaban:

—Espérate tantito o te quitamos hasta lo que te trajimos, ¡burro!

Por respuesta, el Gorila exhalaba e inhalaba. Si eso tampoco funcionaba, subía la intensidad a un "Ah" casi inaudible... ¡Lo costoso, lo parturiento, de que ese gigante cansado alcanzara un sonido mínimo de homúnculo, de larvita!

Después, silencio.

Y si no le traían justo las tortillas que quería, vuelta a empezar.

Días antes de mudarse del hotel a una casa rentada por el Ingeniero, Temoc se quedó sin marihuana. Preguntó a quién podía comprarle y alguien señaló al Gorila que, quieto, miraba fijamente el suelo. Temoc le reiteró las buenas tardes. Nada, salvo una respiración leve con piquitos de aceleración. ¿Qué hacer? Dejar las perífrasis: "¿Vendes mota?" El Gorila, sin voltear a verlo, sacó una bolsa. "¿Cien pesos?", preguntó Temoc. Callado y sin dejar de mirar al suelo, el Gorila agarró el billete y se la entregó.

Fumar hasta la madrugada era una de sus pocas diversiones. Pero, sobre todo, Temoc tomaba chelas y escuchaba el único CD, con can-

ciones de Pink Floyd y Juan Gabriel, grabado en el único ciber. Ya en la casa rentada, un compa compró un teclado y, por la noche, versionaban las mismas canciones. Pero la que más cantaban no estaba en el CD: "Llévame rosas y olvida", de Banda Torera.

—¿Por qué?

—Cuando recién llegamos a Puerto Peñasco, coincidía que ese compa y yo acabábamos de terminar unas relaciones, de esas de prepa, con chavas mayores. Nos clavamos mucho. De hecho, casi las habíamos empezado y terminado a la vez. Esa canción, si la escuchas, habla de dolor, dolor, dolor intenso.

En los silencios, lo que escuchaban era, tras su puerta, al Reclutador:

—¡Órale, compadre! Chíngatelos a todos. Aquí te apoyamos. ¡Pinche gobierno federal!

Algo así. Se había enganchado a *Prison Break*.

Llegaba la entrega del trabajo. Temoc había aprendido a soldar con plata. Sin embargo, el Reclutador lo lastraba. Soldaba chueco, pero contestaba que los chuecos eran ellos. Dejaba "cacahuates" —restos de mala soldadura que, con alta presión, pueden provocar fugas y que la tubería reviente— y, para remediarlo, hubo que trabajar tres meses más.

Tras ese tiempo, el material de la bodega se terminó y con él, ahora sí, la chamba. Era el último día...

¿Y si alguna de las tuberías soldadas no quedaba?

Sin embargo, todo estaría bien. Según el Reclutador, *alguien*, desde las alturas, había aventado un martillo y golpeado en el cráneo a otro desgraciado. La obra cuajó: que "pegue con sangre" suena al reverso del día de la Santa Cruz. **U**

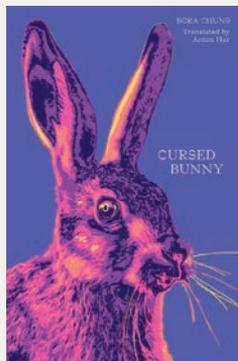
©Haegue Yang, *Kaleidoscopic Tipping Over in Asymmetry - Trustworthy #241*, 2015. Cortesía de la artista y kurimanzutto, Ciudad de México / Nueva York ▶



CRÍTICA

K-SF PARA UN FUTURO DISTÓPICO

Andrea Chapela

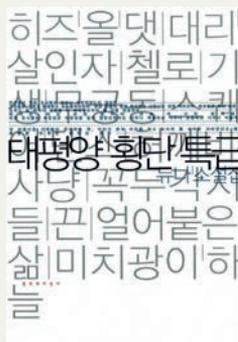
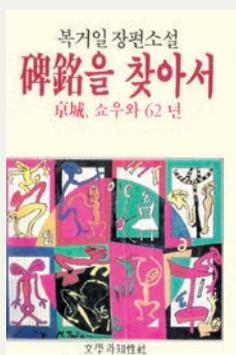


Hace un mes, *Cursed Bunny* de Bora Chung (traducido al inglés por Aron Hur), fue nominado al premio Booker internacional. Aunque no ganó, esto atrajo mucha atención sobre la literatura coreana en general, y más específicamente sobre los libros de ficción especulativa del país. Bora Chung ha escrito tres novelas y tres libros de cuentos y es actualmente la presidenta del Sindicato de Escritores de Ciencia Ficción de la República de Corea. *Cursed Bunny* cuenta con diez cuentos que desafían el género, en los que un suceso absurdo o imposible escala con consecuencias terribles. Es interesante que, tanto en coreano como en inglés, el libro se publicó en pequeñas editoriales independientes. Con suerte, pronto será uno de los primeros títulos de ficción especulativa coreana que leamos en español.

Suelo usar este término, *ficción especulativa*, porque creo que me permite expandir más los límites, englobar en él cualquier literatura de lo extraño donde exista un quiebre claro de las reglas de la realidad. Tal vez por eso cuando tengo que dar una definición de *ciencia ficción* uso la de N. K. Jemisin, que la define como las narrativas que hablan de algún cambio —tecnológico, científico, social— que sitúa a los seres humanos en contacto con lo desconocido o con fuerzas que ponen en crisis lo familiar.

En coreano a la ciencia ficción se le llama *gongsang gwahak*. La segunda palabra se traduce fácilmente como “ciencia”, pero la primera hace referencia a la imaginación, la ensoñación y el acto de fantasear. Aunque actualmente es más normal llamar al género *SF*, por sus siglas en inglés, me gusta el término en coreano porque, de nuevo, permite una definición más amplia, donde caben libros como el de Bora Chung.

En muchos aspectos la evolución de la ciencia ficción coreana se parece a la de otras lenguas: olas que coinciden con la modernización de la sociedad y una relación estrecha con la traducción de obras occidentales, sobre todo del inglés. Sin embargo, por otra parte, la ciencia ficción coreana pocas veces presentó una visión optimista con respecto al futuro, sino que tendió a las distopías y a ser un género de crítica o protesta ante los sistemas de opresión en el país. Asimismo, como en español, en la literatura coreana la ciencia ficción es considerada un género menor, sobre todo porque por mucho tiempo los libros más representativos eran traducciones u obras para niños.



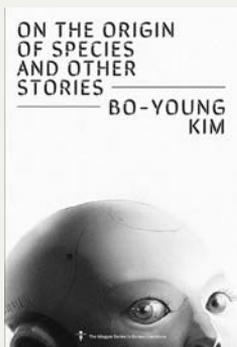
La ciencia ficción llegó a Corea a principios del siglo XX, cuando aparecieron las primeras novelas de Julio Verne traducidas desde la versión en japonés. Durante las primeras tres décadas del siglo se publicaron obras de H. G. Wells, Robert Louis Stevenson e incluso de autores rusos como Karel Čapek. Sus traductores eran, sobre todo, jóvenes reformistas que buscaban formas de modernizar Corea a partir de los modelos de Japón y Occidente. Hasta 1929, cuando Corea ya era una colonia japonesa, se publicó el primer cuento de ciencia ficción escrito por un coreano, "El estudio del doctor K" de Kim Dong-in.

Como dije antes, la ciencia ficción en Corea se ha desarrollado por olas. En los sesenta apareció la primera organización de ciencia ficción, la Sociedad de Escritores de Ciencia Ficción, y se escribió uno de los primeros ensayos críticos sobre el tema, "La magia de la ciencia ficción" (*Gongsang gwahak soseolui mabeop*, 1968) de Ahn Dong-min, en el que se usó el término *gongsang gwahak* por primera vez. Además, se publicó lo que se considera la novela adulta pionera de la ciencia ficción coreana, *La sociedad perfecta* (*Wanjeon sahoe*, 1965) de Moon Yoon ung, en la que el protagonista se despierta en 2155 para descubrir la "pesadilla" de que la Tierra esté poblada solo por mujeres.

Desde el final de la guerra y hasta el inicio de la democratización del país, la ciencia ficción sobrevivió en los cómics, las traducciones y la literatura infantil. Aunque había algunas revistas especializadas que publicaban cuentos originales, la siguiente explosión de autores corea-



Fotograma de *Okja*, de Bong Joon-ho, 2017



nos no sucedió hasta la década de los ochenta, junto con la modernización nacional. En esos años la ciencia ficción adquirió un tono mayor de protesta, con críticas distópicas que imaginaban futuros terribles. Entre los autores importantes de este periodo se encuentra Bok Geo-il, cuya novela *En busca de un epitafio* (*Bimyeongeul chajaseo*, 1987) presenta una ucronía donde Corea todavía es una colonia japonesa en 1970, haciendo eco de la novela de Philip K. Dick *El hombre en el castillo*.

A principios de los noventa comenzaron a surgir varios concursos literarios y revistas que propulsaron la carrera de nuevos escritores, pero fue la aparición del internet lo que cambió el curso de la ciencia ficción coreana. A pesar de que la crítica no estaba interesada, el número de clubes de fans había aumentado y autores como Djuna, quien debutó en 1994, aprovecharon las nuevas tecnologías para dar a conocer sus historias. Hasta la fecha, Djuna publica de forma anónima en internet, nadie sabe su nombre, edad, lugar de procedencia o género, pero esto no ha impedido que sus libros, como *La batalla de las mariposas* (*Nabi jeongjaeng*, 1997) o *El expreso del pacífico continental* (*Taepyeongyang hoengdan teukkeup*, 2002) hayan sido recibidos positivamente por toda clase de lectores. En su obra, Djuna habla sobre todo de futuros transhumanistas, donde las máquinas se reproducen a sí mismas y no existen solo para servir al ser humano, sino que son el siguiente paso de la evolución de la especie. Esto le permite pensar sobre una evolución desigual y escribir historias que no se centran solo en el factor humano.

Hasta este momento he hablado de la ciencia ficción en Corea del Sur, pero en estos mismos periodos el género también floreció en Corea del Norte. Allí se tradujo mucha más ciencia ficción de la Unión Soviética y el género ha sido bien visto e impulsado por el gobierno. De hecho, en 1988 Kim Jong-il dio un discurso pidiendo que se escribiera más ciencia ficción. En esta tradición no se encuentran tantas distopías, viajes espaciales o alienígenas, sino más bien historias que están directamente relacionadas con avances científicos y la posibilidad del ser humano de modificar su entorno de acuerdo con los deseos de la sociedad.

Durante el nuevo milenio en Corea del Sur han aparecido muchos escritores de ciencia ficción aceptados por la crítica y los círculos literarios, lo cual ha provocado que comiencen a traducirse sus obras, sobre todo al inglés. Entre ellas destaca *Tower* (2020) de Bae Myung-hoon, cuya historia sucede en un rascacielos de más de seiscientos pisos que es un Estado soberano independiente, organizado en vertical. En este escenario varios personajes tratan de sobrevivir mientras se enfrentan al

sistema en el que habitan. La autora Kim Bo-young, tal vez la más importante del país en la ciencia ficción actual, tiene dos libros de cuentos publicados en inglés: *On the Origin of Species and other Stories* (2021) y *I'm Waiting for You* (2021). Muchas de sus historias tienen como constante que surgen de una pregunta filosófica y sitúan a sus personajes frente a diversos dilemas éticos. En cierta forma, sus ficciones pueden recordarnos a las del autor estadounidense Ted Chiang. Además de estos ejemplos, en los últimos años también han comenzado a aparecer cuentos de otras autoras como Kim Cho-yeop, que fue publicada en *Clarkesworld*, o de Soyeong Jeon, quien ha publicado en *Guernica* y *Clarkesworld*.

A pesar de la creciente producción de ciencia ficción en Corea, prácticamente nada ha sido traducido al español. Es cierto que en los últimos años ha aumentado el interés en la ciencia ficción coreana en medios audiovisuales, como en las películas *Okja* o *Snowpiercer* de Bong Joon-ho, o doramas como *Mi amor de las estrellas*, *SF8* o *El juego del calamar*. Espero que con el interés general en la ciencia ficción y en la cultura coreana, el éxito de Bora Chung abra la puerta a la traducción de otros autores. **U**

BYUNG-CHUL HAN O EL ARTE DE HACERSE FAMOSO

Gabriel Leiva Rubio

Víctor es un estudiante de medicina, un muchacho ávido y curioso, obsesionado con los secretos más recónditos de la condición humana. Una suerte de "sabio juvenil" que quiere resolver uno de los principales enigmas ontológicos mediante una reduplicación. El resultado es bastante conocido: una criatura enorme, zurcida a partir de fragmentos y con un carácter insoportable. Quizás aquel famoso aforismo de Goya, tan llevado y traído, "El sueño de la razón produce monstruos", encuentre en esta parábola, finalmente, la horma de su zapato.

Pero lo interesante, lo verdaderamente excepcional y por desgracia poco conocido, es que Víctor, el padre de ese *Prometeo moderno* (subtítulo de la famosa novela de Mary Shelley), tiene un sobrino lejano, un pariente surcoreano con pasaporte alemán que a dos siglos de distancia ha repetido su experimento: Byung-Chul Han.



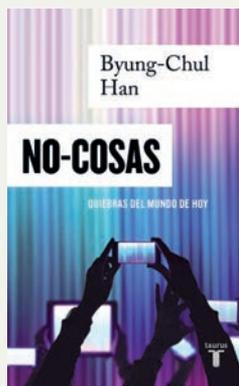
Herder, Barcelona, 2017
Traducción de
Arantazu Saratxaga
Arregi y Alberto Ciria

Si bien Víctor procuró ocultarle al mundo el recetario de su inventiva, el *know how* de su procedimiento, Han no solo parece haber dado con la fórmula en cuestión, sino que ha conseguido lo que Víctor siempre quiso y jamás pudo alcanzar con su experimento: fama, reconocimiento, popularidad.

Pero, ¿cómo se las ha arreglado Han para desbordar librerías, salas de conferencias, acaparar titulares?, ¿cómo se ha hecho famoso el Frankenstein filosófico y político de Han?

Una primera recomendación para arrancar la lectura de cualquier obra de Byung-Chul Han es saber que no hay ahí, metodológicamente hablando, principio o final alguno. No existe eso de "léete tal libro suyo que de ahí en adelante entenderás todo con mucha más claridad", o aquel otro consejo de "a partir de tal idea puedes conectar las partes con el todo". No. En la acaparadora obra de Han no hay nada de eso. Por el contrario, toda su *producción* intelectual parece estar guiada más por un ánimo apocalíptico de anunciaciones fatalistas que por un sistema lógico de relaciones de ideas. La palabra, como medio para comunicar y enunciar ideas con cierta claridad, es (re)emplazada en su obra por un discurso emotivo donde prima la cicatriz sobre la herida, el moretón sobre el golpe, el efecto sobre la causa.

A este pequeño inconveniente viene a sumársele el efecto visual de una ráfaga que simula su escritura, o una escritura que simula una ráfaga, no queda del todo claro. Lo cierto es que Han apuntilla sus excursiones filosóficas en libros muy breves, capítulos cortos, párrafos estrechos y oraciones diminutas y compactas. Este estilo minimalista y contundente a la vez recuerda a esos *post-its* de colores que, mal pegados, penden en los murales de algunas oficinas. Incluso, si uno pretendiese arriesgar una hipótesis vanguardista sobre el estilo, podría decirse que Han escribe como si estuviera publicando en Twitter o en Facebook. Sus párrafos son fugaces, contundentes, sensacionales y epidérmicos, ajustables y desajustables a partir de citas y referencias que el surcoreano usa a su antojo, siempre para afinar sus posiciones o para negar las de otros respecto al tema que discute. No obstante, y muy a pesar de la sencillez de sus oraciones, estas no carecen nunca de esa aura cuasi divina que tienen las conclusiones más definitivas. Un par de ejemplos al respecto pueden ser aclaratorios. En *La agonía del Eros*, uno de sus súper best-sellers, dice Han sin tapujos: "La crisis actual del arte, y también de la literatura, puede atribuirse a la crisis de la fantasía, a la desaparición del otro, es decir, a *la agonía del Eros*". Otro ejemplo, tan al azar como el primero, reza:



Taurus, Madrid, 2021
Traducción de Joaquín Chamorro Mielke

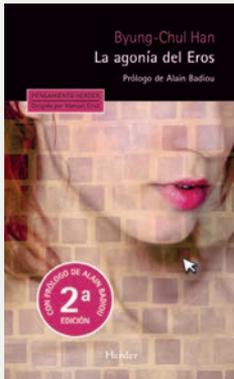


©Bruno Figueroa, *Seúl desde las alturas*, 2021. Cortesía del artista

La libertad del *poder hacer* genera incluso más coacciones que el disciplinario *deber*. El deber tiene un límite. El poder hacer, por el contrario, no tiene ninguno. Es por ello por lo que la coacción que proviene del poder hacer es ilimitada. Nos encontramos, por tanto, en una situación paradójica. La libertad es la contrafigura de la coacción. La libertad, que ha de ser lo contrario de la coacción, genera coacciones.

Sin entrar a discutir algunos detalles propios de la argumentación o de las distintas formas en que se apropia Han de los ríos de tinta que se han vertido sobre estas temáticas desde hace siglos, no puede obviarse cómo la espectacular enunciación de cada uno de estos fragmentos entusiasma enormemente. Y es que ante el definitivo torbellino escritural que Han deja escapar de su pluma es inevitable no sentir el golpe grave del mazazo sobre el púlpito o el estrado al llegar cada punto final... se haga justicia o no. Pero este tipo de fragmentos no son únicos, de hecho los hay mucho más ilustrativos, cientos, miles...

Otro aspecto digno de destacar de este filósofo superestrella es su productividad. De entre todos los filósofos contemporáneos vivos que se disputan la corona de ser el más productivo, el caso del surcoreano sobresale particularmente: un libro por año como mínimo. Stephen King tiene competencia. Ni el excéntrico de Žižek, ni el sabio de Sloterdijk, ni el joven y talentoso Markus Gabriel, ni el polifacético y prolijo Agamben o el *gentleman* de Harvard, Michael Sandel, han logrado acaparar cámaras y desbordar anaqueles de librerías de la forma impactante en que lo ha hecho Han. Su ritmo de escritura es abismal, como si de una máquina se tratara.



Herder, Barcelona, 2018
Traducción de Raúl Gabás
y Antoni Martínez Riu

Decía Wittgenstein que toda su producción intelectual giraba alrededor de una o dos ideas principales, lo demás era paja. De una forma más drástica se manejó Tomás de Aquino cuando, según cuenta la leyenda, fue sorprendido por un discípulo suyo arrojando toda su obra al fuego al constatar que toda ella era eso mismo, paja. Sin embargo, a Byung-Chul Han no le pasa, por ahora, nada de esto. De hecho, su obra puede verse como un gran mosaico de ideas particulares que se incrustan y amarran con fuerza al nervio vivo de los tiempos que corren. Ideas, eso sí, que tienen el sabor amargo de las conspiraciones más sórdidas. Lo mismo con la tesis de la *transparencia* como mecanismo de vigilancia y control de masas (en sustitución de aquellos panópticos de los que Foucault habló largo y tendido), que con la idea del *cansancio* no ya como síntoma de una falta de rendimiento o funcionalidad, sino como indicio de una aspiración al triunfo (creada por el sistema capitalista con su propia lógica), inclinada hacia una excesiva *positividad* que detona las capacidades humanas hasta el extremo. La archiconocida fórmula de la explotación del hombre por el hombre se trastoca aquí en una explotación del hombre por sí mismo cuando la depresión, el estrés y el agotamiento hacen mella en su cuerpo y en su mente. A las ideas de la *transparencia* y del *cansancio* se suman las de *hipercomunicación*, *hiperculturalidad* y *dataísmo*, por solo mencionar algunas más. Pero la lista es larga y no parece que vaya a detenerse. Al menos por ahora.

Todos estos conceptos y etiquetas que transitan la obra de Han se expresan en temáticas con un *swing* tremendo para discutir y polemizar. Asuntos como el Internet, la cultura pop, el poder, la religión, la violencia o los medios de comunicación tienen muchísima tela por donde cortar. Y eso hace Han, cortar, cortar, cortar... y sí, por qué no, también pegar y pegar. Y no es que resulte esto una irresponsabilidad o deshonestidad intelectual del filósofo, sino que su acelerado ritmo escritural y procesual a veces le causa trapiés de este tipo. Además, la lista de autores con los que dialoga es tan larga y abarcadora que resulta completamente normal que se confunda en el mar de conceptos y definiciones en las que navega. Permítanme mencionar unos cuantos (en un orden completamente caótico) de sus interlocutores para convencerlos de que necesariamente nos vemos impelidos a excusar sus deslices de buena manera: Platón, Badiou, Gadamer, Bataille, Derrida, Rosenkranz, Kant, Hegel, Nietzsche, Hölderlin, Schmitt, Agamben, Foucault, ¡mucho Heidegger!, Baudrillard, Benjamin, Adorno, Lacan, Merleau-Ponty, Arendt, Blanchot, el Premio Nobel de literatura Peter

Handke, Roland Barthes, Rilke, Edmund Burke, y Chris Anderson, el jefe de redacción de la revista *Wired*.

Pero además, como buen filósofo, Han se sabe por encima de su época. De ahí que explicar el proceso de *cosificación instrumental de lo real* a partir de las herramientas que usa Mickey Mouse en la última temporada de su serie animada no sea una burla desfachatada a nuestra inteligencia, sino la constatación manifiesta de que el autor es capaz de tomarle el pulso a lo real desde cualquier lugar y desde cualquier tiempo.

Pero amén de cualquier consideración envidiosa, irónica o sarcástica, hay que aceptar algo: Byung-Chul Han ha hecho mediática la filosofía planteando una filosofía antimediativa. Su nombre arroja casi cuatro millones de resultados en Google mientras pontifica contra Internet y las redes sociales; detesta la sumisión a la hegemonía de los medios y las plataformas digitales, aunque justamente eso haya ayudado a su fama; espeta conclusión tras conclusión y de él no llegamos a tener conclusión alguna, pero no podemos dejar de leerle.

Entonces habría que decirle a Víctor, quien escondió su fórmula previendo que nadie incurriera en su mismo error, que Han no solo la ha encontrado y reformado, sino que dio vida a un "monstruo" que el mundo entero admira y que no se detiene a dudar de su humanidad. ¡El experimento, finalmente, ha sido un éxito! **U**

BLANCO HAN KANG

UN UNGÜENTO CLARO

Isabel Zapata

Las páginas de *Blanco* no están en blanco, pero casi: las atraviesa un escritura espectral y sutil, como las marcas de las patas de un pájaro sobre la nieve.

Como ocurre en el resto de la obra de la surcoreana Han Kang, que saltó a la fama internacional en 2016 al ganar el premio Booker por su novela *La vegetariana*, este libro recorre las coordenadas del dolor con precisión de cirujana. Dividida en tres secciones —"Yo", "Ella", "Todo lo blanco"— *Blanco* no solo revela una historia, sino que también propone una mitología personal. Lo hace a cuentagotas, sin prisa pero sin



Rata Books,
Barcelona, 2020
Traducción de
Sunmi Yoon

pausa, como se deshuelan los polos en el Ártico mientras escribo estas líneas. Aunque las secciones varían en cuanto a enfoques narrativos, el libro entero está estructurado alrededor de una lista de cosas blancas —vendas, arroz, canas, leche materna, grullas, las pequeñas píldoras para mitigar la migraña que Kang padece desde la adolescencia— que juntas van formando el paisaje nevado del luto por su hermana mayor, su *onnie*, que falleció a las pocas horas de haber nacido. Pero aunque ella murió y la narradora tomó su lugar, ambas andan por ahí como fantasmas. ¿Qué pasa con una vida que es posible gracias a que otra no lo fue? Pasa que dos rostros se asoman cada uno a un lado del espejo, sus muecas sobrepuestas como algunas máscaras antiguas.

Kang es una gata que puede moverse en la oscuridad. Podría parecer que avanza a tientas, pero lo cierto es que no se le escapa nada. Cada capítulo de este libro, algunos de los cuales son apenas unas cuantas oraciones sobre el llano limpio del papel, viene como un susurro y para escucharlo hay que afinar el oído. No es que la autora nos exija atención con un lenguaje excesivamente complicado o imágenes demasiado arduas, al contrario: las oraciones son tan claras que deslumbran y cada palabra está tan cargada de significados que desviar la mirada nos puede hacer perder el foco. Es una invitación a respirar, a pensarlo todo de nuevo. Puede que estemos dejando de lado algo esencial.

Algunas de las secciones de *Blanco* funcionan como un diario de cosas que aquella hermana mayor estaría haciendo de no haber muerto al nacer: tomarse una radiografía, deshacer cubitos de azúcar con la lengua, visitar Noruega, preparar arroz y sentir su vapor en el cuerpo como si fuera un rezo. Otras son más bien contemplaciones de pájaros blancos, del oleaje. “Ella creció en el seno de esta historia”, escribe Kang en uno de los pasajes que cuenta el lado B de la historia de su hermana. *No te mueras. No te mueras, por favor*. Si tan solo su boca se hubiera aferrado con más fuerza al pezón de su madre. Si sus ojos hubieran permanecido atentos después de todo. Si su padre no hubiera tenido que envolverla varias veces en una tela blanca y enterrarla a solas en el monte, abriendo en la nieve el hueco por donde asomarían años después los brotes verdes de la vida de su segunda hija.

“Supongamos que empiezo diciendo que me he enamorado de un color”, dice Maggie Nelson en la primera línea de *Bluets*, un libro completamente distinto a *Blanco* y que, sin embargo, guarda con él cierto aire de familia. ¿Qué tienen los colores que nos enamoran así? Wittgenstein escribió sus *Observaciones sobre los colores* mientras moría de cáncer de estómago, dice Nelson. Pudo haber escogido trabajar en cualquier

problema filosófico, pero decidió escribir sobre el color y el dolor. Quizá ese fue, después de todo, el tema de su vida. Si el azul representa la pérdida de una relación amorosa, con el deseo y la melancolía que eso implica, el blanco es el color de la muerte y de la fragilidad, pero también de la posibilidad de renacer. "Necesitaba ponerme en las heridas un ungüento claro y recubrirlas después con una gasa blanca".

El escenario de *Blanco* no es en absoluto inocente. Aunque en ningún momento lo menciona explícitamente, Kang lo escribió durante una estancia en Varsovia, y encontró en esta ciudad devastada por la guerra el lugar perfecto para hablar de su propia transformación. En algo se parecen esas calles reconstruidas a una familia que ha atravesado un duelo en silencio, parece decirnos, por eso seguirle los pasos a su hermana muerta es intentar conocer una ciudad en la que nada tiene más de setenta años y ninguna de las palabras en los carteles resulta familiar. ¿Hasta dónde se puede ocultar aquello que está irremediablemente roto? Pero hay belleza en el punto de quiebre: "Cuando encontraban la parte inferior de un pilar o una pared que había resistido, la continuaban hacia arriba o hacia los lados con materiales nuevos".



Shin Yun-bok, *Mujer cargando un bebé*, Dinastía Joseon, s.f. Museo Nacional de Corea ©

¿Qué tanto podemos acercarnos a la escritura de Kang realmente? La pregunta no me deja en paz. En 2016, cuando *La vegetariana* estalló en todas las listas de libros más vendidos, su traducción al inglés, a cargo de Deborah Smith, estuvo en el ojo público debido a una serie de críticos que señalaron inconsistencias (y algunos francos errores) en su versión. Por ejemplo, Charse Yun, un profesor coreano-americano que ha impartido clases de traducción en Seúl, escribió un par de artículos en los que asegura que Smith amplifica el estilo discreto de Kang cargándolo de adverbios, superlativos y demás palabras enfáticas que no aparecen en el original, "como hacer que Raymond Carver suene a Charles Dickens". Smith, que para entonces había recibido un enorme reconocimiento, se defendió diciendo que su prioridad era mantenerse fiel al espíritu del texto y señaló que la traducción debe ser vista como un acto de "escritura creativa" que echa mano de varios grados de interpretación. Pero al margen de esta polémica, cuyos pliegues e implicaciones rebasan la intención de este texto, es un hecho que la escritura de Kang se mantiene como un misterio para los lectores que no estamos familiarizados con la cultura coreana.

En español, la obra de Kang ha sido traducida por Sunme Yoon, que quedó asombrada con ella tiempo antes de que se convirtiera en el foco de atención del mundo literario, antes incluso de que existiera la versión en inglés. *La vegetariana* fue publicado primero en Argentina por la editorial Bajo la Luna y unos años después en España por Rata Books, que actualmente tiene el catálogo completo de Kang. Quién sabe cómo suene ella en coreano, pero la de Yoon es una versión hermosa, incisiva, desnuda.

Si *Blanco* es novela o poesía es una pregunta que no tiene caso intentar responder. Es novela y es poesía y es una serie de oraciones lanzadas al vacío. Es una meditación sobre la ausencia y el dolor, es un sueño ligero. Es también un ensayo visual, pues entre los textos hay intercaladas una serie de siete fotografías en las que aparece una mujer con el rostro oculto por las sombras, o a veces solo aparecen sus manos sosteniendo un vestidito de bebé o una pequeña piedra blanca cubierta de sal (es, de hecho, la misma Kang fotografiada por Choi Jin-hyuk durante un performance llevado a cabo en Seúl después de la publicación de la edición coreana del libro). *Blanco* es, sobre todo, una voz de la cual solo alcanzamos a escuchar el eco. Lo leemos, lo intuimos: una muestra delicada y poderosa de cómo lo que podemos decir de la muerte es, en el fondo, lo que podemos decir de la vida. **U**



Rata Books,
Barcelona, 2017
Traducción de
Sunme Yoon

BORROSA IMAGO MUNDI

PURA LÓPEZ COLOMÉ

HACIA UN SEXTO SENTIDO

Guillermo Arreola

Veo, oigo, huelo, palpo, saboreo. Leo en voz alta y al mismo tiempo esquivo mi costumbre (rotosa ahora) de escrúpulo de sensaciones del silencio que pudiera obstruirme el eco lector desde lo que leo en voz alta. Leo: "ven/ siéntate conmigo/ en primera fila/ está por desatarse/ la inconclusa". Me detengo. Estoy de viaje, pienso, en traslación directa y con paradas o cambio provisional de itinerario en la inmersión.

Leo *Borrosa imago mundi*, de Pura López Colomé. Y veo (huelo) que en cada uno de sus poemas se proyecta un viaje, de ida y vuelta, a través o con la anuencia de cinco guías o canales, los sentidos, y una estación o punto de partida: la memoria, a donde aquellos irán a confluír de retorno o para intervenirse los unos con los otros.

Son de ida y vuelta porque tras el trayecto su autora dará cuenta de con qué poemas de otros autores los suyos, en algún vértice del tiempo hacen eco o reverberación, dialogan, re-nacen o se vuelven otros. Las coordenadas del periplo están dispuestas mediante un formidable uso de recursos (la frase hecha, incluso, transmutada en música, en revelación) y en donde ni lo tipográfico se desenmarca de la intención poética.

Ya en un libro de 2007, *Santo y seña*, López Colomé anunciaba, o quizá era la voz de la poesía misma (ella) la que, en glosa oracular, daba indicio de entrada de destino a lo que ahora se materializa en *Borrosa imago mundi*, río y/o bosque, paisaje de variación múltiple, escenas autobiográficas, el descubrimiento —esa descarga eléctrica— y recuerdo de los sentidos —lo sentido—:

Gracias al 'prelado'
y a su cursi intensidad predicatriz,
vi (aunque suene raro
que el oído impulse la visión
y además sea desquiciante)
mi trayecto pendular
del color pálido al marino...



FCE, Ciudad de México,
2021



Jang Si-heung, *Erudito contemplando una cascada*, Dinastía Joseon, s.f. Museo Nacional de Corea ©

Orfandad, confesión y semblanza también de lo que los sentidos de otros suscitaron en los de otros, aunque río o bosque o paisaje múltiple es "borroso", advierte la autora, en acto de moderación o acatamiento al sentido poético, y desmarcándose involuntariamente quizá del conocido "agudo mal de la precisión" del señor Teste que *obsedía* al personaje-imaginación de Paul Valéry; pero también ofreciendo señal de que en ese procedimiento, en el borrar, es donde brota o surge el acto creativo:

Yo (Pura) pretendo borrar el mundo visible al natural, para abandonarme a la realidad interior invisible que emerge, a ratos, en las fotos, precisamente porque se trata de imágenes percibidas con lente de por medio.

(Como ocurre en un tipo de pintura que encuentra su mejor habitación de apariciones precisamente en ese acto: borrar lo "al natural". Dígase la de Turner, la de Bacon.)

"Ninguna ley podría existir/ al fondo de mi estanque cerebral./ Solo una imago mundi/ inconexa, borrosa, vítrea", se lee en *Santo y seña*, y en *Borrosa imago mundi* es evidente que lo borroso no demerita la índole expansiva o concentrada (según el caso) de su palabra: "Asómate por esta ventana/ y descubre la eternidad,/ mírala de frente". Con todos los sentidos, pienso, o agrego: de cuerpo entero, como ya había planteado López Colomé en *Via Corporis* (2016), aunque en este el "protagonista", siendo también el gran vehículo, el cuerpo, era en condición de fisuramiento o heridas sin vendaje, por enfermedad o muerte, y no como receptor del gran gozo con que nos dotan los sentidos sea en su plena ejecución, o en algún caso en detrimento de alguno y/o amplificación de otro, como ocurre en *Borrosa imago mundi*, conducido todo por una corriente de ironía, humor más bien, que salpimenta circunstancias inscritas en el marco del deleite o la repugnancia (léase la magistral

semblanza de Santa Teresa como una empresaria *fast track*, saboréese el emplazamiento del yo poético al canónico propulsor proustiano del olfato magdalena de por medio, véase la imposición dietética al hábito infantil de comer tierra).

¿Y si fuera la memoria el sexto sentido?, me pregunté después de leer las primeras páginas de esta imagen de mundo. No tardé en retroceder en mi pregunta, o más bien viré: ¿Será entonces, dicen mis sentidos, que la memoria es el indulto (ilusorio y perecedero) a la condena del tiempo (la de nuestra duración vehicular)?

En *Borrosa imago mundi*, Pura López Colomé abre la compuerta poética a un río interior de percepción si no ajeno por completo al intelecto, por supuesto, sí dando la espalda al lugar común y a la soberbia descomunal de que todo se forma, entra, cae o/y procede exclusivamente de la cabeza, y otorgando el reconocimiento a esta como la gran sintetizadora.

Solo a partir de una irrupción en la profundidad, es decir, de decidida inmersión en las superficies, podría uno alcanzar la dicha de estar colgado del vacío, desaferrado del garfio de la cabeza, sostenido solo, afortunadamente, por los sentidos. Solo. La imagen que se desgaja de tal circunstancia podría ser, paradójicamente, aterradora; aunque debiera ser tranquilizadora en la iconografía de la libertad del ser.

La inmersión (vidriada) en cada uno de los sentidos en *Borrosa imago mundi* propulsa un deseo de retorno para el cuerpo hacia lo primigenio de la percepción, a un tiempo y un aposturamiento permanentes pero semiocultados, ya ajenos a la farsa que con su hojarasca hemos adjudicado en exclusiva al intelecto.

Cualquier lector que decida o caiga por azar en la lectura de *Borrosa imago mundi* requerirá suspender sus ocultamientos. No podrá esconderse ya de sí. Pienso. Todas las preguntas están ya sobre la mesa. Las respuestas, si las hubiera, están en el caleidoscopio que el lector encuentra en sus propios sentidos: su vehículo.

Veré verme, oiré oírme, oleré olerme, me palparé para conocer mi sabor: (Estoy saboreando el Impromptu Número 3 de Schubert). "Vivir es increíble" se lee en un espectacular que aparece en un tramo desolado de la carretera por la que transito (la memoria).

Estoy colgado del vacío (¿o pendo?), desaferrado del garfio de la cabeza. Me sostienen mis sentidos, ¿de qué? Soy una imagen y un sonido que vibran en un espacio casi amniótico. Soy sabor, soy miasma. Me huelo, me tacto, estoy pasando la lengua por el mundo ("mío, de mí"). "Me creo vampiro."

Cerca de mí (en el vacío), él me huele, me lame una pierna, dirige su mirada a mi cara, me ladra cuando emito una palabra para apartarlo. Insiste en lamerme, y de pronto, se va corriendo al jardín. Lo sigo (con mi vacío a cuestas). Mete el hocico entre la hierba. Me acerco. Ve, huele, saliva frente a algo que yo de principio no alcanzo a percibir. Cava entre el pasto y dos mariposillas salen volando de entre. Me acerco más, me agacho, desciendo a su altura, y vuelve su cara a mí y enseguida hacia la yerba, sobresalen de entre ella dos antenas, o pinzas diminutas, ¿de qué criatura? No lo sé. Hue-lo. "Qué Proust ni que ocho cuartos"; aquí huele a vida viva. Ha descubierto un cosmos entre el césped, lo saborea con nariz y vista, y me lo quiere mostrar (¿quiere? ¿O solo está creando memoria presente?). Sus sentidos hacen eco en los míos. ¿Me animala o me humaniza? Me entrego a la tutela de los guías del Gran Vehículo. Empiezo a recordar. "Todo está en todas las cosas", rememoro.

Sigo viendo, sigo oliendo, sigo saboreando, sigo oyendo el rumor de existencia que circunda el césped, sigo proponiéndome que mis manos toquen o acaricien este cosmos. "No hagas eso, te puedes electrocutar", me dice mi cabeza. "Y qué, ¿qué tiene de malo?", respondo.

El lector (ese desconocido) que abra *Borrosa imago mundi* y lea, al azar o empiece su lectura en modo convencional, desde el principio no podrá ocultarse ya de sí mismo.

Lector, entrarás en el puerto inequívoco de la palabra poética; en el sexto sentido, tal como lo concebía el Capitán. U

FLOR NEGRA

KIM YOUNG-HA

LA MEMORIA MÁS DE CIEN AÑOS DESPUÉS

Laura Baeza

Las novelas históricas arriesgan mucho y a veces es complicado lograr un equilibrio entre los hechos históricos y las licencias que se da la imaginación; así como captar la atención de los lectores con temas muy específicos sin tratar de convertirlos en *bestsellers*, a pesar de los intereses de las editoriales. *Flor negra*, de Kim Young-ha (Hyesun Ko [trad.], Panorama, 2021), trata de sortear estas "reglas" mientras apuesta por

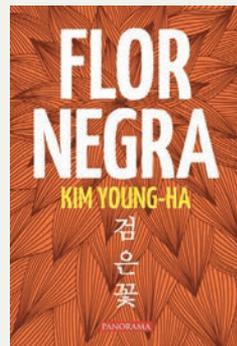
traer a discusión un episodio terrible pero necesario de reconocer en nuestra historia como país: la migración de coreanos a México en el periodo de la explotación henequenera.

El registro de los descendientes de coreanos traídos a México con estos fines había sido nulo o muy escaso hasta hace apenas unos años, cuando comenzaron a hacerse visibles la importancia y presencia que han tenido en distintas regiones del país, en parte por la vastísima cultura que se han esforzado por conservar, y en parte por los intercambios más recientes entre Corea y México. Es alentador que, si bien el trabajo para conocer la historia migrante ha sido arduo, a día de hoy se sabe mucho de los 1033 coreanos que llegaron a trabajar en las plantaciones, una información con la que no cuentan grupos más numerosos, ya sea porque perdieron la atención de las generaciones posteriores o porque las comunidades se dispersaron muy rápido. Esta novela también es una forma de reencuentro con la memoria.

La Asociación Descendientes Coreanos de la Ciudad de México, la Embajada de la República de Corea en México y grupos organizados en distintas partes del país han generado diálogos en torno a una cultura coreano-mexicana viva, a la pertinencia de los estudios sociales sobre procesos de migración asiática, así como a la necesidad de traducir obras literarias o rastrear a los descendientes de los primeros coreanos en territorio nacional para la escritura de su historia. No obstante, ha habido un mayor interés y una mayor labor de rescate de la memoria por parte de Corea que de México, donde se sigue sin nombrar lo que fue este territorio: una tierra fértil para la esclavitud; y lo que es: el resultado de una enorme mezcla de culturas.

Flor negra comienza cerca de Seúl, en el puerto de Chemulpo en 1905, cuando Kim I-Chong (protagonista de la novela) se entera de que la Compañía de Emigración Continental, a través del capitán holandés John G. Meyers, solicita personas para trasladarse a México, donde tendrán trabajo remunerado, comida y vivienda garantizados durante cuatro años. I-Chong, huérfano y con poco más de veinte años de edad, decide emprender el viaje. Por las primeras páginas también desfilan otros personajes importantes para la trama: el intérprete Yong-chun, el sacerdote Pablo Pak, Choe Son-guil o el noble Chong-do.

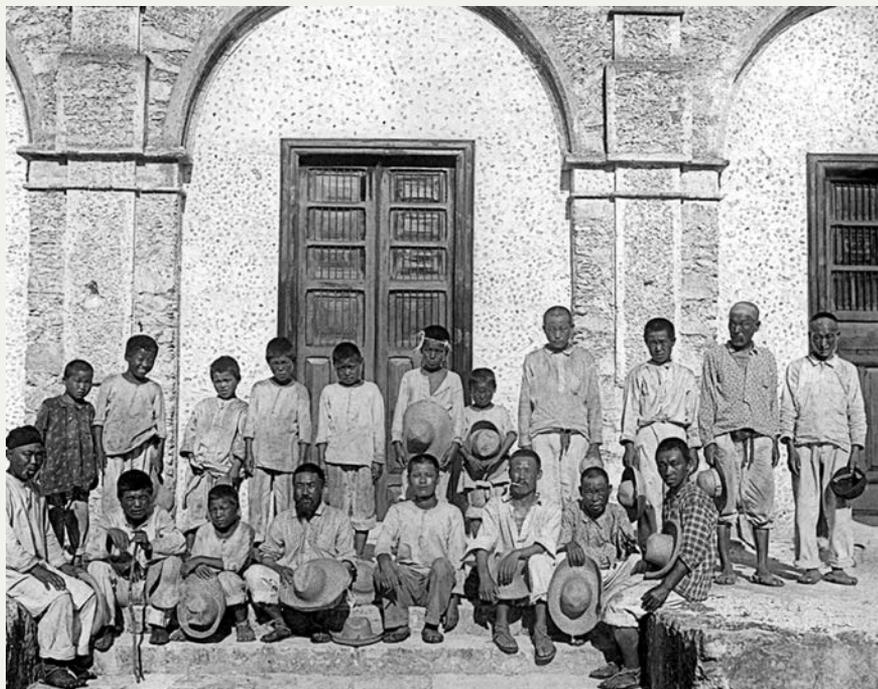
La tripulación, de más de mil coreanos, solo sabe que México está al sur de Estados Unidos. La noción compartida, a pesar de no tener idea de hacia dónde van con exactitud o de cuáles serán sus funciones, es que podrán hacer dinero muy fácil y rápido, y que su vida será mejor que en Corea (país que acumula guerras y ocupaciones militares, ya sean de



Panorama, Ciudad de México, 2021
Traducción de Hyesun Ko y Francisco J. Carranza Romero

China, Japón, Rusia o los mismos yanquis). Por más pesada que fuese su jornada, no podrían estar peor que los migrantes coreanos en Hawái o los campesinos de su país en invierno. Es por ello que en el barco conviven 1033 personas, desde nobles caídos en desgracia a desertores del ejército, pescadores, analfabetas o ladrones, todos ellos vendidos como esclavos sin saberlo. La industria henequenera en Yucatán, que servía a intereses internacionales, estaba en su apogeo y la mano de obra local era insuficiente. Buena parte de la novela narra esta travesía, los dos meses en el océano en un ir y venir de los recuerdos que los personajes principales acumulan antes de zarpar. En el trayecto I-Chong conoce a Yon-su, el objeto de su deseo y quien se convertirá en su amada, descrita como la mujer más hermosa del barco, hija del noble Chong-do y cuya presencia angelical y seductora altera cada corazón a su paso.

El 15 de mayo de 1905 el barco arriba al puerto de Salina Cruz, en Oaxaca. A los pasajeros aún les queda atravesar en tren el istmo de Tehuantepec, el cruce más importante del continente por su estrechez antes de la construcción del canal de Panamá, justo en esos días. Los coreanos, sin saber hacia dónde se dirigían, comprenden al menos una cosa:



Grupo de trabajadores coreanos en una hacienda, ca. 1883-1930. Fotografía de Pedro Guerra. Fototeca Pedro Guerra-UADY

no están yendo al norte, Estados Unidos no queda por aquí. Comienza la desesperación, los invade la incertidumbre.

Su primera impresión de la península de Yucatán sería aterradora, y no era para menos: habían llegado a un sitio inhóspito, con un calor húmedo que los hacía desfallecer. La selva estaba por otro lado, ellos transitaban un camino de matorrales secos sin posibilidad de encontrar alivio en algún árbol frondoso. Después vino la repartición de esclavos. El trabajo remunerado era una mentira, sus vidas no les pertenecían y ahora formaban parte del infierno de las haciendas henequeneras, donde serían tratados de forma inhumana.

Los coreanos, que habían sufrido episodios dramáticos en su propio país, también atesoraban una tradición espiritual que permeaba cada aspecto de su cotidianidad, por lo que no comprendían por qué los golpeaban con látigos, por qué las jornadas de sol a sol y los castigos infligidos con el mismo henequén lleno de espinas. Tampoco conocían la lengua. Cada hacienda funcionaba como una pequeña ciudad donde eran vigilados hasta en los movimientos más insignificantes, no podían huir, no tenían el apoyo de algún nacional o de personas influyentes que pudieran ayudarles a la repatriación; el cacicazgo yucateco —del que poco se habla porque, como siempre ocurre, resulta más fácil denunciar al de fuera— encarnó el infierno en la tierra para indígenas y esclavos extranjeros.

El contrapeso de este infierno será la relación entre I-Chong y Yon-su. El amorío tenía inconvenientes: del lado coreano, porque una hija de nobles no podía mezclarse con un huérfano pobre, y del mexicano, porque los dos eran esclavos y la vida de ella estaba a disposición de cualquier propietario. A esto se sumaron las revueltas en las haciendas, algunas organizadas por los coreanos, que no prosperaron a causa del miedo, la incapacidad de comunicación y el poder de los hacendados; otras por los indígenas, un poco más efectivas pero también reprimidas a la fuerza.

Flor negra retrata una época convulsa en la que se vislumbran los primeros levantamientos que darían pie a la Revolución mexicana. Debido a que los sucesos más importantes del enfrentamiento civil ocurrieron en el centro y norte del país, los hacendados de Yucatán corrieron con la suerte de mantener su poder un tiempo más: el centro del país enfrentaba sus propios disturbios y, para desgracia de los coreanos, las relaciones diplomáticas con Corea seguían siendo nulas.

Con el paso del tiempo las primeras manifestaciones revolucionarias dictaron el camino de la diáspora coreana en la península y el amor en-

tre I-Chong y Yon-su. Algunos migrantes se integraron a la vida peninsular, otros se dispersaron por el resto del país o huyeron más al sur y participaron activamente en movimientos armados en Guatemala. Kim Young-ha afirma al principio de la novela que “Los coreanos no podían imaginarse un mundo sin ríos y montañas. Y en Yucatán no había ni ríos ni montañas”, sin embargo, hicieron lo posible para sobrevivir al horror y volver al territorio que tanto añoraban, el único objetivo que les daba fuerza para cumplir con el contrato suscrito de cuatro años.

Comencé la lectura de *Flor negra* impulsada por la curiosidad del desconocimiento de la región donde nací y de la cual proviene la mitad de mi familia. Siempre pensé que apellidos como Pak o Sok-chol, con gran presencia en los pueblos yucatecos, eran de origen maya, incluso la fonética me parecía la misma, sin saber que en realidad son coreanos. Tengo primos que se apellidan Chong, desde niña supe que descendían de coreanos y la historia que me contaron invariablemente comenzaba con “nuestro tatarabuelo que llegó aquí a trabajar”. Otros familiares que descienden de libaneses o chinos dan la misma respuesta: migración por trabajo. Cuesta mucho completar la frase “porque fueron esclavos en las haciendas”: en términos prácticos es más vergonzoso decir que sufrieron el daño a que lo perpetraron. En la actualidad, el rescate de la memoria surge de los propios descendientes en un esfuerzo enorme por explorar su identidad y para recordarnos que una nación que olvida su origen es un edificio sin cimientos, frágil ante cualquier racha de viento. **U**

LOVE IN THE BIG CITY

SANG YOUNG PARK

EL AMOR DESPUÉS DEL AMOR

Felipe Restrepo Pombo

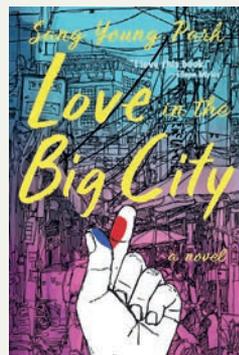
Hay algo entrañable en todas las historias de educación sentimental. Por lo general, estas parten de la pulsión de un autor primerizo —aunque este no siempre es el caso— por contar sus experiencias juveniles. Y de narrar ese momento, a veces feliz y otras veces amargo, que es fundamental en cualquier existencia: la pérdida de la inocencia. Esta entrada en la adultez resulta muy fértil para la literatura. De hecho, es

una larga tradición en la novela moderna que tiene grandes hitos en los siglos XVIII y XIX: *Las penas del joven Werther* de Goethe, *Rojo y negro* de Stendhal, *Madame Bovary* y *La educación sentimental* de Flaubert (por solo mencionar algunos). Esas obras abrieron el camino para un torrente de narraciones similares que, con el tiempo, empezaron a agotar la fórmula. En las décadas siguientes se publicaron cientos de relatos, más o menos similares, donde un narrador vive los traumas del amor adulto.

En el caso de los autores gay o queer el patrón fue bastante similar. Con la complejidad, claro, de que hasta hace muy poco publicar una novela sobre temas homosexuales o lésbicos podía ser riesgoso. Pienso en el caso emblemático de Oscar Wilde, quien intentó hacer literatura gay en su época y terminó acusado de inmoral. Afortunadamente, las cosas han cambiado y los lectores hemos podido disfrutar de enormes testimonios literarios. Uno de mis favoritos, por ejemplo, es *Martin Bauman* de David Leavitt, que narra las penurias amorosas de un joven gay aspirante a escritor durante los años ochenta en Nueva York. Esta narración fue fundamental en mi propia educación sentimental y me ayudó durante mi adolescencia a entender que no estaba solo en el mundo.

Hoy el panorama es muy diferente. A nadie —o a muy pocos— le sorprende que alguien cuente el descubrimiento de su homosexualidad. Es más, muchos lectores de las nuevas generaciones ni siquiera conocen el concepto tan anticuado de “salir del closet”. *Euphoria* (Sam Levinson, 2019), una de las mejores series de televisión de los últimos años, es un ejemplo de cómo los jóvenes viven una sexualidad alejada de las represiones y los estereotipos. En ese sentido, *Love in the Big City*, de Sang Young Park, es una mirada muy aguda sobre la diversidad de las identidades sexuales.

La segunda novela del narrador coreano —traducida por Anton Hur— cuenta la historia de un joven gay en Seúl. El libro está dividido en cuatro partes —*Jaehee*, *A Bite of Rockfish*, *Taste the Universe*, *Love in the Big City* y *Late Rainy Season Vacation*— que pueden leerse como capítulos interconectados o como relatos independientes. Cada una de las partes se ubica en un momento definitivo de la vida del narrador, quien aspira a ser escritor. Young, el protagonista de esta novela —y que comparte apellido con el autor del libro— es un chico desadaptado. En el primer capítulo de la novela, quizás el más entretenido, decide irse de la casa de su familia y compartir un apartamento en el centro de la ciudad con Jaehee, su mejor amiga. Ella es una mujer excéntrica y sin mayores responsabilidades. Los dos se dedican a beber, comer



Grove Press,
Nueva York, 2019
Traducción
de Anton Hur

toneladas de comida chatarra, salir todas las noches y conocer hombres. La relación de Jaehee y Young con el sexo es completamente hedonista y no tiene nada que ver con el amor. La mayoría de sus amantes son hombres que conocen durante las fiestas y de los que apenas saben sus nombres. Tras tener relaciones con sus amantes los desechan, los olvidan e incluso se burlan de ellos. Los dos amigos se reúnen después de dormir hasta el mediodía e intercambian impresiones sobre los hombres que conocen y empiezan a pensar en los nuevos que encontrarán ese mismo día. La promiscuidad no les preocupa en lo más mínimo. Young vive ese desenfreno sexual sin ninguna culpa y, aparentemente, sin mayores dramas.

Sin embargo, la vida irresponsable de ambos da un giro oscuro. Jaehee es víctima del abuso de varios hombres y Young se ve enfrentado al suicidio de uno de sus amantes. Los dos se separan y afrontan las responsabilidades del mundo adulto. Young debe regresar a vivir con sus padres y a cuidar a su madre, quien sufre de un cáncer terminal. Ahí el narrador explora la relación difícil con su familia, que nunca ha acep-



Andrea De Santis, Seúl, 2021. *Unsplash* ©

tado su homosexualidad. Young entiende que su adicción al alcohol y el sexo es una consecuencia directa del rechazo de su familia.

En los capítulos finales, Young intenta rehacer su vida amorosa. Primero con alguien mucho mayor que resulta en un nuevo desastre emocional. Y luego con Gyu-ho, quien se convierte en su pareja más estable. En ese punto, Young parece encontrar a su lado la tranquilidad emocional; pero muy pronto se debe enfrentar a los problemas de una relación adulta entre dos hombres: la infidelidad, la pérdida del deseo sexual y, el más aterrador de todos, la enfermedad. Algunos de los momentos más intensos de la novela tienen que ver con esto. Varias veces Young Park ha hablado sobre su relación con el virus del VIH y a través de su personaje hace una reflexión sobre el estigma que conlleva.

Otro de los momentos difíciles que debe afrontar Young es cuando descubre que vive en una sociedad homofóbica. Durante toda su juventud habitó una burbuja donde no existía la discriminación. Sin embargo, cuando entra al mundo laboral y adulto entiende que la realidad es otra. Corea del Sur, a pesar de ser un país tan avanzado en sectores económicos, científicos y tecnológicos, sigue siendo muy conservador. Young se encuentra con otros gays que deben vivir una doble vida o que son despedidos de sus trabajos por ser abiertamente homosexuales. Sin llegar al activismo —que sería discordante con el tono cómico de la novela— Young Park hace una crítica al sistema opresivo coreano. Como dijo el autor en una entrevista para *Asymptote Journal*:

Quise mostrar diferentes tipos de amor en cada uno de los capítulos. En la primera parte, a través de Jaehee, mostré el amor fraternal al que llamamos amistad; la segunda parte es sobre el amor de la madre, al mismo tiempo que el primer amor; la tercera parte es sobre el amor romántico; y la última parte es sobre lo que queda después de ese amor. [...] Pensé que mostrar las diferentes emociones que el personaje atraviesa durante sus veintes me ayudaría a hacer una reflexión sobre los cambios que se viven en la juventud y observar el amor desde muchas perspectivas diferentes.

Sin duda, ese es el gran acierto de *Love in the Big City*: su capacidad de mostrar que para todos, sin importar las orientaciones sexuales, el amor es una experiencia trascendental. Y que esas profundas heridas que nos deja el amor son las que nos hacen, en realidad, humanos. **U**

NUESTROS AUTORES



Guillermo Arreola

es un artista visual y escritor. Ha expuesto en varias ocasiones tanto en México como en el extranjero. Ha participado en más de quince exposiciones colectivas, incluida la Olympic Fine Arts 2012, en Londres. Autor de libros como *La venganza de los pájaros* (2006) y *Traición a domicilio* (2013).



Laura Baeza

publicó su libro de cuentos *Margaritas en la boca* en 2012. En 2017 ganó el Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri con el libro *Ensayo de orquesta* y el Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo con *Época de cerezos*. Su primera novela es *Niebla ardiente* (2021).



Sara Bertrand

es una escritora chilena, tallerista del Laboratorio Emilia de formación. En 2017 ganó el New Horizons Bologna Ragazzi Award con *La mujer de la guarda* y el White Ravens con *No se lo coma*. Ha sido traducida al italiano, francés, catalán y portugués. *Afuera*, su última novela, fue publicada por Emecé en 2019.



Andrea Chapela

(Ciudad de México, 1990) estudió química en la UNAM y un máster en escritura creativa en español en la Universidad de Iowa. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2018 y el Premio Nacional Juan José Arreola 2019. Autora de *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio* (2020).



Seong Cholim

es profesora de español de la Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros y traductora de literatura del coreano al español.



Samuel Cortés Hamdan

nació en Guadalajara en 1988. Es licenciado en letras hispánicas por la UNAM y ejerce el periodismo desde 2015. Ha publicado en espacios como el Centro de Cultura Digital, Guanajuato International Film Festival, *Esquire México*, *Notimex*, *Reforma* y *Gatopardo*. Es cofundador de la revista cultural *Altura Desprendida*.



Guy Delisle

(Quebec, 1966) es dibujante. Ha trabajado para varios estudios de animación y es autor de novelas gráficas como *Shenzhen* (2000) y *Pyongyang* (2003), que relatan sus experiencias en estas ciudades asiáticas.



Clementina Equihua Zamora

(Ciudad de México, 1960) cultivó el amor por los libros y los ambientes naturales recostada en una hamaca, al calor de los cielos tropicales de Morelos y rodeada de naturaleza. Ese gusto se volvió profesión. Ahora es divulgadora y desde 2013 trabaja en la Unidad de Divulgación y Difusión del Instituto de Ecología de la UNAM.



Kwon Eunhee

es profesora de español de la Universidad Femenina Duksung y traductora de literatura del coreano al español.



María Jimena García Burgos

(Ciudad de México, 1998) es bióloga, amante de la ciencia, pero sobre todo, de los seres vivos. Es candidata a estudiante de maestría del posgrado en ciencias biológicas y le apasionan los temas de conservación, biodiversidad, ecología y cambio climático.



Verónica González Laporte

es periodista, traductora y escritora. Después de un doctorado en antropología en la Universidad de la Sorbona, París, se dedicó a la investigación en archivos del siglo XIX. Es autora de tres novelas históricas y de una biografía. Actualmente se encarga del acervo histórico de la *Revista de la Universidad de México*.



Valentina Granados Garone

estudia la prepa, baila k-pop, disfruta las artes plásticas y el diseño de ropa. Nos encontraremos a las 5:53.



Ahn Heonmi

(Taebek, 1972) es una poeta surcoreana. Su debut literario fue en 2001. Entre sus obras se encuentran *Asuntos de profundidad* (2021), *Seguir, inalterado, mi camino* (2020), *El amor, algún día, es reparado* (2014) y *Oso, oso* (2006).



Carlos Inclán Fuentes

es un historiador mexicano. Colabora con el Museo Memorial del Holocausto de los Estados Unidos y del Mecanismo de Esclarecimiento Histórico de la Comisión para el Acceso a la Verdad, Esclarecimiento Histórico y el Impulso a la Justicia de las violaciones graves a los Derechos Humanos de México (1965-1990).



Krys Lee

es una escritora, periodista y traductora surcoreana. Autora de la colección de cuentos *Drifting House* (2012) y la novela *How I Became a North Korean* (2016). Entre sus reconocimientos se encuentra el Story Prize Spotlight y el Premio Internacional de Historia de la BBC.



Gabriel Leiva Rubio

(La Habana, 1991) es licenciado en filosofía por la Universidad de La Habana y máster en pensamiento contemporáneo y tradición clásica por la Universidad de Barcelona. Ha colaborado con revistas como *Thémata* (España), *XLinguae* (Eslovaquia), *Tópicos* (México) y *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana* (Colombia).



**Elvira
Liceaga**

de día es locutora y productora de radio (conduce el programa “Las partículas elementales” en el 105.7 FM). También es profesora de literatura hispanoamericana. De noche intenta ser escritora; su libro de cuentos *Carolina y otras despedidas* se publicó en 2018.



**Gabi
Martínez**

(Barcelona, 1971) es un escritor, guionista y periodista especializado en literatura de viajes. Autor de novelas y libros de no ficción como *Solo para gigantes* (2011) y *Las defensas* (2017). En 2012 recibió el premio Continuará de TVE Cataluña.



**Cho
Nam-joo**

nació en Seúl en 1978. Se licenció en sociología y ha trabajado durante diez años como guionista de televisión. Sus dos primeras novelas, *Cuando escuchas con atención* (2011) y *Para Comaneci* (2016) recibieron múltiples premios. *Kim Ji-young, nacida en 1982* es la primera que se traduce al español.



**Jesús Pérez
Caballero**

(Gandía, 1981) es escritor y jurista. Profesor e investigador en el Colegio de la Frontera Norte (Tamaulipas, México). Autor de las novelas *Las brigadas Prosublimes* (2015) y *En los márgenes de la biblioteca europea* (2017).



**Esperanza
Pino**

es historiadora del arte y máster en arte contemporáneo y cultura visual. Ha trabajado en museos e instituciones como el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (España) y la Embajada de España en Seúl. Sus líneas de investigación se centran en la escena artística coreana contemporánea.



**Pilar
Quintana**

(Cali, 1972) es autora de cinco novelas y un libro de cuentos. Con su novela *La perra*, traducida a quince lenguas, ganó el Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana y un PEN Translates Award. Fue merecedora del Premio Alfaguara de novela 2021 por *Los abismos*.



**Felipe
Restrepo
Pombo**

es un periodista, escritor y editor. Autor de varios libros, entre ellos la novela *Formas de evasión*. Columnista ocasional de la edición en español de *The Washington Post* y *El País*. Fue director de la revista *Gatopardo*. Su obra ha sido traducida al inglés, francés e italiano.



**Oswaldo
Ruiz**

(Monterrey, 1977) es fotógrafo. Entre sus reconocimientos destacan el Premio SIVAM (2006), el Premio Petrobras-Buenos Aires Photo (2006) y el Premio de Adquisición en la II Bial de Artes Visuales de Yucatán (2004). Sus fotografías también han sido publicadas en revistas y en portadas de libros.



**Andrés
Sánchez
Braun**

es periodista de la Agencia EFE. Ha trabajado como corresponsal durante más de una década en Japón y la península de Corea. Actualmente reside en Seúl.



**Ainhoa
Suárez Gómez**

es una investigadora y ensayista mexicana. Licenciada en historia por la UNAM y doctoranda en filosofía por la Universidad de Kingston, Londres. Colabora en la revista *Nexos*. Sus obras han aparecido en una antología colectiva, así como en revistas digitales e impresas.



**Han
Sungpil**

(Seúl, 1972) es licenciado en bellas artes, especializado en fotografía con distinción en la Universidad de Chung-Ang, Ang Seoung. Hizo un máster en curaduría de diseño contemporáneo con el reconocimiento de la Universidad de Kingston, Londres. Ha expuesto en varias galerías y museos en todo el mundo.



**Kim
Su-young**

(Seúl, 1921-1968) siguió a otros poetas jóvenes coreanos en “La segunda parte”, un grupo dedicado a reorientar la poesía coreana del tradicionalismo y el lirismo de principios de la década de 1950 para hacer frente a preocupaciones sociales con un uso nuevo del lenguaje.



**Eileen
Truax**

(Ciudad de México, 1970) es una periodista especializada en política, inmigración y movimientos sociales. Ha colaborado con medios como *La Opinión*, *Huffington Post*, *Gatopardo*, *Newsweek en Español*, *Proceso* y *El Universal*. Es directora de medios en español de la Asociación Nacional de Periodistas Hispanos.



**Jung
Yongsu**

comenzó su carrera en el año 2014 cuando ganó el premio a escritores jóvenes convocado por Changbi con el relato “La noche de Lebanon”. Otras de sus publicaciones son *Los amantes* y *Los amantes del mañana*. Ha sido reconocido con el premio al escritor joven de Munhakhongne en los años 2018 y 2019.



**Sang
Young Park**

(Daegu, 1988) estudió francés y periodismo en la Universidad Sungkyunkwan. En 2016 obtuvo el Premio Munhakhongne New Writers por *Searching for Paris Hilton*. Autor de la colección de cuentos *The Tears of an Unknown Artist*, o *Zaytun Pasta* y la novela *Love in the Big City*.



**Isabel
Zapata**

(Ciudad de México, 1984) estudió ciencia política en el ITAM y la maestría en filosofía en The New School for Social Research, en Nueva York. Escribe, edita y traduce. En 2015 fundó, junto con cuatro amigos, Ediciones Antílope. Es autora de los libros *Una ballena es un país* e *In vitro*.

U REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

suscripciones@revistadelauniversidad.mx
TEL (55) 5550-5801 ext 120

SUSCRÍBETE



RECIBE LA REVISTA A LA PUERTA DE TU CASA